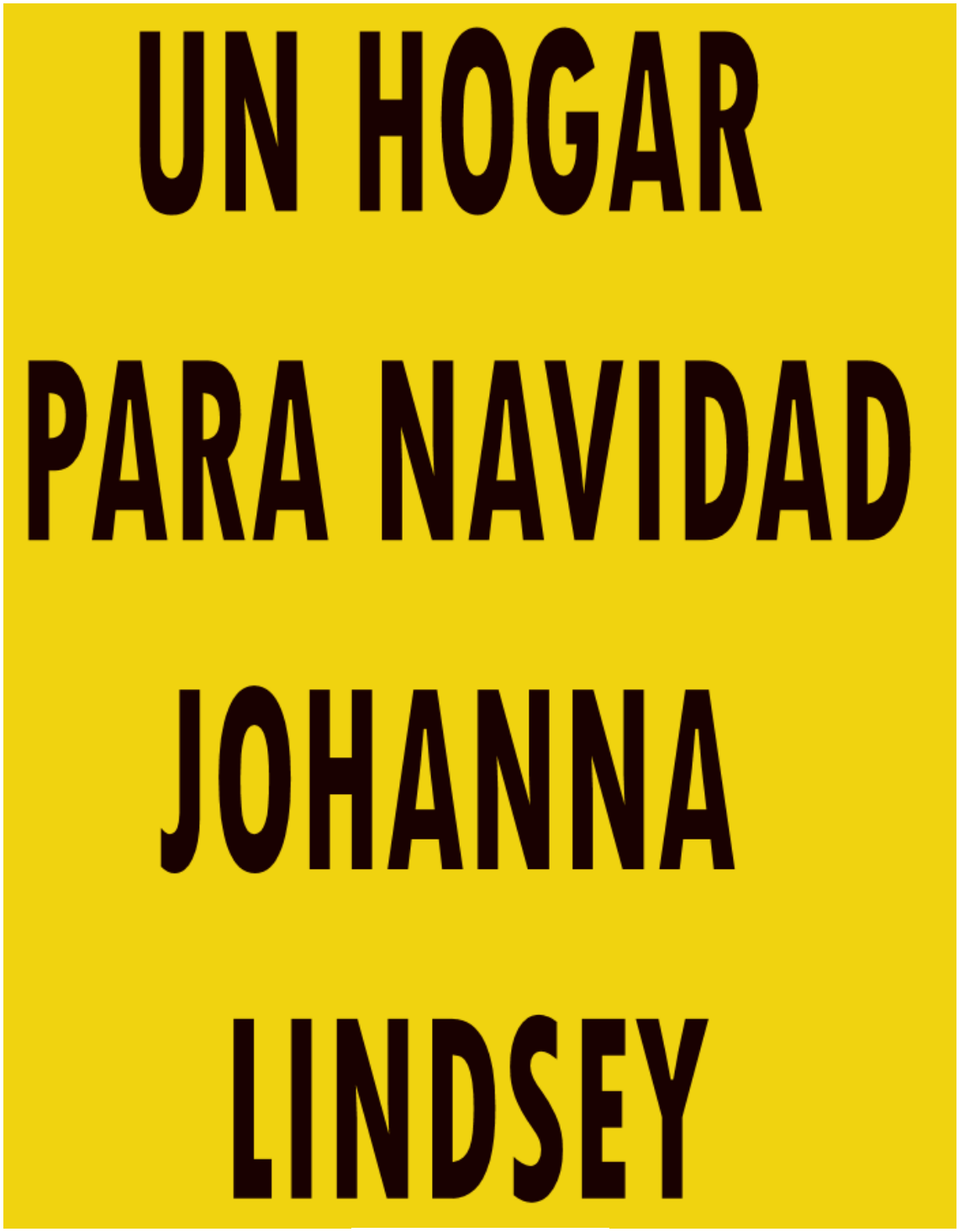
UN HOGAR PARA NAVIDAD
JOHANNA LINDSEY



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

No *necesitan lazos ni envoltorios bonitos,*
sólo necesitan ser entregados,
una sonrisa, un abrazo,
y compartirlos con alguien querido

Vincent Everett estaba sentado en su carruaje al otro lado de la calle frente a aquella casa de Londres. Era una de las noches más frías de ese invierno, pero había dejado la ventanilla abierta para poder ver claramente lo que sucedía en la puerta de la casa. No le sorprendería que la nieve comenzara a caer en cualquier momento.

No estaba seguro de por qué estaba allí, sometiéndose a sí mismo al inclemente clima. No dudaba que su secretario, Horace Dudley, entregaría a los inquilinos la notificación en que les comunicaba que disponían de dos días para desocupar la casa. Pero ése no era un paso más en su decisión de arruinar a la familia Ascot, que vivía allí. Lo más probable era que sencillamente estuviera aburrido, y no encontrara otra cosa mejor que hacer esa noche.

Incluso la decisión de arruinar a esta familia en particular no era una decisión emocional. Vincent no había experimentado ninguna verdadera emoción desde su infancia, no quiso conocer nunca más dolor semejante. Era mucho más fácil vivir con una piedra por corazón, hacía que cosas simples como desahuciar a una familia durante las Navidades fuera algo habitual.

No, la destrucción metódica de los Ascot no era emocional, sino personal. El hermano menor de Vincent, Albert, la había convertido en una cuestión personal, al culpar completamente a George Ascot de su fracaso en los negocios y las finanzas. Albert había perdido casi toda su herencia, él solo. Sin embargo, había aprendido de sus errores. Con lo poco que le quedaba había intentado comenzar un negocio que le permitiera mantenerse, para no seguir siendo un gasto contínuo para Vincent y para sentirse orgulloso de sí mismo. Había comprado varios barcos mercantes y abierto una pequeña oficina en Portsmouth. Pero aparentemente Ascot, un consolidado comerciante de barcos, había temido la nueva competencia y se había propuesto socavar los esfuerzos de Albert a cada paso para acabar con él antes de que pudiera comenzar.

Éstos eran los detalles de los que hablaba la carta de Albert, que era todo lo que había dejado antes de desaparecer, eso y un asombroso número de deudas que continuaban llegando a casa de Vincent. Éste temía que Albert se hubiera marchado

para suicidarse discretamente en algún sitio en el que no pudiera ser encontrado, tal como tantas veces había amenazado hacer. ¿Qué más podía pensar, si la carta de Albert terminaba diciendo: «Ésta es la única salida que se me ocurre, para no ser más una vergüenza ni una carga para ti»?

La desaparición de Albert había dejado a Vincent sin familia, pero esto no cambiaba demasiado las cosas, ya que él en realidad nunca se había sentido parte de ella. Sus padres habían muerto justo después de que Vincent cumpliera la mayoría de edad. Ambas muertes con una diferencia de un año una de la otra, habían dejado solos a los dos hermanos. Puesto que no tenían ningún familiar más, ni siquiera lejano, deberían haber estado unidos. Pero no. Probablemente Albert había sentido cierta cercanía, o para ser más precisos, cierta dependencia, pero también esperaba que el mundo y todo lo que lo habitaba girara en torno a él, una idea tonta que sus padres habían promovido convirtiéndolo en su alegría, su regocijo, su preferido. Vincent había sido simplemente el heredero reservado y aburrido al que nunca le prestaban atención.

Era asombroso que Vincent nunca hubiera odiado a su hermano, pero para odiar hay que experimentar alguna clase de sentimiento. Del mismo modo, tampoco había sentido cariño por el enclenque de su hermano, simplemente cierta tolerancia porque era su «familia». El hecho de que él hubiese aceptado el desafío, por decirlo de alguna manera, en nombre de Albert no era más que una antigua costumbre, así como una cuestión de orgullo. Era una deshonra para su propio nombre, el hecho de que George Ascot hubiera aplastado a un Everett con éxito y sin ninguna consecuencia. Las cosas no tardarían en cambiar. Era lo último que Vincent podía hacer por Albert, por lo menos pagarle a Ascot con la misma moneda.

Finalmente la nieve que había estado esperando llegó, justo cuando se abrió la puerta al otro lado de la calle después de que Dudley la golpeara. La visión de Vincent estaba obstaculizada por los copos blancos, pero aún así pudo distinguir una falda suelta, de modo que quien había abierto la puerta era una mujer. Ascot seguramente no estaría en casa. Los informes decían que se había embarcado en uno de sus barcos la primera semana de septiembre, y más de tres meses después, aún no había regresado a Inglaterra. Su ausencia no hacía más que facilitar su venganza. Cuando Ascot regresara, descubriría que su saldo acreedor había sido cancelado por muchos de sus proveedores de mercancías, y que había perdido su casa por no haber cancelado la deuda pendiente.

Vincent aún no había decidido si continuar con su plan después de esa noche o esperar al regreso de Ascot. El desahucio sería un golpe decisivo, la culminación de

muchas semanas de trabajo, pero poco satisfactorio puesto que Ascot estaba allí para verlo.

En realidad, todo ese asunto de la venganza era bastante desagradable. No era algo que él hubiera querido hacer, nunca lo había hecho antes, y era muy probable que nunca volviera a hacerlo, pero era algo que sentía que *tenía* que hacer por esta única vez. De modo que acabaría con todo aquello tan pronto como pudiera. Pero Ascot no estaba siendo de mucha ayuda en ese sentido, pues su estancia fuera del país se estaba prolongando más de lo esperado.

Ya tendría que haber regresado a Inglaterra. Vincent había contado con que entonces ya estaría allí. Esperar no era algo que se le diera demasiado bien. Y menos aún esperar en su carruaje, con aquel frío, cuando en realidad no tenía ninguna necesidad de estar allí y ni siquiera estaba seguro de por qué estaba allí. Empezaba a exasperarse, especialmente porque Dudley se estaba tomando su precioso tiempo para entregar la notificación. ¿Cuánto tiempo podía demorarse en entregar un simple trozo de papel?

Por fin la puerta se cerró al otro lado de la calle. Pero el secretario de Vincent se había quedado de pie frente a ella, inmóvil. ¿Habría conseguido cumplir con su cometido, o le habrían cerrado la puerta en la cara antes de conseguirlo? ¿Qué demonios estaba haciendo de pie inmóvil bajo la nieve? Vincent estaba a punto de bajarse del carruaje para descubrir qué estaba pasando, cuando Dudley por fin dio media vuelta y comenzó a caminar hacia él. Entonces Vincent abrió la puerta del carruaje, más por su impaciencia que para que Dudley pudiera entrar. Pero al llegar allí Dudley no se apresuró a entrar, ni siquiera entró, estaba otra vez simplemente de pie bajo la nieve, como si se hubiera convertido en un auténtico tonto.

Sin embargo, antes de que Vincent pudiera preguntarle algo acerca de ese extraño comportamiento, Dudley le anunció:

-Nunca en mi vida he hecho algo tan despreciable, señor, y nunca más lo volveré a hacer. Renuncio.

Vincent arqueó una ceja interrogativamente.

-¿Se refiere a renunciar, de renunciar...?

-Mañana por la mañana tendrá mi dimisión formal sobre su escritorio.

Vincent saboreó aquel momento de asombro. No muy a menudo se sentía tan completamente sorprendido. Pero luego su impaciencia regresó.

-Métase en el maldito carruaje, señor Dudley. Puede explicarse mejor cuando salgamos de aquí.

-No, señor -respondió Dudley severamente-. Regresaré a casa solo, muchas gracias.

-No sea absurdo. No encontrará ningún coche a estas horas de la noche.

-Ya me apañaré.

Después de decir eso, el secretario cerró la puerta del carruaje y comenzó a andar por la calle con paso firme. Normalmente, Vincent se hubiera encogido de hombros y hubiera desechado al hombre de su mente, pero ese día su disposición era bastante impaciente, que era lo más cerca que estaba para él de alguna clase de emoción.

De pronto se encontró bajando del carruaje y caminando tras Dudley para preguntarle:

-¿Qué demonios ha ocurrido en esa casa para que pierda usted el juicio de ese modo?

Horace Dudley se dio la vuelta bruscamente, tenía el rostro enrojecido en lugar de estar pálido por el frío.

-Si sigo hablando con usted, señor, me temo que luego realmente me arrepentiré. Por favor, simplemente acepte mi dimisión y olvídelo...

-Por supuesto que no. Ha trabajado conmigo durante ocho años. No puede renunciar simplemente por un pequeño asunto...

-¿Pequeño? —exclamó el hombre—. Si usted hubiera visto la mirada afligida en el rostro de esa pobre muchacha, se le hubiera roto el corazón al igual que a mí. Y era una muchacha tan bonita. Su rostro va a atormentarme el resto de mis días.

Habiendo dicho eso y aparentemente creyéndolo, Dudley se escabulló bajando la calle una vez más, negándose a seguir hablando de ello. Esta vez Vincent lo dejó ir, mientras lanzaba una mirada con el ceño fruncido a la casa en cuestión. Ahora la propiedad le pertenecía a él. Le había hecho un considerable número de favores al propietario anterior para coaccionarlo de que ignorara su compromiso verbal con George Ascot y le vendiera en cambio a él la escritura. Ascot había llegado a un acuerdo de caballeros con ese propietario, le había pagado ya gran parte de la casa y había acordado liquidar su saldo en pocos años. Pero como que aún había una hipoteca, Ascot todavía no estaba en posesión de la escritura.

Vincent había comprado la escritura y le había enviado a Ascot una demanda exigiéndole que el saldo fuera liquidado Inmediatamente. Estaba bien informado y sabía

que Ascot no estaba en el país para recibir la demanda ni para hacer lo necesario para pedir dinero prestado y pagarla, por lo tanto perdería la casa y todo lo que había pagado por ella, y sólo se enteraría después de su receso, cuando ya sería demasiado tarde para salvar su inversión.

Había sido un golpe muy duro para las finanzas de Ascot, y también para su reputación, puesto que sus acreedores lo verían con buenos ojos el hecho de que hubiera sido desahuciado de su residencia. Sin embargo, Vincent no había contado con que perdería a su valioso secretario por ese asunto.

Una muchacha bonita, ¿eh? Debía ser la hija. Ninguna otra mujer en esa casa se sentiría tan afectada por el desahucio, pondría mirada "afligida", puesto que Ascot sólo tenía una mujer en su familia, una hija que había alcanzado hacía poco la edad de casarse. Su esposa había fallecido años atrás. Y también tenía un hijo menor.

Vincent se descubrió acercándose a la puerta de la casa, simplemente por curiosidad, se dijo a sí mismo. Pero después al golpear la puerta y esperar varios largos minutos mientras la nieve seguía amontonándose en los hombros de su gabán, llegó a la conclusión de que la curiosidad era siempre una tontería, y que la suya no necesitaba ser satisfecha. Dio media vuelta para irse. La puerta se abrió. ¿Bonita? La muchacha que estaba allí de pie bañada por una tenue luz le dejó sin aliento. ¿Era a ella a quien había desahuciado a las calles cubiertas de nieve? ¿A esta exquisitamente hermosa y consternada criatura? Maldita sea.

2

Larissa Ascot se quedó de pie con la puerta abierta mirando fijamente la gran figura que se erguía ante ella, aunque en realidad no veía nada. La nieve le caía en la cara, aunque tampoco era consciente de eso, y ni siquiera sentía el frío.

Era demasiado, y todo al mismo tiempo, demasiadas cosas a las que enfrentarse además de todo lo que la había estado abrumando durante las últimas semanas. El carnicero, al igual que el panadero, no querían seguir dándole crédito hasta que no cancelara las deudas. Su hermano, Thomas, estaba enfermo y necesitaba atención constante. El banquero de su padre se disculpaba, pero le explicaba pacientemente por qué no podía tener acceso a los fondos de su padre sin su permiso. Pero Larissa veía cómo los fondos destinados a los gastos del hogar, que habían sido abundantes y debían haber durado casi un año, iban disminuyendo hasta desaparecer, pues se había visto

obligada no sólo a saldar las deudas que tenía con esos desagradables comerciantes, que se habían presentado a su puerta exigiendo no sólo el pago inmediato de las deudas pendientes, sino también que pagara al contado simplemente para poner un poco de comida sobre su mesa.

Había tenido que despedir a la mayoría de sus sirvientes, lo que la había puesto literalmente enferma del estómago mientras lo hacía. Muchos de esos sirvientes habían trabajado para su familia durante años, se habían mudado con ellos de Portsmouth a Londres hacía tres años, cuando su padre decidió ampliar el negocio y lo había trasladado hasta allí. Para ellos había sido horrible perder sus puestos de trabajo durante la época de Navidades, pero para ella había sido igual de traumático tener que ser quien se lo dijera. Pero ese mes no había podido pagarles, y como el regreso de su padre ya se había retrasado un mes, no podía asegurarles cuándo volvería a casa para ocuparse de sus sueldos.

Y ahora esto..., este desahucio. Inesperado, sin ninguna clase de advertencia. Aquel hombre le dijo que se había enviado por correo una demanda de parte del nuevo propietario, que había habido avisos previos, pero ella no leía la correspondencia de su padre, de modo que no la había visto. ¿Nuevo propietario? ¿Cómo había podido el señor Adams, a quien le habían comprado la casa, vendérsela a otra persona sin decirles nada? ¿Eso era legal? ¿Teniendo en cuenta que sólo quedaban por pagar unas pocas libras para que la casa fuera totalmente suya?

No entendía qué estaba pasando, por qué los comerciantes con los que habían tratado durante tantos años ya no contaban con que la familia pagaría sus cuentas al final del año como era su costumbre, por qué habían perdido su casa. Tenían tan sólo un día para irse de allí. Había que desalojar la casa al día siguiente, empaquetarlo todo y largarse. ¿Cómo? Ya no le quedaba dinero para contratar carros que transportaban todas sus pertenencias. ¿Y adonde irían? Habían vendido la antigua casa de Portsmouth. No tenían ningún familiar. La vieja finca de la familia cerca de Kent era simplemente una propiedad inhabitable, y además, el doctor les había advertido que si Thomas no se quedaba en cama protegido del frío, no se recuperaría, e incluso podía empeorar.

-¿Está usted bien, señorita?

El cuerpo que estaba de pie frente a ella tomó forma lentamente, un hombre alto con un gabán que engañaba la silueta; delgado, gordo, resultaba difícil asegurarlo con abrigo, aunque tampoco tenía demasiada importancia. Larissa simplemente estaba intentando concentrarse en *algo* que pudiera sacarla del pantano en el que todavía se

encontraba su mente. Bastante apuesto, aunque eso realmente era difícil de discernir teniendo en cuenta que sus mejillas y su larga nariz estaban cubiertas de nieve. No era demasiado joven, tal vez cerca de los treinta...

-¿Señorita?

¿La pregunta? Ah, ¿si estaba bien? ¿Si comenzaba a reírse histéricamente, seguiría preguntándoselo?

-No, creo que no —dijo ella honestamente, aunque se dio cuenta de que acababa de abrir la puerta para seguir con una conversación que no deseaba, de modo que agregó rápidamente—: Si está usted aquí para ver a mi padre, me temo que no se encuentra en casa.

-Lo sé. —Al ver que ella fruncía el ceño, continuó—- Mi nombre es Vincent Everett, barón Everett de Windsmoor.

-Barón de... ¿Usted es el nuevo propietario?

Increíble. Qué descaro, aparecer después de haber asestado su golpe devastador. ¿Entonces estaba allí para regodearse? ¿O simplemente para asegurarse de que cumplirían con el desahucio y de que no tendría que enviar al magistrado para que los desalojara a la fuerza? Aunque de todas maneras sería lo que ocurriría. Sencillamente no había forma de que ella pudiera sacar en un día todo lo que tenían en la casa, aunque tuviera algún sitio al que mudarse. Supuso que podrían guardar el mobiliario en la oficina que su padre tenía en el puerto. Ella y Thomas incluso hubieran podido quedarse a dormir allí temporalmente si su hermano no hubiera estado tan enfermo. Someter a Thomas al frío del Támesis era algo impensable. Sin embargo, ¿qué otra opción tenía? No le quedaba dinero para alquilar una habitación, ni para comprar comida. Había pospuesto la idea de vender sus bienes, esperando cada día que ése fuera el día en que regresara su padre y pusiera otra vez las cosas en su lugar. Pero ya lo había pospuesto demasiado. Ahora ya no les quedaba tiempo...

Su reacción más inmediata fue cerrarle la puerta al barón en la cara. Tal vez él fuera ahora el propietario, pero ella aún podía disponer de la casa por un día más. Pero aquel hombre aun no había dicho por qué razón estaba allí. Y simplemente porque su mundo se estuviera desmoronando no significaba que tuviera que dejar de lado la cortesía habitual. Podía concederle al menos cinco segundos más para que explicara lo que hacía allí, y *luego le* cerraría la puerta en la cara.

-¿Por qué está usted aquí, lord Everett?

-Mi secretario se quedó bastante afectado.

-¿El hombre que estuvo aquí antes que usted?

-Sí. Y por lo que dijo, estoy empezando a pensar que pudo haber habido un... malentendido.

-¿Un malentendido? Tengo una carta de desahucio. Y de hecho es bastante clara, y por si no lo fuera, su secretario la leyó en voz alta de modo que no hay ningún... malentendido.

Larissa escuchó su propio resentimiento en las palabras, le resultó horroroso haberse comportado de esa manera ante un completo extraño, pero no había conseguido contener un sentimiento tan abrumador. Aunque era mejor un poco de rabia que lágrimas. Las lágrimas llegarían, hubieran llegado ya si no se hubiera sentido tan aturdida por este último y terrible golpe, pero con un poco de suerte podría retenerlas hasta que se quedase sola.

-No he dicho «error», señorita —dijo Vincent—. Me refería a otra cosa, algo que no puede solucionarse antes de que regrese su padre. De modo que voy a necesitar una dirección para poder ponerme en contacto con usted a partir de mañana.

La lucha se apagó en ella. ¿Había pensado realmente, aunque fuera tan sólo por un segundo, que su «malentendido» podía significar que después de todo no perderían la casa?

-No tengo ninguna dirección para darle —respondió ella casi en un susurro-. Realmente no tengo ni la menor idea de dónde vamos a estar a partir de mañana.

-Esa es una respuesta un tanto inaceptable —dijo Vincent con cierta impaciencia en la voz. Después metió la mano en uno de sus bolsillos y le entregó una tarjeta—. Puede quedarse en esta dirección hasta que su padre solucione su problema. Enviaré mi carruaje mañana por la mañana para que la ayude.

-¿No podríamos simplemente... quedarnos aquí... hasta que se resuelva este asunto que me ha mencionado?

Hubo una imperceptible vacilación antes de que Vincent respondiera sucinta y enfáticamente:

-No.

Larissa había tenido que reunir todas sus fuerzas para hacer esa última pregunta. Le resultaba bastante violento tener que pedir, o mejor dicho suplicar, cualquier cosa, y en especial a un extraño. Pero si él iba a ofrecerles alojamiento tal como su tarjeta indicaba, ¿por qué no podía ofrecerles *este* alojamiento? Y ésa era la idea desesperada que se le había ocurrido.

Pero evidentemente había sido una idea tonta.

Y después de ese concluyente “no" se marchó. Una sombra oscura que se desvanecía rápidamente hasta desaparecer en remolinos de nieve.

Pasaron un par de momentos más antes de que Larissa pensara en cerrar la puerta y lo hiciera. Incluso consiguió subir las escaleras que llevaban a la planta superior de la casa para ver cómo se encontraba Thomas. Éste dormía intermitentemente, pues la fiebre que lo visitaba todas las noches seguía estando allí.

Mará estaba sentada junto a su cama, durmiendo en una cómoda silla. Mará Sims había sido la niñera de Thomas, y también la de Larissa. De hecho, había vivido con ellos desde que Larissa tenía memoria. Se había negado a abandonarlos simplemente porque su salario estuviera demorándose un poco, decía. Su hermana, Mary, también se había negado a marcharse.

Mary solía ser su ama de llaves, pero cuando se marchó la cocinera en Portsmouth, dijo que prefería estar en el ámbito de la cocina y no le importó tener una categoría inferior para poder hacer lo que más le gustaba. La altanera ama de llaves que la había reemplazado fue la primera en renunciar justo después de que los acreedores comenzaran a aparecer en la puerta de la casa. Era asombroso cómo la noticia de sus dificultades financieras se había propagado con tanta rapidez por todo el vecindario.

Por ahora al menos tendrían un techo sobre sus cabezas...

Larissa debería sentirse muy aliviada por la noticia del nuevo alojamiento, pues la mayor preocupación ya estaba resuelta, al menos temporalmente. Pero cuando fue a su habitación y comenzó la triste tarea de empacar sus pertenencias personales, casi no pudo retener la sensación de alivio que sentía.

Tampoco había aparecido ningún sentimiento de gratitud con respecto al barón. La oferta de alojamiento que les había hecho había sido para su conveniencia, no para la de ellos. No era una ayuda como se entendía tradicionalmente, era tan sólo que no quería perderles la pista para su propio interés, fuera éste cual fuera. Aparentemente el «malentendido» no era nada grave que pudiera modificar las circunstancias.

Todavía estaba demasiado aturdida por todo lo que estaba sucediendo como para sentir nada. Lo cual después de todo, era bastante bueno para ella. Por lo menos no se pasaría toda la noche llorando mientras hacía las maletas. Y las lágrimas realmente no llenaron sus ojos hasta la madrugada, cuando se fue a dormir con ellas cayendo por sus mejillas.

3

Vincent estaba en su habitación de pie frente a la chimenea con una copa de brandy en la mano. Miraba fijamente y como fascinado las danzarinas llamas, pero sin embargo no estaba viendo en realidad el fuego. Lo que veía era un rostro intrigante, enmarcado por unos cabellos dorados y con unos ojos que no eran ni verdes ni azules, sino una clara combinación de ambos colores creando un matiz turquesa único, algo que nunca antes había visto. Nunca tendría que haber ido a ver a Larissa Ascot. Nunca tendría que haberse acercado a ella. Tendría que haber sido para él una muchacha sin rostro, simplemente «la hija de Ascot", una víctima indirecta de su pequeña guerra. Pero al verla, la decisión de seducirla había sido la más fácil de todas las que había tenido que tomar en su campaña contra los Ascot. Arruinarle cualquier posibilidad de matrimonio sería otro golpe contra el buen nombre de la familia. Eso era lo que había pensado al entregarle su tarjeta. Sin embargo, pensándolo bien, sabía que en realidad era simplemente una excusa, y una excusa bastante miserable.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que deseara algo, que realmente deseara algo para él. Y a ella la deseaba. La idea de la venganza le daba todo lo que necesitaba para tenerla, incluso limpiaría su conciencia, si es que tenia conciencia. No estaba seguro de si la tenía o no, pues la falta de sentimientos en su vida incluía el de culpa, de modo que era difícil saberlo.

Al día siguiente estaba en el vestíbulo de su casa para recibirla apenas llegara. La sorpresa de ella fue evidente.

-Creí que la dirección que me había dado sería de otra propiedad suya en la que ya no vivía, una que estuviera actualmente desocupada. Si hubiera sabido que estaba ofreciéndonos la hospitalidad de su propia casa, hubiera...

-¿Rehusado la oferta? —preguntó Vincent con interés después de que ella no consiguiera terminar la frase—. ¿De verdad? —insistió.

Ella se ruborizó profusamente.

-Me hubiera gustado poder hacerlo —le respondió ella.

-Ah.

Vincent sonrió.

-Pero no siempre podemos hacer lo que deseamos.

Desde luego que no, de lo contrario la hubiera llevado directamente a su cama. Era aún más hermosa de lo que él recordaba, o quizá fuera simplemente la clara luz del día

en el vestíbulo lo que revelaba mejor su perfección. Era pequeña, de cintura estrecha, iba elegantemente vestida con un abrigo adornado con piel sobre una falda de terciopelo color malva. Tenía una nariz pequeña y recta. Las cejas eran de un dorado oscuro, más una línea que un arco. Su cutis era impecable excepto por un pequeño lunar en la curva de la barbilla. Tenía los lóbulos de las orejas muy pequeños y llevaba unos pendientes con perlas en forma de lágrima. Era lo que se dice toda una dama, solamente faltaba un título que lo afirmara.

Los Ascot no eran pobres, y probablemente aún tuvieran bastante dinero, pues pertenecían a la alta burguesía. Incluso había un conde en alguna parte de su ascendencia. Eran bastante bien aceptados socialmente, aunque George se dedicara a los negocios, lo que ya no estaba tan mal visto como antes. Albert había intentado hacer lo mismo...

La única razón por la que a Vincent le había resultado tan fácil arruinar la reputación financiera de Ascot era que en ese momento no se encontraba en el país para poner fin a los rumores que se habían propagado acerca del serio aprieto en el que se encontraba su familia. Su prolongada ausencia había llenado de pánico a sus acreedores.

Larissa llegó con su séquito, dos mujeres de unos sesenta años que parecían casi idénticas, y una pila de mantas que el cochero de Vincent había cargado hasta la casa. “Nosotros también tenemos ropa de cama", pensó Vincent.

Larissa seguía ruborizándose por el solo hecho de estar allí. Su rubor se despejó un poco mientras le explicaba:

-Éste es mi hermano, Thomas. Tiene un resfriado espantoso. Quería caminar, pero la enfermedad le ha quitado todas las fuerzas.

Las mantas se movieron. ¿El hijo estaba enfermo? ¿Por qué ninguno de los informes que tenía de la familia lo mencionaba? Vincent sintió que su esquiva conciencia lo presionaba, pero sólo por un momento. Le hizo un gesto con la cabeza a su ama de llaves, a quien ya había informado de la llegada de los invitados. Ella a su vez le hizo un gesto con la cabeza al cochero indicándote que la siguiera. Las dos sirvientas mayores hicieron lo mismo.

Vincent y Larissa se quedaron solos un momento en el gran vestíbulo. El no estaba seguro de cómo proceder. Estaba acostumbrado a tratar a las mujeres de una manera bastante directa. Su título y su riqueza siempre le habían conseguido más «sis» que «nos», y esos «nos» simplemente no valían el esfuerzo. Así que de hecho nunca antes había recurrido a un plan de seducción. Y los pocos que algunas mujeres para

seducirlo a él parecían incluir siempre una comida en la agenda por alguna razón que no alcanzaba a comprender, como si las mujeres asumieran naturalmente que un hombre sin esposa debía estar muriéndose de hambre, cuando cualquier hombre de su posición tendría un cocinero muy bueno entre sus empleados como era su caso. Sin embargo, el hecho de pensar en comida le recordó...

-Llegáis justo para la hora del almuerzo.

-No, gracias, lord Everett, de ninguna manera podría entrometerme —respondió ella.

-¿Entrometerse en qué?

-En su familia.

-Yo no tengo familia. Vivo aquí solo.

Era simplemente una realidad, no tenía intenciones de despertar en ella un sentimiento de compasión. Pero sin embargo pudo percibir un breve indicio de esa compasión en el rostro de Larissa antes de recordar que la muchacha estaba en el bando enemigo.

La actitud de Larissa era comprensible. No era precisamente gratitud lo que sentía por la ayuda que le había ofrecido el barón, sino todo lo contrario. Su dureza, su reticencia, evidenciaban ese sentimiento de modo inconfundible. No cabía duda de que lo veía como a su enemigo, fuera o no consciente de ello. El la había echado de su casa. Seguramente esto hacía que ella le tuviera cierta antipatía, tal vez hasta odio. Y ésa era la razón por la que la demostración de compasión le resultaba a Vincent tan interesante. Debía tener una naturaleza totalmente compasiva para sentir conmiseración, aunque sólo fuera por un momento, por alguien que merecía todo su desprecio.

La excusa que ella había dado para negarse a comer con él no había servido de mucho y no iba a darle otra oportunidad para que rechazara una simple comida, especialmente siendo ésa una ocasión perfecta para conocerse mejor. La cogió del brazo y la llevó hasta el comedor, esperó a que se sentara y se alejó de ella para que se sintiera cómoda. Vincent había notado su nerviosismo tanto como su timidez, o más bien su renuencia a mirarlo directamente, y a juzgar por su experiencia, había una sola razón para eso...

Era bastante evidente que a pesar de cualquier resentimiento que sintiera se sentía atraída por él. No era algo inesperado. Muchas mujeres de todas las edades se sentían atraídas no sólo por su belleza, sino por el desafío que representaba. Querían

romper su caparazón. No comprendían que romperlo no les serviría de nada, puesto que no había nada dentro que él pudiera ofrecerles.

En cuanto a Larissa, tendría que aprovecharse completamente de la atracción que sentía por él, para liberarse así de su desprecio. Y quizá podría utilizar a su favor también la compasión que ella sentía por él. De hecho, decidió que en esta seducción todo estaría permitido. Seria absolutamente despiadado si tenía que serlo. Por una vez, carecer de sentimientos y de conciencia iba a ser algo bastante beneficioso.

Se sentó frente a ella e hizo un gesto con la cabeza para que los sirvientes comenzaran a servir la comida. No fue sino hasta después de terminar de comer el primer plato que ella notó que él la miraba de manera sensual. Al notarlo inmediatamente se ruborizó. Pero Vincent no dejó de mirarla.

Le habían dicho en numerosas ocasiones, y de muchas maneras diferentes, que sus ojos revelaban sus emociones, cosa que le resultaba bastante divertida porque a pesar de que estas ocasiones se daban generalmente en los momentos más íntimos, sus pasiones eran tibias, en el mejor de los casos. El color de sus ojos expresaba más deseo del que en realidad sentía. Joyas de ámbar, oro fundido, diabólicamente traviesos, sexys, lo había escuchado todo y lo había descartado todo. Sus ojos tenían simplemente un tono muy claro de marrón con algunas motas doradas, nada extraordinario, en su opinión. Claro que vivir con ellos durante veintinueve años los convertía en algo a lo que uno se acostumbraba.

Pero si Larissa imaginaba un deseo ardiente en ellos cuando él simplemente estaba admirando mejor su belleza mientras comían, era algo interesante para él. Preferiría no tener que intentar seducirla, si Larissa no era capaz de darse cuenta de que él la estaba seduciendo. Y no era que ella pudiera huir y esconderse, puesto que no tenía ningún lugar adonde ir. Únicamente necesitaba asegurarle que la elección sería de ella, y eso lo haría en el momento apropiado. Cuando aún no había pasado una hora de su llegada era evidentemente demasiado pronto.

Aún así no dejó de mirarla fijamente. Sabía que no debía hacerlo. Pero sencillamente no podía dejar de mirarla. Le parecía increíble que Ascot hubiera conseguido ocultar esa hija tan exquisita a los círculos sociales, que la hubiera mantenido en secreto, por decirlo de alguna manera. Ese era el tercer año que pasaban en Londres. Era probable que alguien importante la hubiera descubierto para entonces, especialmente teniendo en cuenta que la familia había vivido en una de las zonas más codiciadas en la que muchos de sus residentes podían presumir de títulos. Sin embargo,

la muchacha no estaba comprometida ni siendo cortejada, y su nombre nunca había llegado a incluirse en los cotillees. Aquel año debería haber sido su temporada de presentación en sociedad si su padre hubiera estado en casa para «sacarla».

Vincent decidió preguntarle:

-¿Cuál es la razón por la que es una desconocida para la sociedad de Londres?

-Tal vez sea porque no he hecho ningún esfuerzo por darme a conocer —respondió Larissa con un ligero encogimiento de hombros.

-¿Y por qué no?

-Yo no quería mudarme a Londres. Crecí en Portsmouth, era muy feliz allí. Odié a mi padre por traernos a Londres. Y durante el primer año que pasamos aquí, me comporté como la niña estúpida que era e intenté de todas las maneras que pude hacer que mi padre se arrepintiera de haber venido a Londres. Era una malcriada. Me pasé el siguiente año intentando recompensarlo por todo lo que le había hecho pasar, y haciendo que nuestra casa aquí fuera un verdadero hogar para todos nosotros. Conocer a mis vecinos no formaba parte de ninguno de esos dos cometidos... Dios mío, ¿por qué le he contado ahora todo esto?

Vincent se echó a reír, preguntándose exactamente lo mismo. Y parecía tan sorprendida con ella misma. Eso fue lo que le resultó más divertido, haberla perturbado tanto que se había olvidado del protocolo habitual.

-Fruto del nerviosismo, me imagino —le respondió él atentamente, y aún sonriendo.

-No estoy nerviosa —negó ella, pero mientras lo decía miró hacia abajo, evitando las profundas miradas que él no tenía ninguna intención de abandonar.

-Es normal que se encuentre nerviosa. Aún no nos conocemos mucho,

«Conocerse mucho» implicaba muchas cosas, y aparentemente Larissa se oponía a todas ellas.

-Ni nos conoceremos nunca —replicó ella severamente, y luego agregó—: Yo sé por qué estoy aquí.

-¿Lo sabe? —preguntó él con interés.

-Desde luego. Es la única manera que tiene de asegurarse otra reunión con mi padre cuando regrese, para resolver ese misterioso malentendido suyo, el cual se niega a explicarme.

Un intencionado recordatorio de que no estaba siendo muy sincero con ella, cosa que él por su lado ignoró deliberadamente, puesto que no tenía intención de

revelar sus verdaderos motivos. Después de todo, la venganza funcionaba mejor cuando caía de sorpresa. Pero sí quería saber hasta dónde podía llegar en ese momento su control sobre ella, ya que ahora la muchacha se había convertido en una pieza fundamental del plan.

Había hecho algunas suposiciones cuando ella había confesado no saber adonde se mudaría su familia. Se la había imaginado en la miseria y viviendo en las calles. Pero los pendientes que llevaba decían otra cosa. Sin embargo quería que no tuviera otra opción más que quedarse donde estaba. Lo último que deseaba era que fuera capaz de levantarse y marcharse de su casa una vez que se diera cuenta de que él haría todo lo posible por meterla en su cama.

Eso marcaba la diferencia entre una campaña rápida y directa, y otra larga y tediosa durante la cual tendría que cuidar cada palabra que le dijera. Y el tiempo era esencial, ya que su padre podía regresar en cualquier momento y rescatarla de la ruina.

Sin embargo, no sería demasiado difícil asegurarse de que quedara en la miseria, o por lo menos hacerle pensar eso, y con ese propósito le dijo:

-Si tiene alguna joya valiosa, puede guardarla en mi caja de caudales mientras se hospeda aquí. Mis sirvientes son de confianza, o al menos la gran mayoría de ellos, aunque tenemos un par de criadas nuevas que todavía no han demostrado sus cualidades.

-De hecho tengo algunas piezas muy bonitas, que eran de mi madre. Las vendería sólo como último recurso. Sin embargo, hay unos cuadros que ya debería haber vendido. Ya he puesto demasiadas excusas durante mucho tiempo, pensando que mi padre regresaría más pronto. Me encargaré de ello mañana.

-Tonterías. Ahora no tiene ninguna necesidad de vender sus pertenencias. Puede esperar aquí a su padre. Él lo arreglará todo en cuanto llegue, estoy seguro.

-Yo también estoy segura de eso, pero no me gusta estar sin nada de dinero, y realmente gasté lo último que nos quedaba comprando la medicina de Thomas. También necesitará más...

-Sus muebles están siendo almacenados mientras hablamos. Y le repito, no hay necesidad de que se deshaga de ellos. Mi médico personal también estará disponible esta semana para examinar a mi plantilla de empleados, algo que intento hacer cada año en esta época, de modo que siéntase libre de utilizar sus servicios para su hermano

mientras esté aquí. Pero ¿cómo es posible que no tenga nada de dinero? Acaso George Ascot es tan desconsiderado que...

-¡Por supuesto que no! —le interrumpió Larissa llena de indignación—. Pero nuestros acreedores escucharon un ridículo rumor de que no regresaría y exigieron que yo liquidara sus cuentas. Y no solamente uno, sino todos ellos se presentaron en nuestra casa. No querían creerme cuando les decía que mi padre pronto regresaría. Me vi obligada a reducir los fondos para los gastos de la casa para pagarles. Y luego Thomas cogió ese espantoso resfriado que empeoró y empeoró hasta que temí...

Dejó de hablar, abrumada por la emoción. Aunque parezca extraño, Vincent descubrió que deseaba abrazarla y consolarla. Por Dios, qué pensamiento más absurdo para alguien como él. Desechó semejante idea. Estaba progresando, estaba haciéndola hablar. Iba a fastidiarlo todo con el tonto impulso de resolver sus problemas, cuando desde el principio lo único que quería era verla en la miseria.

-Y luego yo me convertí en otro de sus males —dijo él. Consiguió fingir un suspiro convincente.

Larissa asintió con la cabeza, estaba totalmente de acuerdo. También había vuelto a dejar de mirarlo. No importaba. Había progresado. Ella se había abierto, y con facilidad. Pero también era cierto que parecía tener una amplia variedad de emociones a flor de piel, y no era nada difícil manipular las emociones si uno sabía qué cuerdas tocar. Ahora estaba empezando a conocer las de ella.

-Todavía no entiendo por qué compró usted nuestra casa, o para el caso cómo la compró, puesto que ya nos la habían vendido a nosotros —comentó Larissa.

-Es simplemente una cuestión de negocios, señorita Ascot. Adquirí la escritura directamente de manos del propietario. Es lo que hago, comprar y vender, invertir, suministrar lo que es solicitado en el momento oportuno para obtener enormes beneficios. Ya sea un cierto estilo de arquitectura, una obra de arte, o cualquier otra cosa, cuando escucho que alguien está buscando algo en particular, hago un esfuerzo para poder suministrárselo, siempre y cuando esté dentro de mis posibilidades y preferencias hacerlo.

-¿Está diciendo que ya tiene un comprador para nuestra casa, que ésa es la razón por la que la compró a nuestras espaldas?

-Mi querida muchacha, su padre tuvo la oportunidad de pagar lo que quedaba de su deuda para completar su propia compra. De haberlo hecho, la escritura hubiera sido suya.

-Pero entonces usted no hubiera hecho ningún negocio, no hubiera sacado ningún beneficio.

-Es cierto, pero ése es un riesgo que corro en lo que hago. O bien obtengo beneficios excesivos, o salgo sin pérdidas ni beneficios. De vez en cuando incluso sufro alguna pérdida, pero no lo suficiente como para impedir que me haga rico con mis negocios.

-Eso implica que usted se ha forjado su propia fortuna-concluyó ella.

-Ciertamente.

-¿Entonces no heredó una gran fortuna con su título?-preguntó Larissa.

Era fácil ver que estaba intentando molestarlo, y tal vez descubrir una mentira. Sin embargo, no era muy experta en volver las tornas.

El estaba muy entretenido observando sus esfuerzos. Ni siquiera le importaba compartir algunos detalles de su vida con ella. De hecho, supuso que era un candidato excelente para su excesiva compasión, sí se tenían en cuenta todos los aspectos de su vida. No era que fuera a revelar nunca todos esos aspectos, pero si utilizaba algunos para aumentar esa compasión no le perjudicaría.

-Mi título formaba parte de la herencia familiar en Lincolnshire, lugar sobre el que me niego a poner mis pies nunca más, puesto que no contiene más que malos recuerdos para mí. El resto de la riqueza familiar, mediocre como era, quedó para mi hermano menor, ahora fallecido.

Lo dijo sin inflexión en la voz, pero sin embargo las líneas del ceño aparecieron inmediatamente en la frente de Larissa. Realmente era demasiado compasiva y ésa iba a ser su ruina.

Larissa, algo inquieta, dijo:

-Lo siento, no era mi intención entrometerme.

-Por supuesto que sí- Entrometerse es propio de la naturaleza del ser humano.

-Pero es más cortés abstenerse de hacerlo -insistió ella, decidida a echarse la culpa en ese momento.

-Deja de reprenderte, Larissa- No necesitas ese tipo de cortesía aquí.

-Todo lo contrarío, la cortesía es obligatoria en todas las circunstancias -respondió ella.

Vincent sonrió.

-¿Ése es un recordatorio para t¡ misma, o realmente lo crees así? Y antes de que me respondas, ten presente que acabo de desechar las formalidades entre nosotros utilizando tu nombre de pila. Te invito a que hagas lo mismo. Recuerda también que la gente se permite sus momentos de descortesía, cuando se los merece, especialmente en sus relaciones más íntimas

El rubor invadió otra vez las mejillas de Larissa- Y su severo tono de voz regresó también cuando se puso de pie para decir:

-Nosotros apenas nos conocemos, y yo no estaré aquí el tiempo suficiente como para que eso cambie. De hecho haré todo lo que pueda para ser lo menos entrometida posible mientras me hospede en su casa. Ahora si me disculpa, lord Everett, tengo que ir a ver cómo se encuentra mí hermano.

Él se cruzó de brazos con una copa de vino en la mano, que hizo girar una vez antes de acabársela. Ella quería formalidad entre ellos, acababa de recalcarlo. Vincent se preguntó cómo haría para mantener su formalidad, y para el caso su cortesía, cuando su cuerpo desnudo estuviera acurrucado junto a él en la cama. Esperaba que no le resultara demasiado fácil mantenerlas.

4

Thomas ya estaba instalado en una cama y dejaba que Mará le diera la comida con una cuchara. No le gustaba que lo trataran como a un niño. Realmente lo odiaba. Pero durante el período más álgido de fiebre, cuando había insistido en comer él solo, nunca había terminado sus comidas simplemente porque se sentía demasiado débil.

Cuando Larissa descubrió que era mentira que no tenía hambre, sino simplemente que estaba demasiado cansado para terminar el plato solo, ya no le dio más la opción. Le darían de comer o le darían de comer, y ésas eran las dos únicas opciones que tendría hasta que estuviera completamente recuperado.

La habitación en la que había sido colocado era mucho más grande que la que tenía en su casa. Al igual que la cama.

Se veía demasiado pequeño en ella. Pero también es cierto que era bastante pequeño para su edad, más delgado y más bajo que otros niños de diez años. Su padre, quien sí era un hombre alto, le había asegurado que no tardaría mucho en alcanzarlos, que él había pegado el estirón a los doce años.

Era probable que Thomas fuera más bajo que otros niños de su edad, pero era mucho más inteligente. Si no fuera porque a veces era tan terco y propenso a las rabietas de vez en cuando, Larissa juraría que había un hombre completamente adulto dentro de aquel pequeño cuerpo. Sus agudos comentarios eran a menudo demasiado adultos. Pero su ilimitada energía, cuando no estaba enfermo, seguía recordando claramente que aún era un niño.

Esa energía, o la actual falta de ella, contribuía a que fuera un paciente realmente difícil. Lleno de quejas. No le gustaba quedarse en la cama, y odiaba la debilidad que lo había invadido desde que comenzara a tener fiebre.

Cuando Larissa se acercó a la cama, Thomas no levantó la vista para mirarla, seguía haciendo pucheros por lo de la mudanza, como si hubiera existido alguna posibilidad de que ella pudiera impedirla. Deseó poder darse el lujo también de hacer pucheros, pero todo lo que había podido hacer era llorar.

Sin embargo, intentó parecer alegre, cuando le preguntó:

-¿Estás bien después del frío viaje hasta aquí?

-¿Frío? Me tenías tan enterrado en esas mantas, Lari, creí que me ahogaba.

-Bueno, eso está bien con tal de que no hayas empeorado con el frío.

Mará intentó ocultar una sonrisa, pero no tuvo éxito.

Thomas las miró con furia a tas dos. Larissa lo reprendió con la mirada.

Thomas la llamaba Lari únicamente cuando estaba enfadado con ella, porque esperaba que eso la hiciera enfadar a ella también, ya que sonaba como un nombre de hombre. Cuando estaba contento la llamaba Rissa, como lo hacía su padre.

-¿Por qué hemos tenido que venir aquí? —Thomas expresó su queja abiertamente, una vez más.

-Esta habitación es como la habitación de un hotel.

-¿Y cómo sabes tú cómo es una habitación de hotel? -preguntó Larissa.

-Fui una vez a una con papá, a una reunión con ese comerciante de vinos francés en su hotel.

-Oh, bueno, sí, esta casa es mucho más grande que la nuestra, y es cierto que parece muy... impersonal, por lo que he visto de ella hasta ahora, realmente parece un hotel. Aunque el barón Windsmoor no tiene familia, supongo que ésa es la razón.

-No tendremos que quedarnos aquí durante mucho tiempo, ¿no es cierto?

-No, para nada —le aseguró ella, y comenzó a decir-: En cuanto llegue papá...

-Ya hace varias semanas que dices eso. ¿Cuándo va a regresar?

Era difícil conservar la alegría cuando Thomas estaba preguntando exactamente las mismas cosas que ella se había estado preguntando a sí misma, y para las que no tenía respuesta. Se suponía que estaría fuera solamente dos meses, lo cual le daría una semana, como mucho dos, para llevar a cabo sus negociaciones. Había prometido estar de regreso en casa a principios de noviembre. Pero había pasado ya un mes desde esa fecha. Era probable que el mal tiempo provocara cierto retraso, pero ¿cuatro semanas? No, ya no podía seguir negando el hecho de que algo terrible podía haber sucedido durante la travesía. Todo el tiempo había barcos que se perdían en el mar, sin que nadie supiera realmente qué era lo que había ocurrido. Incluso había rumores que decían que aún quedaban piratas vagando precisamente por las aguas sobre las que había tenido que navegar su padre, piratas preparados para abalanzarse sobre un comerciante bien cargado. Había tenido mucho tiempo para imaginarse lo peor, un naufragio, el barco encallado en una isla desierta, su padre muñéndose de hambre...

Su preocupación se había vuelto tan intensa que ahora parecía formar parte de ella. Quería desesperadamente compartirla con alguien, necesitaba un hombro sobre el que llorar, pero tenía que arreglárselas sin ninguna de las dos cosas. Tenía que ser fuerte por Thomas, tenía que seguir asegurándole que todo saldría bien, cuando ella ya no creía que así fuera.

Con ese propósito dijo:

-Los mejores planes no siempre se cumplen sin ninguna dificultad, Tommy. Papá esperaba obtener un nuevo mercado en New Providence, pero ¿y si allí no hubiera ninguno? Entonces habrá tenido que navegar hasta la próxima isla, ¿no es cierto? ¿Y si allí tampoco había nada?

-Pero ¿por qué tuvo que irse tan lejos si podría haber encontrado un nuevo mercado cerca de casa?

Larissa miró a su hermano con severidad.

-¿Acaso no hemos hablado ya de esto, y varias veces? ¿No me estabas escuchando la última vez?

-Siempre te escucho -se quejó Thomas—. Simplemente sucede que lo que dices no siempre tiene sentido.

Larissa no lo regañó por eso, sabía muy bien que estaba a la defensiva porque su enfermedad hacía que se olvidara de las cosas. O durante muchas de las últimas

conversaciones que habían tenido estaba medio dormido, o había tenido mucha fiebre, de modo que no era de extrañar que no pudiera recordarlas todas.

-Bueno, pues veamos si podemos darle sentido entre los dos a lo que pasa, porque yo tampoco lo entiendo —dijo Larissa, esperando que eso lo hiciera sentirse mejor.

-Muchas empresas en la misma línea de negocio disfrutan de una competencia amistosa o no tan amistosa. Ésa es la naturaleza de los negocios, ¿estás de acuerdo?

Esperó un momento. Thomas asintió con la cabeza. Ella continuó.

-Pero cuando hay algo que lo estropea todo...

-¿Puedes ser más concreta por favor? —le pidió él.

Larissa lo reprendió con la mirada, pero también intentó serlo.

-Esa nueva compañía naviera que abrió el verano pasado, Los Vientos, creo que se llamaba, fue una incorporación bien acogida en un mercado en pleno crecimiento, hasta que sus dueños demostraron ser muy poco limpios. En lugar de buscar sus propios mercados, se pusieron a robar los que ya estaban en otras manos.

-¿En manos de papá?

-No solamente de papá, aunque parecieron escogerlo principalmente a él. Nunca me habló de esto. Seguramente no quería preocuparme. Lo que sé, lo oí por casualidad cuando sus capitanes o sus empleados venían a la casa. Aparentemente Los Vientos estaba intentando llevarlo a la quiebra, y casi lo logra. Nunca lo había visto tan furioso como esas últimas semanas antes de partir, después de que todos sus barcos, excepto uno, regresaran a puerto sin los cargamentos previstos, porque los capitanes de Los Vientos habían seguido a los de papá y habían pagado un precio más alto en cada puerto.

-¿Incluso ese señor francés de los vinos tan simpáti...?

-Sí —le interrumpió ella, intentando evitar que su hermano hablara tanto, puesto que eso también parecía agotarlo—. Incluso ignoró el contrato que papá tenía con él y le vendió la mercancía al capitán de Los Vientos.

-Pero ¿de qué sirve un contrato si puede romperse con tanta facilidad?

-Por lo que he escuchado, no fueron exactamente rotos, simplemente se dieron algunas excusas poco sólidas explicando por qué las mercancías no estarían disponibles. Esa es la naturaleza de los negocios, supongo —dijo Larissa encogiéndose de hombros aunque realmente no lo sintiera así. Y luego agregó-: Es difícil criticar a los comerciantes cuando han tenido la oportunidad de cosechar inmensas e inesperadas ganancias.

-A mí no me resulta para nada difícil criticarlos -la contradijo Thomas.

-Los contratos se hacen por una buena razón, para que el mercado sea fiable.

Larissa debía haberse imaginado que no podía hablar a la ligera, teniendo en cuenta que Thomas estaba siendo preparado, incluso a su temprana edad, para asumir el poder de la empresa de su padre algún día.

-Sea como sea, esto sucede en toda Europa. Los barcos de Los Vientos aparecieron en todos los puertos en los que se presentaron nuestros barcos. Resulta bastante fácil llegar a la conclusión de que ha sido deliberado, de que estaban siguiendo especialmente a nuestra compañía naviera para obtener nuestros cargamentos. Y ésa es la razón por la que papá ha viajado tan lejos de casa. No podía competir con Los Vientos, quien estaba pagando precios inauditos, o de lo contrario no hubiera ganado nada con esos cargamentos.

Thomas frunció el ceño.

-Creo que esto es lo que no entiendo. ¿Cómo obtiene beneficios esta otra empresa naviera si está pagando precios tan altos por sus cargamentos?

-No van a ganar dinero. Aparentemente tienen dinero para perder en esta táctica. Primero se asegurarían el mercado, y más tarde se preocuparían por bajar los precios a niveles razonables. Es simplemente una estrategia, y funcionó. Papá no podía arriesgarse a enviar sus barcos otra vez a los mismos comerciantes, sólo para que ocurriera lo mismo, de modo que en eso ganó la compañía naviera Los Vientos; ahora son ellos quienes se han quedado con esos mercados.

-¿Entonces tú crees que papá ha podido encontrar nuevos mercados? —preguntó Thomas.

-Por supuesto —respondió Larissa, intentando parecer segura-. Y ha planeado expandirse a las Antillas en un futuro. Así que puede que al final ésta resulte ser una muy buena jugada.

-Aunque lo obligaron a ella antes de que estuviera preparado.

Muy a menudo deseaba que Thomas no fuera tan listo y aceptara simplemente cualquier explicación que se le diera como lo hacían casi todos los niños de su edad, en lugar de cuestionar y señalar todas las imperfecciones de su lógica.

-¿Quieres que te diga lo que pienso? —dijo Larissa.

-¿Tengo alguna otra opción? —respondió él.

Ella sonrió.

-No, no la tienes- Pienso que al final todo va a salir muy bien. Dudo de que la compañía naviera Los Vientos sobreviva mucho tiempo más, y cuando se hundan, papá podrá recuperar sus viejos contactos, y con los que haga ahora en este viaje, pues, probablemente tenga que comprar nuevos barcos para poder mantener todos los contactos.

-Y yo pienso que tú simplemente esperas que Los Vientos se hunda, lo que no es muy probable que suceda, si disponen de tamo dinero, como para conseguir todo lo que han conseguido.

-Oh, no estoy hablando de sus finanzas. Estoy hablando de la mala intención que han propagado, entrando en el negocio de una manera tan poco ética. Piensa que los comerciantes que han tratado con ellos les han vendido a ellos logrando grandes beneficios porque saben perfectamente lo que esta gente estaba tramando, y nadie puede confiar en alguien tan poco limpio. Pero muchos de los productos con los que se trabaja son perecederos, necesitan un determinado tiempo de entrega y capitanes dignos de confianza que lleguen a tiempo. Si la compañía naviera Los Vientos llega tarde en el futuro, la carga podría echarse a perder antes de ser siquiera recogida, y por supuesto entonces nadie la querrá. ¿Entiendes lo que intento decir?

-¿De modo que estás pensando que los antiguos contactos de papá querrán volver a trabajar con él, porque su compañía está bien consolidada y, por supuesto, porque es digno de confianza?

-Creo que preferirán eso, sí... y mira lo que hemos hecho. Hemos conseguido que Mará se quede dormida con esta charla de negocios, algo muy poco interesante para ella. Pero no me extraña, es hora de que tú también duermas tu siesta.

-Yo no estoy cansado -se quejó Thomas.

-Pero si se te están cerrando los ojos.

-No es cierto -refunfuñó él.

-Sí que es cierto. Y además, necesitas descansar, duermas o no. Cuando no tengas fiebre, entonces podremos negociar el fin de estas siestas.

Thomas se rindió. Le encantaba negociar, y ésa era la razón por la que ella lo había mencionado.

Larissa se dirigió hacia la puerta. Pero él la detuvo con una última pregunta para la que ella realmente no estaba preparada.

-¿Dónde vamos a poner el árbol de Navidad este año, Rissa?

No fue la pregunta, sino el temblor que escuchó en su pequeña voz cuando la formulaba. Fue su perdición. Ni siquiera había pensado en pasar las Navidades sin su padre. No había pensado con tanta antelación, no podía hacerlo, porque había demasiados problemas aguardándola en el camino.

-Es demasiado pronto para pensar en el árbol, sólo es principios de mes. Pero tendremos uno, Tommy, aunque tengamos que compartirlo con el barón...

-Yo no quiero compartir un árbol, quiero poner los adornos que hemos hecho nosotros. Los has traído, ¿verdad?

No, no los había traído. Estaban guardados en el ático y habían ido a parar con los otros muebles dondequiera que los hubiera hecho llevar lord Everett.

-Estarán aquí cuando llegue el momento -fue la mejor respuesta que pudo ofrecerle.

-Así que por favor no te preocupes por eso. Tú sólo ponte mejor, para poder colocar tú también algunos de los adornos.

Tenía que salir de allí. Las lágrimas ya estaban cayendo por sus mejillas, y no quería que él las viera. No iban a tener unas Navidades muy normales este año. Tenía miedo, tanto miedo de que tuvieran que pasarlas sin su padre...

5

Larissa no estaba segura de qué pensaba de la habitación que le habían asignado, teniendo en cuenta que apenas podía ver a través de sus lágrimas, y nadie había contestado a ninguna de las puertas que ella había golpeado entre su habitación y la de Thomas, de modo que había tenido que mirar a hurtadillas en cada habitación. Pero finalmente vio sus baúles apilados a los pies de la cama en una de las dos habitaciones que estaban al final del pasillo, y que estaba a una distancia mucho mayor de su hermano de la que le hubiera gustado.

¿Había pensado que la habitación de Thomas era inmensa comparada con la de su casa? La que le habían asignado a ella era aún más grande. Tenía hasta un vestidor adjunto a la habitación, con un gran cuarto de baño junto a él, y otra puerta de conexión que daba a otra habitación más. Para su sorpresa, descubrió que se trataba de la habitación del barón. La habían colocado en una parte de su dormitorio, en la suite del dueño de la casa. Dios mío, ¿por qué? Seguramente en una casa de ese tamaño habría

otras habitaciones para invitados, ¿acaso no había visto por lo menos una docena de habitaciones en ese mismo pasillo?

De ninguna manera aceptaría aquello, tenía que ser un error, y tendría que hablar con el ama de llaves en cuanto consiguiera dejar de llorar. Para lograrlo, se sentó en el borde de la cama y cedió ante todas las emociones que se agolpaban en su interior. Aunque parezca mentira, algunas de esas emociones eran nuevas y se apoderaron de ella.

Había dejado que Thomas la distrajera, a propósito, porque sabía que él podía hacerlo. Esa era la razón por la que salió corriendo de la habitación del muchacho. Pero ahora estaba sola, sus pensamientos sólo eran perturbados una vez más por ese extraño almuerzo que había compartido con el barón.

No sabía qué opinar de él, era consciente de que nunca antes se había sentido tan aturdida. No era simplemente que su belleza la hubiera dejado sin aliento por un instante, al verlo con toda claridad por primera vez en el vestíbulo tan bien iluminado. Al menos no era sólo eso.

Alto y de hombros anchos, Vincent Everett tenía uno de esos cuerpos de tipo atlético que parecían embutidos dentro de los trajes de moda si el hombre no tenía un sastre meticuloso. Sin embargo, el sastre del barón era evidentemente uno de los meticulosos, puesto que en cambio había logrado destacar una figura gallarda, a pesar de sus extremidades sumamente musculosas.

Tan meticuloso debía ser su sastre, que la nieve y su gabán se lo habían ocultado la noche anterior. Cabellos negros, no sólo negros, sino del más oscuro de los azabaches, mejillas angulosas, una barbilla fuerte y decidida, una nariz estrecha, rasgos que se combinaban tan perfectamente juntos, que asombraba lo apuesto que era.

Aun así, ésa era sólo una pequeña parte de lo que tanto la había desconcertado. Lo que más la había inquietado eran esos ojos dorados que parecían hablarle. Desafortunadamente, todo lo que decían era atrevido. Realmente la había inquietado más allá de todo sentido común y sin embargo sus ojos parecían estar expresando cosas que no eran las adecuadas. Sin duda era simplemente un truco de la luz. Desde luego no había sido intencionado- Probablemente él ni siquiera fuera consciente del efecto que causaba su mirada. Y fueran sus intensificadas emociones lo que le hicieran imaginar más de lo que realmente había.

Lo que para él había sido simplemente una sencilla transacción de negocios, era una calamidad para ella por haber perdido su hogar. No podía evitar la antipatía que

sentía por Vincent a causa de eso. Pero ese poderoso sentimiento era probablemente la razón por la que todo lo demás que él le hacia sentir fuera mucho más exagerado.

Mientras estaban comiendo, le había costado mucho tragar cada bocado. Tenía el estómago tan revuelto, que temía devolver la poca comida que había tragado. Y él no había parado de mirarla fijamente. Algo de lo más grosero, de lo más crispante. Sin embargo, puesto que lo había hecho durante casi todo el tiempo que permanecieron juntos, tuvo que llegar a la conclusión de que no era deliberado, de que no lo hacía con la intención de perturbarla, probablemente fuera sólo una costumbre normal, aunque grosera. Quizás hasta fuera una táctica que empleaba en sus negocios y que utilizaba inconscientemente en todos los aspectos de su vida.

Había visto a un comerciante intentando utilizar esa táctica con su padre una vez, mirándolo fijamente y haciendo un esfuerzo para provocar el temor de que el precio que estaban negociando pudiera ser elevado antes de que se llegara a un compromiso verbal. Con su padre no había funcionado, pero fue muy divertido observar aquella escena.

Se necesitaron varios golpes en la puerta antes de que el sonido se abriera paso a través de los agitados pensamientos de Larissa y ella se pusiera de pie para abrir la puerta. Vincent Everett estaba allí. Había estado deseando poder evitar más encuentros con él mientras estuviera en su casa, y sin embargo allí estaba. Y tan cerca que podía oler su perfume de almizcle, podía sentir el calor que irradiaba, ¿o era el calor de su propia vergüenza?

Pensó en dar un paso hacia atrás, hubiera corrido hasta el otro extremo de la habitación si eso no le hubiera indicado a él tan claramente lo mucho que la perturbaba. Sin embargo, el pequeño espacio que ganó no cambió nada, porque Vincent estaba haciéndolo otra vez, la estaba mirando fijamente. ¡Y había tanto calor en esos ojos de ámbar! Larissa sentía que Vincent la desnudaba completamente con su mirada. Y la vergüenza era la misma que hubiera sentido de haber estado realmente allí de pie desnuda frente a él.

-Tus joyas.

Ella se preguntó por un instante si acababa de decirlo, o si se lo estaba imaginando. No le hubiera sorprendido para nada.

-¿Disculpe?

-Temí que pudieras olvidarte.

Y aquella mirada le demostró que tenía razón, tenía la cabeza entre las nubes.

-Pero no quiero ser indirectamente responsable de causarte más angustia, que sería lo que sucedería si tus joyas desaparecieran.

Eso le refrescó la memoria.

-Oh, sí, las nuevas criadas que todavía no han demostrado sus cualidades. Aguarde un momento.

Se acercó rápidamente a sus tres grandes baúles, que habían sido apilados hábilmente formando una pirámide a los pies de la cama. Hurgó en el que estaba arriba de todo pero no logró encontrar su caja de joyas, desafortunadamente, ése era el más pesado de sus baúles, pues era donde guardaba sus libros personales. Eso no hubiera sido un problema de haber tenido tiempo para vaciarlo primero. Pero con el barón esperando en la puerta, era necesario quitarlo de en medio para poder revisar los otros dos baúles que había debajo de ése.

Larissa sabía muy bien que no podía levantarlo ella sola, pero sí podía arrastrarlo muy lentamente con un poco de esfuerzo hasta que cayera, y comenzó a hacerlo. Pero de repente los brazos del barón estaban a ambos lados de su cuerpo, cogiendo las asas en los extremos del baúl para moverlo.

Debió haber dicho que lo haría. Debió haber dejado que ella se apartara primero. El corazón de Larissa le golpeaba el pecho. Estaba atrapada entre él y los baúles, podía sentir el pecho del barón contra su espalda, el aliento de él contra su cuello. Iba a desmayarse, lo sabía, lo sabía, iba a caer redonda en el acto.

-Lo siento —dijo él después de un momento que a Larissa se le hizo insoportablemente largo, y movió un brazo para permitir que ella saliera de su trampa.

Una vez más su instinto fue salir disparada hacia el otro extremo de la habitación, lejos, muy lejos de él. Quería hacerlo desesperadamente, pero se negaba a demostrarle que le tenía miedo, y ésa sería seguramente la conclusión a la que él llegaría.

Después de todo, era el enemigo. Y ella no tenía miedo, en realidad no. Lo que sentía era mucho más inquietante que miedo.

Vincent dejó de lado el pesado baúl, probablemente lo podría haber hecho con una sola mano, pues parecía hacerlo todo sin ningún esfuerzo. No regresó a la puerta de la habitación, que hubiera sido lo correcto. Después de todo, estaban solos, completamente solos, *nada menos que en una maldita habitación,* cosa que era mucho más que impropia y entraba en el campo de lo comprometedor. De modo que metió la mano en el siguiente baúl en cuanto estuvo despejado, como para que él se fuera de allí lo antes posible, y gracias a Dios esta vez sí la sacó con una estrecha caja de madera.

-Sólo tengo estas piezas que eran de mi madre, y a su vez de su madre -dijo mientras le daba la caja con un movimiento brusco-. Son valiosas, pero el valor es más que nada sentimental para mí...

Ahogó un grito en lugar de terminar la frase. El había posado una mano sobre la de ella en la caja para cogerla, probablemente porque no le había quitado los ojos de encima lo suficiente como para lanzar una mirada hacia abajo y ver lo que estaba cogiendo. El corazón de Larissa dio un vuelco, y Vincent la miraba fijamente a los ojos mientras la cálida palma de su mano se deslizaba por el dorso de la suya, lentamente, demasiado lentamente, antes de que por fin cogiera la caja. Había quedado otra vez anulada por completo, la sangre corría por sus venas a tanta velocidad que esta vez realmente pensó que se desmayaría.

Ese contacto que acababan de establecer, que había destrozado completamente la poca calma que le quedaba, no significaba absolutamente nada para él. Echó un vistazo mientras abría la caja y vio allí dentro la extensa hebra de perlas y el broche de rubí con forma de mariposa.

-Entiendo —dijo Vincent sin expresión en la voz antes de volver a mirarla con unos ojos dorados que parecían aún más ardientes, aunque era probable que una vez más fuera simplemente la luz la que les diera ese aspecto.

-¿Y éstos?

Antes de que ella se diera cuenta de a qué se refería, o qué iba a hacer, Vincent golpeó con el dedo uno de los pendientes que ella llevaba. Sus otros dedos le rozaron el cuello mientras lo hacía, seguramente un accidente, pero ella sintió un escalofrío que le bajó hasta los dedos de los pies. Sus rodillas comenzaron a doblarse, y estuvo a punto de caerse. Se olvidó de cómo respirar. En un esfuerzo desesperado por recuperar el control de su juicio, cerró los ojos y escuchó un gemido. ¿De él? Seguramente no.

Se concentró en lo que hacía, o en lo que creía que hacía. Tardó un buen raro en sacarlo a la luz. El golpe violento de la tapa de la caja al cerrarse la ayudó, pues la asustó lo suficiente como para hacer que volviera también a abrir los ojos.

-Los pendientes siempre están conmigo, puestos o bien descansando junto a mi cama cuando duermo.

-No voy a arriesgarme contigo. Dámelos.

Era una orden severa, o parecía serlo, puesto que su voz había salido bastante áspera y estridente. ¿Se refería a tos pendientes? No estaba segura. Otra vez no podía

pensar con claridad. Pero por si acaso, se los quitó de un tirón y estiró la mano bruscamente para alcanzárselos, luego con nerviosismo los dejó caer antes de que la mano de él estuviera lo suficiente cerca, demasiado temerosa de poder acabar tocándolo otra vez. Sin embargo, lo hizo demasiado pronto, y él no fue lo bastante rápido como para cogerlos antes de que cayeran al suelo.

Avergonzada de que sus nervios fueran tan evidentes, se apoyó precipitadamente sobre una rodilla para recoger los pendientes, sin considerar que lo más probable es que él hiciera lo mismo. Se golpearon las cabezas al bajar. Ella perdió el equilibrio y terminó sentada en el suelo. Antes de que pudiera recuperarse, él ya la estaba ayudando.

Ésa realmente fue su perdición. Se quedó boquiabierta por el vuelco que dio su corazón. En lugar de ofrecerle su mano, que ella por supuesto no hubiera aceptado -y él debía saberlo- la levantó, cogiéndola por las axilas, como quien coge a un niño muy pequeño. Debería haber sido imposible, al menos desde el suelo. Pero Vincent utilizó su propio pecho como fuerza de apalanque. Y en esos breves segundos Larissa sintió tas palmas de las manos de él cerca de tos lados de sus senos, sintió esos senos presionados firmemente contra el pecho de él antes de que la soltara. Fueron unos pocos segundos y sin embargo la impresión le duraría una eternidad.

Todavía no habían recogido las perlas. El lo hizo entonces, y también recuperó la caja de joyas que había dejado antes a un lado para ayudarla. Guardó los pendientes en su mano en lugar de meterlos en la caja. Por una vez, parecía estar tan perturbado como ella, pero era sólo una breve demostración, que desapareció tan rápidamente que Larissa pensó que se lo había imaginado. Entonces Vincent se dirigió hacia la puerta, ya había cumplido con su cometido y deseaba irse de allí.

Larissa no lo hubiera detenido. Era crucial que se fuera antes de que acabara de desmoronarse. Pero su mente sencillamente no estaba funcionando de una manera lógica, y mirando aún sus baúles, se acordó...

-¡Oh! Iba a buscar a su ama de llaves..., creo que me han puesto en la habitación equivocada. Debería estar más cerca de mi hermano...

Estaba a punto de decir algo más, pero él la interrumpió.

-Te han puesto en la habitación correcta. Normalmente tengo invitados para las fiestas, y estos invitados en particular no pueden pensar que se les está dando un trato especial, ¿entiendes?, puesto que son mis socios en los negocios. Y en lugar de mudarte, si todavía estás aquí para entonces, era mucho más fácil ponerte aquí directamente. ¿Hay algún problema con la habitación?

-Bueno, no, pero...

-Bien, entonces olvídalo.

Salió por la puerta antes de que ella pudiera seguir argumentando. En el mismo momento en que se cerró la puerta, se desplomó sobre la cama. Estaba temblando. Tenía los nervios tan alterados que sentía ganas de gritar. Su corazón seguía latiendo irregularmente. Dios mío, ¿qué le había hecho ese hombre

6

Vincent se encerró en su estudio, en donde estaba seguro no sería molestado. Sus empleados estaban bien preparados, sabían que no debían irle con imprevistos cuando su puerta estaba cerrada, sólo su secretario era la única excepción. Su habitación le hubiera garantizado que no lo interrumpieran, pero estaba demasiado cerca de ella.

Nunca antes se había emborrachado por la tarde. Quizás hoy haría una excepción. Y no porque el brandy que se había servido estuviera ayudando. Había esperado que lo calmara, o al menos que hiciera que su mente se alejara de Larissa Ascot durante el tiempo suficiente como para que su cuerpo se tranquilizase. Pero no estaba ayudando en ninguna de las dos cosas.

Igual que no debía haber ido hasta su puerta la noche anterior, tampoco debía haberla buscado en su habitación ese día. Las joyas habían sido sólo excusa. Sencillamente había querido gozar de su presencia otra vez, se había sentido tan estimulado por Larissa durante el almuerzo que se negaba a mantenerse alejado de ella mientras la tuviera cerca.

Pero eso había sido un error. Verla cerca de una cama había traído a su mente el tema de la seducción. Después de todo, era el escenario perfecto para comenzarla. Y pensó que podría controlarlo, incluso estaba progresando, hasta que él mismo se vio atrapado en ella.

Era la primera vez que sentía ese tipo de deseo, tan completamente fuera de su control. Aún le asombraba la fuerza de esos deseos, y el abrumador impulso que había sentido de arrojarla sobre la cama y embelesarla en completo e incontrolable desenfreno. No era que supiera mucho de embelesamientos, ni de hacer las cosas sin control, pero sabía que era demasiado pronto para hacer cualquier cosa de ese tipo con ella.

Larissa se había excitado, sí -Dios mío, con qué facilidad-, y probablemente hubiera ofrecido tan sólo una simbólica protesta antes de ceder a esa excitación. Pero eso no era lo que él quería. La quería completamente entregada, la quería rogándole todo lo que él planeaba darle. Ella misma iba a ser responsable de su ruina, él tan sólo la ayudaría. Su maldita conciencia, que parecía estar apareciendo inoportunamente en ese momento de su vida, no iba a remorderle cuando acabara con Larissa.

Ahora por fin había descartado cualquier otra opción para ella, dejándola sin otra elección que la de aceptar su hospitalidad. Ya había hecho los arreglos necesarios para que sus muebles fueran «robados», y ésa era la historia que le contaría si volvía a mencionar la necesidad de venderlos. Puesto que había llevado todas las cosas de valor a un local diferente, si era necesario incluso podía llevarla hasta el almacén en el que habían sido guardadas, para demostrarle que lo que quedaba no valía la pena ser robado, de modo que tampoco valía la pena venderlo.

Y sus joyas serían inaccesibles para ella, la llave de su caja de caudales desafortunadamente se «extraviaría» de momento. Sin embargo, todavía no las había guardado, y ahora tenía uno de los pendientes en su mano y lo frotaba inconscientemente a lo largo de su mejilla. Los había visto balancearse en su nerviosismo y golpear suavemente contra su cuello. Aún estaban cálidos cuando los recogió del suelo, el calor de ella albergado en ellos, y él había atrapado ese calor en su puño mientras caminaba hasta la puerta, y no estaba dispuesto a dejarlo ir, cuando acababa de obligarse a sí mismo para dejarla sola.

Esta seducción era un plan tan sencillo. ¿Por qué demonios parecía de repente tan complicado? Pero Vincent sabía muy bien por qué. No había contado con el efecto que ella ejercía sobre él, no había planeado quedarse encantado con sus rubores, hechizado por su belleza, fascinado con sus innumerables emociones, ni excitado por un roce inocente y envuelto en llamas por el deseo de ella. Quien había sido seducido había sido *él*, y completamente. Y no estaba seguro de si podía someterse a eso otra vez, sin llevarlo a un desenlace natural.

Tenía que distanciarse, con prudencia, al menos hasta que pudiera controlar estas reacciones inesperadas suyas. Evitarla completamente durante uno o dos días. Pero no quedaba tiempo para eso. Entonces, no más roces. Los roces habían sido provocados por él. Seguramente podría llevar a cabo este plan de seducción sin contacto físico. En cambio se concentraría en la compasión que ella sentía por él. Incluso podía cortejarla más clásicamente. Seducir primero su mente, luego su cuerpo.

Satisfecho con el nuevo plan, Vincent se terminó el brandy y no volvió a llenar su copa. Estaba contento con el plan que había urdido cuando alguien llamó a su puerta. Puesto que únicamente podía ser su secretario, no le sorprendió ver entrar a Horace Dudley.

Sin embargo, Vincent había olvidado que debía estar buscando un nuevo secretario. Un pensamiento de veras irritante. Horace llevaba en la mano la carta de renuncia prometida, estaba exactamente igual de rígido de lo que lo había estado la noche anterior mientras bajaba esa calle nevada con paso firme. Vincent no le dio ni siquiera la posibilidad de entregarla.

-Guarde eso, señor Dudley. Ya he rectificado lo que usted encontró tan censurable, como para abandonar su puesto de trabajo aquí.

-¿Rectificado? ¿Ha permitido que los Ascot se quedaran con su casa?

Vincent frunció el ceño ante tan absurda conclusión.

-¿Después de todo el esfuerzo y todos los favores que he hecho para adquirirla? No. Pero la dama se quedará aquí hasta que su padre regrese, de modo que no estará tirada en ninguna esquina, envuelta en una manta, medio enterrada en la nieve.

Horace se aclaró la garganta.

-No me había imaginado una situación tan extrema, señor, pero aparentemente usted sí.

Vincent frunció el ceño.

-Para nada, y además no viene al caso —dijo con soltura y eficacia—. Sin embargo, estará de acuerdo con que ya no tiene ninguna razón para buscar un nuevo trabajo, ¿no es cierto?

Después de la severa reprimenda que había recibido la noche anterior de parte de su esposa por sus elevados principios, que no le traerían el pan a su mesa, Horace estuvo feliz de poder decir:

-Desde luego, y gracias, señor.

-Entonces a trabajar. Ahora puede concentrarse en esas dos inversiones de las que hablamos la semana pasada. Ah, y llame a mi médico y dígale que venga.

-¿Se siente mal, señor?

-No, pero hágales saber a todos los empleados que vendrá aquí para ocuparse de cualquier enfermedad o malestar que puedan tener.

-Debería saber que no se presentarán, señor. Los médicos son demasiado caros para...

-Yo me encargaré de los costes.

Horace parpadeó.

-Eso es muy... generoso de su parte. ¿Está seguro de que no se siente mal?

El ceño fruncido se intensificó definitivamente.

-No estoy tonto, hombre, y siempre tengo motivos. Simplemente asegúrese de que si la señorita Ascot le pregunta algo al médico, éste le diga que revisa a la plantilla de empleados de esta casa cada año en esta época. Y haga que se ocupe de su hermano mientras esté aquí. Aparentemente hace bastante tiempo que el niño está enfermo.

-Ah ahora entiendo. No quiere que ella se sienta en deuda con usted.

Vincent casi se rió ante semejante idea. Estaría bien que Larissa se sintiera en deuda con él, pero tendría que buscar otra cosa para inspirar ese sentimiento en ella. Ahora su única preocupación era evitar que Larissa intentara pagarle al médico. Sin embargo, Horace no necesitaba saber eso, de modo que Vincent simplemente asintió con la cabeza, dejando que pensara lo que quisiera.

7

Vincent consiguió distraerse durante el resto de la tarde. Se acercaba la hora de la cena y tenía tantas expectativas de ver a su hermosa invitada otra vez que sabía muy bien que no se atrevía. Todavía no podía enfrentarse a ella. No cuando la sola idea de ver a Larissa entrando en el salón hacía que su sangre corriera por sus venas a toda velocidad.

Esto no funcionaría. Existía la posibilidad de que ella no bajara a compartir la cena con él. Pero por si acaso ella creyera que la cortesía habitual así lo exigía, él abandonó la casa. Había una sola cura para su actual dilema, y había varias residencias en las que podía encontrarla.

Se decidió por la de lady Catherine. Una viuda de hacia varios años en cuya casa siempre era bien recibido. Y puesto que le gustaba la soledad, raras veces la encontraba con invitados cuando iba, que era lo que sucedía con las otras mujeres con las que se veía. No tenía una amante, nunca había sentido necesidad de tener una puesto que recibía tantas invitaciones de parte de las mujeres que conocía que ni siquiera podía atenderlas todas. Las pocas que visitaba regularmente eran las menos complicadas, las que disfrutaban de la independencia que les daba la viudez, y no querían de él más de lo que él estaba dispuesto a darles, o al menos se esforzaban por dar esa impresión.

Catherine era una bella mujer unos años mayor que Vincent. Estaba en deuda con él. Vincent había hecho todo lo necesario para que ella pudiera adquirir la casa de sus sueños, la casa de la que se había enamorado de niña y que había deseado desde entonces. A pesar de haberse convertido en una viuda rica, había sido incapaz de convencer al propietario de que se la vendiera. Así la había conocido Vincent, al enterarse de lo que ella buscaba.

No le había mentido a Larissa cuando le había dicho cómo había forjado su fortuna. Catherine le había pagado unos desmesurados honorarios por descubrir lo que se necesitaba para hacer que el propietario de la casa la vendiera, en ese caso en particular, un establo con caballos de carreras en Kent, que el hombre nunca había pensado en adquirir, a pesar de que era un ávido jinete, y una invitación para visitar a la reina, ambas cosas fácilmente asequibles.

Catherine estaba en deuda con Vincent, o al menos eso creía. Realmente amaba su casa. Vincent se preguntaba a menudo si ésa era la razón por la que siempre había grandes cantidades de comida cuando él aparecía inesperadamente, a pesar de que de lo contrario Catherine hubiera comido sola.

Disfrutó como siempre de la suntuosa cena, pues ella tenía un cocinero excepcional. Incluso disfrutaba de su compañía, su magnífico ingenio lograba divertirlo de vez en cuando, y eso era mucho teniendo en cuenta que era un hombre que no solía divertirse demasiado. Ella esperaba que se quedara a pasar la noche allí. Y eso era lo que él había planeado hacer. Era la razón por la que estaba allí. Pero por mucho que durante el día el deseo lo hubiera asfixiado, en aquel momento no sentía absolutamente ninguno.

No era culpa de Catherine. Ella estaba tan encantadora y complaciente como siempre. Era a causa de Larissa. Se negaba a alejarla de sus pensamientos, incluso durante las horas que pasaba con otra mujer.

Se fue inmediatamente después de la cena, Catherine estaba decepcionada y le costaba mucho ocultarlo, aunque lo intentó. Él nunca había hecho eso antes. Pero sí se hubiera quedado, probablemente los hubiera puesto a ambos en un aprieto.

Sin embargo, regresó a casa con miedo, sabiendo que iba a tener problemas con la proximidad de Larissa esa noche. Qué locura, ponerla justamente en esa habitación, sin cerradura en la puerta que conectaba con su alcoba. No se esperaban invitados para las fiestas. Había querido tenerla a su alcance. Había estado pensando, tontamente, en *después de* la seducción, cuando esperaba seguir compartiendo su cama con ella, al

menos hasta que regresara su padre, y por eso había hecho lo necesario para tener un fácil acceso a ella. No había contado con sentirse tentado más allá de lo razonable antes de tenerla.

Y no se había equivocado. No podía dormir. Tampoco se había equivocado cuando pensó que no podría resistir la tentación de entrar en su habitación esa noche. Tenía una excusa preparada, por si ella se despertaba. Pero no se despertó. Dormía muy profundamente. Él ni siquiera intentó ser silencioso, pues quería que se despertara. Pero ella no lo hizo. Lo estaba volviendo loco.

De alguna manera, y nunca sabría de dónde había sacado ese deseo, se las había arreglado para salir de allí sin despertarla. Incluso consiguió dormirse, probablemente porque ya casi estaba amaneciendo. De hecho había pasado casi toda la noche en la habitación de ella en un estado de intensa expectación que finalmente lo había agotado hasta dejarlo exhausto.

Y soñó que Larissa aparecía a los pies de su cama, y lo miraba mientras dormía, tal como él había hecho con ella... No era un sueño. Larissa también había sido incapaz de dormir, aunque en su caso, no sabía qué era lo que la estaba perturbando tanto que lo único que podía hacer era dar vueltas en la cama y golpear su almohada cada diez minutos, pensando que el sueño la estaba evitando. Había escuchado a Vincent atravesar el pasillo, y había sabido que era él, porque sus puertas eran las únicas al final del pasillo. Después de eso había escuchado algunos sonidos imprecisos, nada discernible, hasta que la puerta interior de su habitación se abrió y ella se quedó tan inmóvil, que casi se olvida de respirar.

Era él, y todos esos sentimientos que había provocado en ella esa tarde regresaron con sólo saber que él estaba allí. No podía imaginar qué era lo que quería, y no iba a preguntárselo.

Cuando se dio cuenta de que no iba a despertarla para decírselo, no hubo nada que la hiciera abrir los ojos. Fingió dormir. No quería saberlo, realmente no quería. Su corazón palpitaba con tanta fuerza que estaba segura que Vincent tenía que escucharlo, y sin embargo no la despertaba. Hizo el suficiente ruido como para que ella se hubiera despertado fácilmente, si no hubiera estado fingiendo que dormía. Luego todo se quedó en silencio, tanto, que ya no podía estar segura de si él seguía allí. Y sin embargo no podía relajarse, y tampoco quería abrir los ojos para descubrirlo. Una sabia elección, porque cuando al fin Vincent se fue varias horas después, ella lo escuchó claramente, y también escuchó su suspiro.

Se relajó al escuchar el golpe de la puerta al cerrarse. No era consciente de que había estado tan tensa todo el tiempo, y estaba segura de que por la mañana tendría agujetas. Pero en lugar de darse la vuelta y ponerse finalmente a dormir, se sorprendió a sí misma siguiendo los pasos del barón. No inmediatamente. No quería enfrentarse a él después de tan angustiosa experiencia. Pero sin embargo atravesó el vestidor lentamente y entró en el cuarto de baño, luego se quedó de pie frente a la puerta que conectaba las dos habitaciones, con la oreja apoyada contra ella.

Pasaron diez minutos, veinte. Comenzaba a dolerle la oreja. La habitación estaba fría, demasiado alejada de la chimenea que había en la otra habitación como para disfrutar de algo de su calor, el brasero portátil que estaba en el rincón no estaba encendido. Numerosos escalofríos le recorrían su espina dorsal. Y entonces hizo lo que seguramente era la cosa más estúpida que jamás había hecho antes o haría en un futuro.

Abrió la puerta.

Se dijo a sí misma que solamente quería asegurarse de que él se hubiera metido en la cama, de que no regresaría. Pero sin embargo cuando lo vio acostado allí en su enorme cama, se sintió atraída hacia él y se acercó a pesar de que su sentido común le advertía que no lo hiciera. Estaba fascinada. La luz proveniente del fuego que él había avivado era suficiente para verlo con claridad. Su habitación sí estaba cálida, y ésa fue la razón por la que no se fue de allí inmediatamente. Al menos ésa fue la excusa que se dio a sí misma por quedarse a los pies de su cama, mirándolo fijamente. El hecho de que su pecho estuviera desnudo, incluso sin ninguna manta, no tenía nada que ver. Era un pecho *tan* amplio. Ligeramente salpicado con vello, aunque como el vello era tan negro como el de su cabellera, parecía una mata mucho más espesa. Realmente tenía el cuerpo de un hombre que practicaba bastante a menudo actividades físicas. Las partes superiores de sus brazos eran tan gruesas como pequeñas ramas de árboles; incluso su cuello era muy ancho.

Su mandíbula estaba salpicada por una oscura barba incipiente. Seguramente tenía que afeitarse más de una vez al día. El vello facial de su padre también era así, crecía tan deprisa que, como muchos hombres, prefería llevar una barba limpia y arreglada. Se preguntaba por qué el barón no, se preguntaba tantas cosas acerca de él. ¿Se sentía solo sin familia? ¿Con quién hablaba cuando necesitaba un amigo? ¿Tenía a alguna dama en mente para comenzar a formar una familia? ¿Alguien a quien ya estuviera cortejando? ¿Querría tener una familia algún día? Seguramente que sí. Tenía

un título que legar. ¿Acaso los caballeros con título no se tomaban muy en serio ese tipo de cosas?

No es que tuviera intención de hacerle esas preguntas. Ni que en realidad te importara, simplemente sentía un poco de curiosidad. Al fin y al cabo, era natural preguntarse cosas acerca del hombre que la había desahuciado de su casa, y luego le había ofrecido alojamiento temporal en su propia casa y le había provocado tantos sentimientos nuevos. Vincent se movió. A Larissa le pareció incluso que sus ojos podían haberse abierto, aunque era difícil asegurarlo. Pero de repente su corazón estaba otra vez palpitando en su pecho con todas sus fuerzas. Se escondió detrás de la cama y se quedó allí agachada durante un tiempo que le pareció una eternidad. Aun así, salió de la habitación casi andando a gatas, para que él no pudiera verla si abría los ojos. Tenía las mejillas encendidas. Había recuperado el juicio. Sabía que había hecho una cosa totalmente estúpida, y no iba a arriesgarse más.

8

Fue un ruido sordo, que atravesó las dos puertas cerradas y despertó a Larissa. Sin embargo, no descubrió qué había sido ese ruido, hasta que entró en el cuarto de baño a tientas, con la mirada nublada, y encontró a uno de los lacayos de la casa arrodillado en el suelo frente a la puerta que daba a la habitación del barón.

La presencia del hombre la asustó tanto que se despertó de golpe. Ahora con los ojos bien abiertos, simplemente consiguió soltar un chillido de sorpresa.

Con una mirada exhaustiva descubrió las herramientas con las que había estado instalando cerraduras en las puertas. Fue el pomo de la puerta en la que estaba trabajando que, al caerse accidentalmente sobre el suelo de mármol, había producido el ruido que la despertó.

El hombre se disculpó por ello mientras explicaba lleno de vergüenza que se suponía que tenía que terminar con su trabajo antes de que ella se despertara, para no molestarla. Entrar y ver a un hombre en su cuarto de baño era desde luego perturbador, aunque no tanto como sí el hombre hubiera sido el barón.

El ama de llaves también estaba allí, supervisando, aunque al otro lado de la puerta, en la habitación del barón. Hizo notar su presencia sacando a rastras de allí al lacayo.

Su comentario de despedida aclaró cualquier confusión que pudiera quedar, o al menos ésa era su intención.

-Terminará, señorita, cuando usted baje a almorzar. El barón no era consciente de que estas puertas no tenían cerradura. Yo tampoco lo pensé. Por supuesto, no habría ningún problema si quien estuviera instalada fuera su esposa, pero con una invitada, bueno, usted comprende...

Larissa comprendía perfectamente, la *necesidad* de una cerradura en cada una de las dos puertas del cuarto de baño.

Lo que no comprendía era por qué estaban siendo instaladas ahora, después de los hechos, por decirlo de alguna manera. Y evidentemente a petición del barón.

Para empezar, la falta de cerraduras era muy probablemente la razón por la que ella había sido incapaz de dormirse la noche anterior. Ahora se daba cuenta. Había intentado cerrar las puertas tan pronto como se había retirado a su habitación. El no haber podido hacerlo seguramente había acrecentado su malestar por encontrarse en una casa extraña, y resultó ser que tenía razones para sentirse de ese modo.

Pero ahora que el barón había hecho instalar las cerraduras, tenía que preguntarse qué había pasado realmente la noche anterior. Había asumido que era él quien había entrado en la habitación, pero no había abierto los ojos ni una sola vez para asegurarse. Y entonces se le ocurrió quién más podía haber sido.

Una de esas criadas nuevas que no habían demostrado aún sus cualidades. El barón había estado lo suficientemente preocupado como para hacer que ella guardara sus joyas bajo llave. Era muy probable que una de las sirvientas hubiera intentado robarle la noche anterior, pero no había tenido tiempo de irse antes de que Larissa regresara a la habitación para meterse en la cama. La criada ladrona podía haberse ocultado en el vestidor hasta que ella se quedara dormida, y luego podía haber intentado salir a escondidas.

El miedo podría haber paralizado a la ladrona o quizá se había dado cuenta de que Larissa no estaba dormida. Después de todo, ella no se había movido ni una sola vez en su simulación. La criada pudo haber esperado angustiosamente aterrorizada que Larissa hiciera algún sonido en su sueño para asegurarse de que no estaba despierta, pero sin embargo nunca lo hizo. Y abrir la puerta exterior que daba al pasillo hubiera hecho que entrara un poco de luz en la habitación. De haber estado despierta, seguramente hubiera empezado a gritar, o al menos eso es lo que podría haber pensado la ladrona.

Era una explicación perfectamente lógica, mucho más realista, en realidad, que la idea de que el barón hubiera estado allí de pie junto a su cama, mirándola dormir como ella había pensado. Y la ladrona finalmente se dio por vencida con ese suspiro que ella había escuchado y había regresado al vestidor para esconderse allí el resto de la noche, porque Larissa no se había movido lo suficiente como para hacerle pensar que podía escapar sin que ella lo notara.

Pero sin embargo, había facilitado la fuga de la ladrona al entrar, poco después de eso, en el cuarto de baño para escuchar detrás de la puerta del barón. En ese momento, la criada pudo haberse metido rápidamente en la habitación con facilidad. Larissa no la hubiera escuchado. Estaba atenta a los sonidos que venían del otro lado de la puerta, no de detrás de ella.

Dios mío, seguramente el barón la había visto en su habitación la noche anterior, y ésa era la razón por la que esa mañana se estaban instalando cerraduras en las puertas. Él en cambio había estado todo el rato en su habitación. Ella había sido la que se había inmiscuido, sin razón alguna, al menos desde la perspectiva del barón.

Larissa gimió y enterró el rostro en sus manos. Nunca saldría de esa habitación. No, no podía quedarse allí, no era en realidad su habitación. Pero nunca más iba a enfrentarse al barón. No podía hacerlo. Nunca le había sucedido nada tan vergonzoso.

Se iría de la casa del barón. Tenía que hacerlo. Él ya era bastante bueno como para no pedirle que lo hiciera, en lugar de eso había ordenado poner cerraduras en las puertas. Pero sencillamente ella no podía quedarse allí ahora y arriesgarse a verlo otra vez. Lo que debía estar pensando el barón era terriblemente humillante para ella. Y luego volvió a gemir. Para irse, *tenía* que verlo. Él tenía sus joyas en su caja de caudales. También tenía la dirección a la que habían llevado el resto de sus bienes. No podía conseguir ninguna de las dos cosas sin hablar con él. Y si tenía que hablar con él, iba a tener que explicarle lo que había ocurrido la noche anterior.

¿Alguna vez había temido tanto hacer algo? Creía que no. Pero para empezar el hecho de andarse con evasivas la había metido en este lío. Si hubiera vendido las joyas antes, o hubiera comenzado a liquidar los muebles, hubiera tenido un poco de dinero en mano para ir a un hotel hasta que decidiera qué era lo que podían hacer, en lugar de venir a la casa del barón.

Después de preguntarle a la primera criada con la que se cruzó dónde se encontraba el barón, la llevaron a su estudio en el piso de abajo. Le dijeron que podía encontrarlo allí casi todas las mañanas después de que regresara de su cabalgata diaria,

aunque no lo encontraría allí muy a menudo por las tardes, puesto que hacía vida social y de negocios en otra parte.

Hoy era una excepción.

No estaba escuchando realmente el parloteo de la criada mientras la conducía hasta allí. Sus mejillas ya estaban encendidas ante la expectativa de ver a lord Everett. Tuvo que obligar a sus pies a entrar en ese estudio en que él se encontraba.

Era una oficina muy bonita, confortable, con unas sillas diseñadas para estar cómodo más que para cumplir alguna función de utilidad, de modo que cualquiera que se reuniera allí con él se sentiría de ese modo, cualquiera excepto ella. Había varias lámparas encendidas, puesto que el día se había puesto bastante oscuro y gris, con nieve aún cayendo de vez en cuando. Los cimborrios rosados de las lámparas iban bastante bien con las cortinas color rubí. Estaba intentando mirar cualquier cosa menos a él, pero eso no duró mucho tiempo.

Vincent estaba sentado detrás de un extenso escritorio. Estaba leyendo un periódico. No levantó la vista. Probablemente no era más que un reflejo de la lámpara que había junto a él sobre el escritorio, con su sombra rosada, lo que hacía que sus mejillas se vieran tan encendidas como seguramente lo estaban las de ella. Larissa pensó que eran ilusiones suyas esperar que él también estuviera avergonzado.

-Alguien ha estado anoche en mi habitación. Pensé que había sido usted, pero usted estaba durmiendo.

Lo dijo de repente entonces y se dio cuenta, demasiado tarde, de que estaba *admitiendo* haber entrado en su habitación en medio de la noche. ¿De qué otra manera podía haber sabido que él estaba dormido? Si Vincent no estaba enterado aún de su intrusión, desde luego lo estaba ahora.

-Pude haber sido yo —dijo Vincent.

Pasaron unos momentos antes de que esa declaración se abriera paso a través de su vergüenza, y entonces Larissa parpadeó desconcertada.

-¿Cómo dice? «Pude» implica que no lo sabe. ¿Cómo es posible?

-Nunca me he despertado y sorprendido caminando por allí, pero me han asegurado que lo hago en algunas ocasiones, que doy paseos mientras estoy dormido. No es algo que ocurra muy frecuentemente. Y por lo que parece nunca me voy demasiado lejos. Si lo hiciera, tendría que considerar la posibilidad de encerrarme durante la noche, cosa que prefiero no hacer. Pero se me ocurrió que podía entrar en tu habitación durante uno de estos extraños acontecimientos, y ésa es la razón por la que

pedí que pusieran las cerraduras, para prevenir cualquier posibilidad existente de que eso ocurriera.

Se estaba culpando a sí mismo, aunque no tuviera culpa,

Ella se sintió aliviada por su explicación. Su vergüenza incluso se apaciguó. Él no la había visto. Y ahora tenía los medios necesarios para cerrar bien las puertas de todos los lados, estando ella dentro o no, de modo que tampoco tendría que preocuparse por ladronas. Vincent había eliminado la razón que ella tenía para irse de allí.

Aun así debía irse. Simplemente había algo que no estaba bien en cuanto a lo que sentía por el barón. Debía despreciarlo y nada más, y sin embargo había más.

Estaba a punto de decir que se pondría inmediatamente a buscar otro lugar para vivir. Pero entonces se acordó de su hermano, y del nuevo médico que lo había examinado el día anterior, asegurándole que podría salir de la cama en no más de una semana si continuaba con su actual convalecencia. Y había subrayado, repetidamente, al igual que su propio médico, que Thomas tenía que evitar a toda costa las corrientes de aire, que podían provocarle una recaída.

Se había olvidado de todo eso en la desdicha de su vergüenza, que era otra razón más por la que debía abandonar la casa del barón. El sencillamente ocupaba demasiado su mente, hasta el punto de llegar a excluir todo lo demás.

Sin embargo, aún podía esperar por lo menos otra semana para que su hermano se recuperara totalmente. Pero mientras tanto, podía encontrar una casa de subastas que la ayudaría a quitarse de encima el problema del mobiliario más valioso, y un joyero que le ofreciera un precio justo por las perlas de su madre. Ya no podía depender de que su padre regresara a casa y resolviera todos sus problemas, ahora que finalmente había admitido que era probable que nunca regresara.

También iba a tener que buscar un empleo para mantenerse y mantener a Thomas. Los numerosos bienes de su padre les iban a ser negados hasta que se lo declarara oficialmente...

No podía decirlo, ni siquiera pensarlo. Pero no tenía idea de cuánto tiempo podía llevar eso.

Una rápida mirada a través de la ventana le recordó que era bastante tarde para empezar con todo eso ese mismo día, y tampoco era un día muy agradable para caminar por Londres, teniendo en cuenta que la nieve que había comenzado a caer la noche anterior seguía apareciendo periódicamente. Lo último que necesitaba era coger un

resfriado y terminar recluida en una cama ella también. Empezaría mañana por la mañana, si conseguía tener una noche de sueño normal.

Se apresuró a alejarse del barón.

-Siento haberlo molestado. Le dejaré que siga leyendo.

Y gracias por pensar en las cerraduras.

-No te vayas.

9

Fue una sacudida, escuchar ese «No te vayas» de parte de lord Everett, sobre todo porque justo unos momentos antes Larissa había estado pensando en irse de su casa. Tardó un instante en darse cuenta de que él se refería a que no se fuera de su estudio, no de su casa. Aun así había sonado lastimero su tono de voz, casi desesperado, y ésa era la razón por la que se había sentido sacudido de semejante manera.

Vincent se sentía solo. Ahora estaba segura de eso, sin embargo, a ella eso no debía afectarle. Después de todo, no había ningún lazo que los uniera; no, peor, él era un propietario despreciable y desahuciador. Desafortunadamente, su buen corazón, blando como era, lo ignoraba. Si le afectaba que se sintiera solo es porque apuntaba justo al centro de su naturaleza compasiva.

Ella le lanzó otra mirada, arqueando una ceja interrogativamente para obligarlo a explicarse. Eso pareció confundirlo.

Necesitaba una razón para mantenerla allí, pero aparentemente no tenía ninguna a mano. Su petición había sido impulsiva, y había revelado mucho de sí mismo. Larissa se compadeció y se acercó a la ventana, dándole así más tiempo para encontrar su «razón».

Esperaba escuchar algo trillado, pero al final él la sorprendió, incluso hizo que reconsiderara la conclusión que había sacado acerca de que se sentía solo, por lo que ella se alegró bastante. Después de todo, no *quería* sentir compasión por él.

Era un tema que sin duda Vincent intentaba ocultarle, y simplemente podía habérsele escapado un momento de su mente, y eso le había dado a ella la impresión equivocada. Pero él sabía que tenía un tema para sacar a relucir, le había pedido que se quedara para poder hacerlo y después no había podido acordarse de cuál era.

Absolutamente lógico; le sucedía de vez en cuando a todo el mundo. El hecho de que ella hubiera conjeturado que él se sentía solo, simplemente porque por un momento

no había conseguido recordar un tema, era bastante precipitado de su parte. ¿Otra vez ilusiones? Era absurdo. Sencillamente tenía que dejar de suponer cosas acerca de él.

-¿Atendió ayer mi médico a tu hermano? —era su pregunta olvidada.

-Sí.

-Bien. Quería asegurarme de que mis sirvientes no lo hubieran mantenido demasiado ocupado dejándolo sin tiempo para ver a todos los que necesitaban su atención, pero se fue antes de que pudiera hablar con él.

Larissa sonrió.

-No, creo que mencionó que Thomas era su primer paciente del día.

-¿Y cómo está el niño?

-Sigue recuperándose bien, aunque debe seguir guardando reposo en la cama durante aproximadamente una semana más.

-Debe haber deplorado esa noticia.

-Ah, ¿se acuerda usted de cómo era tener esa edad? -le preguntó ella.

Era una pregunta natural después de aquel comentario, y sin embargo hizo que él frunciera el ceño inmediatamente y ella no pudo evitar preguntarse por qué. Sin embargo, se negaba a preguntar qué había provocado ese gesto. Cuanto menos supiera de él, mejor estaría, estaba segura.

De modo que continuó como si él no hubiera despertado en ella una buena dosis de curiosidad.

-Sí, Tommy odia tener que quedarse en la cama. Nunca antes había estado tan enfermo, al menos no con algo que requiriera una convalecencia tan larga, que es la razón por la que intento pasar todo el tiempo que puedo con él. También tuvimos que despedir a su tutor, así que también me he estado ocupando de eso. Aunque como no tiene nada mejor que hacer, Tommy está tan avanzado en sus estudios, que no sé por qué me molesto.

-¿Es un niño inteligente?

El gesto había desaparecido tan pronto como apareciera, haciéndole pensar a Larissa que debió habérselo imaginado.

-Muy inteligente. Por eso recibía clases particulares en casa. El director de su último colegio se negó a pasarlo a un grupo de mayor edad, pero sin embargo lo que se le enseñaba no era nada que él ya no supiera.

-Esa clase de decisiones pueden tomarse por otras razones que no sean necesariamente académicas -señaló Vincent.

-Somos conscientes de que a Tommy le costará relacionarse con sus compañeros si entra al instituto demasiado joven. Los muchachos de su edad ya hace tiempo que comenzaron con las burlas, porque sus pensamientos son por naturaleza más adultos que los de los demás niños. Probablemente trabajará con nuestro padre durante algunos años, luego entrará en el instituto aproximadamente a los..., por lo menos eso era...

No pudo acabar la frase, al tener que mencionar otra vez la posibilidad de que su padre no estaría allí en el futuro. Ni tampoco había pensado todavía el efecto que su continua ausencia iba a producir en su negocio.

La compañía naviera no quedaría a su disposición hasta que su padre fuera declarado oficialmente muerto, pero sin embargo mientras tanto quebraría, de modo que no quedaría

nada a su disposición. Ella sola no podía hacerse cargo de la compañía, no tenía los conocimientos necesarios para hacerlo. Thomas era aún demasiado joven para hacerse cargo de ello. Y el empleado que había sido dejado a cargo tampoco podía continuar indefinidamente, tomando decisiones que estaban más allá de sus capacidades.

-¿Ése era el plan? -adivinó el barón. No estaba dispuesto a dejar el tema de lado-. ¿Antes de qué?

-Antes de que comenzaran estos rumores, que dicen que mi padre no va a regresar.

Hubo un momento de profundo silencio mientras sus ojos brillaban con lágrimas sin derramar que él no pudo evitar notar.

-Crees que está muerto, ¿no es cierto?

-¡No!

Demasiado énfasis. Demasiada desesperación. Una mentira obvia que Vincent ignoró.

-Hay innumerables razones que pudieron haberlo retenido, ninguna de las cuales incluye circunstancias graves –dijo él-. Te has visto molestada por las consecuencias de su demora, pero no hay razón para pensar en otra cosa que no sea una demora.

La palabra que había escogido, «molestada», casi provoca en ella una risa amarga. ¿Así veía él un desahucio, sólo como una molestia para el inquilino? Sin embargo se dio cuenta de que Vincent estaba intentando fortalecer sus esperanzas, aunque ella ya las había abandonado. Simplemente deseó poder tomar prestado parte de su optimismo,

pero no funcionó. El suyo la había sostenido hasta entonces, pero ahora había desaparecido.

Ya no podía seguir hablando con él. El nudo que tenía en la garganta la estaba asfixiando. Pero no había nada más que decir. Ella ya había respondido a su excusa para retenerla, incluso había hecho más que simplemente responderle.

Y entonces lo miró. Un error. Debería haber salido de ese estudio mientras todavía le quedaba algo de juicio. Podría haber dicho algunas palabras al salir por la puerta. Pero al mirarlo, vio la preocupación en sus ojos dorados de la que probablemente él no fuera consciente, y rompió a llorar. Imposible detenerse. Imposible controlarlo.

La ventana estaba demasiado lejos de la puerta. No logró atravesar esa distancia antes de tener la mano de él sobre su hombro, deteniéndola, luego sus brazos acercándola a él. Era lo que necesitaba desde hacía varias semanas, un hombro sobre el que llorar. El hecho de que fuera el hombro de la persona responsable de que algunas de esas lágrimas estuvieran cayendo no parecía importar demasiado.

Vincent la abrazaba con fuerza, como si él mismo se sintiera invadido por un cúmulo de emociones. Sin duda no era ése el caso. Simplemente estaba intentando consolarla y era muy probable de que no estuviera seguro de cómo hacerlo, posiblemente no estaba acostumbrado a que las mujeres se desmoronaran frente a él.

Era reconfortante sentir sus brazos rodeándola, su sólido pecho contra el que apoyarse, y era tan agradable que se negaba a ponerle fin a ese momento. Pero cuando las lágrimas comenzaron a secarse, comenzó a ser consciente de él de una manera diferente, de una manera que alteraba y desconcertaba su sentido común.

Se alejó rápidamente, escapando de su cálido abrazo.

-Gracias, ya estoy bien.

No lo estaba, pero era lo más correcto que podía decirle. Desafortunadamente, él era demasiado perceptivo, y lo bastante directo como para comentarlo.

-No, no estás bien.

Realmente lo estaba, al menos de momento, en cuanto al tema por el que había necesitado ser consolada. Ahora era otra cosa lo que la estaba haciendo temblar. Y tenía miedo de mirarlo directamente a los ojos, tenía miedo de ver qué encontraba en ellos esta vez. Sospechaba que sería correr un riesgo terrible, someterse a ese fuego si seguía estando allí. Sus emociones sencillamente estaban demasiado frágiles en ese momento como para resistirlo.

De modo que dio media vuelta dirigiéndose hacia la puerta abierta y cuando casi la había atravesado dijo:

-Pero lo estaré.

El hecho de que él la hubiera escuchado, o hubiera puesto en duda su comentario, no tenía importancia. Ella no le dio la oportunidad de hacerlo, y prácticamente salió corriendo y no paró hasta llegar a su habitación.

10

La noche anterior, cuando Larissa había bajado para cenar y había comido sola, le habían dicho que el barón generalmente no estaba en casa por las noches. Tratándose de un miembro de la sociedad londinense, era bastante comprensible que asistiera a reuniones sociales, especialmente durante una de las temporadas más importantes, que en ese momento estaba en pleno auge. De modo que raras veces comía en casa, y eso para ella había sido una buena noticia.

Esa fue la razón por la que aquella noche bajó a cenar. No esperaba volverlo a ver ese día. Además, no tenía ninguna excusa que dar para realizar todas tas comidas en su habitación, de modo que sería bastante grosero de su parte hacer algo así.

Pero Vincent estaba allí.

Después de haber asumido que no estaría, le resultó bastante desconcertante verlo entrar en el salón, saludarla con una seca inclinación de cabeza, y sentarse frente a ella. Su vergüenza por el estallido de lágrimas del que él había sido testigo esa tarde, regresó. Qué sentimiento más horroroso, haber sido tan incontenible y avergonzarse a sí misma de esa manera.

Pero en aquel momento no había pensado en eso, no había pensado en nada más que en el dolor que sentía. Sin embargo, él no iba a hacer ningún comentario al respecto, por lo cual ella se sintió muy agradecida. Le dijo algunas palabras al criado que le sirvió el vino. Ella no aceptó el vino, pues no solía beber durante la cena, pero en ese momento miró al criado indicándote que había cambiado de opinión. Necesitaba algo, cualquier cosa, que le ayudara a soportar esa cena, ahora que sabía que no cenaría sola.

El silencio entre ellos era embarazoso. Deberían estar hablándose. Era lo más civilizado que podían hacer. Seguramente ella podía mantener una conversación normal que no la llevara a un estallido de emociones. Y aún tenía en mente la petición de Thomas.

Éste le había preguntado otra vez si podían colocar sus adornos de Navidad en el árbol del barón. Larissa no tenía planeado pasar allí las Navidades, para entonces esperaba haber encontrado otro lugar en el que alojarse, aunque aún no se lo había dicho a Thomas. Y si por si acaso tenía problemas para encontrar un sitio adecuado a tiempo, realmente tendría que abordar el tema con el barón.

Después de todo, era una petición muy sencilla. No podía imaginarse por qué él se negaría. ¡Y era un tema de conversación! Larissa necesitaba desesperadamente hablar, porque el continuo silencio estaba empezando a ruborizarla.

Comenzó diciendo:

-He notado que no ha traído todavía un árbol de Navidad- ¿Cuándo suele adornarlo?

-No lo hago —respondió él simplemente mientras se cruzaba de brazos con su copa en la mano y le prestaba toda su atención.

Ella debió haberse dado cuenta. Simplemente no podía imaginarlo haciendo algo tan festivo. Sin duda les dejaba la tarea a sus sirvientes, y luego tan sólo disfrutaba de sus esfuerzos.

-Pero ¿cuándo suele hacer que le adornen un árbol de Navidad? -preguntó de nuevo

-No lo hago -respondió Vincent otra vez.

Larissa estaba tan sorprendida que no podía ocultarlo.

-¿Está usted diciendo que nunca adorna un árbol para Navidad?

El la miró con una ceja levantada.

-¿Por qué le cuesta tanto creerlo?

-Porque... porque yo nunca he dejado de tener un árbol de Navidad. Pensé que todo el mundo... Pero ¿cómo celebraba usted tas Navidades de niño?

-No las celebraba.

Ella pensó en sus propias Navidades cuando era una niña, lo divertido que era adornar el árbol, la emoción que provocaban los regalos al ir acumulándose debajo de

sus ramas... Que Vincent nunca hubiera experimentado nada de eso, simplemente no podía comprenderlo.

-Pero usted es inglés, ¿no es cierto?

El se rió. Larissa no encontraba nada gracioso en lo que estaban hablando. Thomas esperaba ansiosamente adornar un árbol con sus propios adornos artesanales, hechos con mucho cariño. Y tendría un árbol para hacerlo aunque ella misma tuviera que salir a cortar uno.

-Soy todo un inglés -respondió él después de que su risa se relajara hasta convertirse en una sonrisa-. Simplemente nunca tuve nadie con quien compartir las Navidades.

Ella se ruborizó.

-Lo siento, no sabía que se había quedado huérfano tan joven.

-No, no fue así -dijo Vincent encogiéndose de hombros-. Mis padres murieron después de que yo cumpliera los veinte años.

Larissa lo miraba fijamente. Al fin se dio por vencida. Su familia simplemente debió haber sido extraña.

Si algún día llegaba a tener una esposa, la dama insistiría en tener un árbol. Y al pensar en eso, le preguntó: -¿Por qué no se ha casado todavía?

Era el efecto del vino. Nunca hubiera hecho una pregunta tan personal si no se hubiera tomado de un trago la primera copa de vino y ya se estuviera ocupando de la segunda, ni lo hubiera preguntado con tanta franqueza. Deseó que el lacayo que tenía la botella de vino se fuera de allí en ese momento. No, de hecho, deseó que estuviera más cerca de ella, en lugar de estar en el otro extremo del salón, ni siquiera podía escuchar lo que decían desde donde estaba. Sin embargo, el barón no se ofendió; incluso le respondió.

-Todavía tengo que encontrar una razón convincente para casarme.

Debió haberse disculpado por la pregunta personal que le había hecho, pero en cambio señaló:

-Pero usted tiene un título que legar.

-Es el título de mi padre. Lo he despreciado, de modo que ¿por qué desearía conservarlo?

-Eso es bastante duro de su parle -respondió ella-. Estoy segura de que en realidad no...

-Tienes razón. El odio no duró más de unos años. A partir de entonces prevaleció la indiferencia.

-Está hablando en serio, ¿no es cierto? Nunca he conocido a alguien que no quisiera a sus padres.

Probablemente fuera su sorpresa lo que le hizo reírse entre dientes.

-Has tenido una vida muy protegida, Larissa. Tampoco has conocido nunca a nadie que no tuviera un árbol de Navidad. ¿Quieres que te diga lo fácil que es que eso ocurra?

Debería haber dicho que no. Saber más acerca de su vida no iba a ser bueno para su tranquilidad mental, estaba segura...

-Sí.

Vincent terminó de beber su copa de vino antes de continuar.

-Crecí en la finca de la familia en Lincolnshire, adonde no he vuelto a ir desde que murieron mis padres.

-¿Por qué?

-Porque allí no tengo más que sentimientos de carencia, y los recuerdos que los provocaron.

Ella cambió de opinión de repente.

-No tiene por qué ahondar en esos recuerdos...

-Está bien —la interrumpió él—. Créeme, esos sentimientos ya no están. De hecho, ya no me quedan sentimientos de ninguna clase, en lo que respecta a mis padres. Eran mariposas sociales. Cumplieron con su deber engendrando al heredero necesario, yo, y luego procedieron a ignorarme. Me entregaron a los sirvientes para que me criaran. Un acontecimiento bastante normal en la alta sociedad.

Eso era cierto, supuso ella, aunque no tan frecuente como insinuaba su «normal». Ni tampoco explicaba por qué había odiado a sus padres, pero ella no necesitó señalarlo, porque él continuó.

-Mi hermano, Albert, nació unos años después que yo, de improviso, en realidad sin ser deseado, y también fue entregado a los sirvientes. Eran consecuentes, de modo que todavía no me había dado cuenta de que a mis padres sencillamente no les gustaban los niños, al menos no tenían tiempo para compartir con ellos. Después de todo, nunca estaban en casa, de modo que ninguno de los dos fue realmente ignorado, era más bien que estábamos... olvidados. Incluso llegué a acercarme brevemente a Albert, antes de que se lo llevaran.

-¿De que se lo llevaran?

-Con ellos. Verás, cuando cumplió cuatro años, se convirtió en el «bufón de la corte». Siempre he pensado en él de esa manera. Hacía un esfuerzo extraordinario para divertir a la gente y lo conseguía. Era bastante bueno en eso. Mientras que yo, por otro lado, era demasiado serio, demasiado reservado. Si alguna vez me reí siendo niño, no lo recuerdo. "Mis padres lo descubrieron en una de sus excepcionales visitas. Habían venido con algunos invitados. Albert se las arregló para hacer que muchos de ellos se rieran. Era divertido. De repente mis padres vieron el valor que tendría para ellos en sus relaciones sociales, y que valía la pena pasar tiempo con él, así que por supuesto, tenía que viajar con ellos.

Pero usted no —dijo ella en voz muy baja, no era una pregunta, sino un obvio resumen.

-No, desde luego, yo era et heredero y ya recibía clases particulares. Pero no era divertido. Finalmente trajeron a Albert a casa, cuando tuvo que empezar sus clases. Y entonces vinieron de visita mucho más a menudo, incluso se quedaban durante meses seguidos. Después de todo, echaban de menos a Albert. Y cuando no estaba en la escuela, volvieron a llevárselo con ellos.

-Durante las fiestas —adivinó ella—, fiestas como las Navidades.

-Sí.

Larissa sentía deseos de llorar por él. Lo había contado todo muy pragmáticamente. Ahora no significaba nada para él. Pero Dios mío, su niñez debía haber sido muy dura, teniendo en cuenta que a su hermano se le prodigaba toda la atención, y a él ninguna. Carencia, había dicho él. Sí, seguramente había sentido eso, se había sentido excluido, no querido, no deseado...

De todas formas lloró, no podía parar a pesar de intentarlo con todas sus fuerzas, al menos eran lágrimas silenciosas, que consiguió secar antes de que él las notara, o quizás estaba fingiendo no notar. Probablemente no le había gustado ofrecerle a ella consuelo esa tarde, y no quería tener que volver a hacerlo. No atribuiría sus lágrimas a nada que tuviera que ver con él, gracias a Dios. ¿Por qué habría de hacerlo, cuando apenas se conocían? Seguramente debía creer que ella estaba pensando otra vez en su padre si es que siquiera llegaba a notar las nuevas lágrimas.

Estúpidas, estúpidas emociones, que últimamente la hacían llorar como una tonta tan a menudo. Pero sentía tanta pena por lord Everett, por que hubiera tenido una infancia tan espantosa, una familia tan fría y poco cariñosa.

También debía odiar a su hermano, si éste seguía con vida. Había dicho que se habían acercado sólo brevemente. Y eso lo dejaba sin nadie más. Estaba tan solo, tan necesitado de
alguien que cuidara de él.

-Así que ahora sabes por qué nunca he celebrado las Navidades —terminó Vincent.

Desde luego que lo sabía, y casi estaba a punto de llorar otra vez. Realmente iba a tener que trabajar esa debilidad emocional suya, en cuanto diera con la forma de convertirse en alguien duro e indiferente como el barón. Y su problema más inmediato tampoco había sido resuelto, de modo que lo mencionó.

-Mi hermano ha sido criado de una manera más... tradicional.

Vincent la miró arqueando una ceja.

-¿Estás diciendo que tienes intenciones de celebrar las Navidades... aquí?

-Desde luego, si aún estamos aquí.

-¿Y para eso se necesita un árbol?

Ella suspiró.

-Sí.

-Por supuesto, entonces. No desearía que el niño no tuviera unas Navidades como a las que está acostumbrado.

-Gracias. Lo pondremos en su habitación, si usted prefiere no tenerlo aquí abajo en el salón.

-Tonterías, si vais a hacerlo, hacedlo bien.

-Necesitaremos nuestros adornos. Estaban guardados en el ático...

-Haré que los traigan.

-Es usted muy considerado.

El se echó a reír.

-No, querida Larissa, se pueden decir de mí muchas cosas, pero desde luego considerado no sería una de ellas.

11

Vincent descubrió que Larissa se había ido apenas después de que partiera. Su hermano seguía estando allí, al igual que sus ropas, de modo que no se aterrorizó.

Evidentemente tenía intenciones de regresar. Seguía molesto, puesto que había planeado adelantar su plan de seducción esa misma mañana.

El día anterior había hecho demasiados progresos como para no aprovecharlo, y sería mejor avanzar antes de que el juego se volviera redundante. Larissa había revelado en su estudio lo vulnerable que era, y que la ausencia prolongada de su padre se había convertido en más que simplemente una preocupación para ella. Ese pesar la hacía buscar consuelo, y el consuelo podía llegar de muchas maneras.

El día anterior él le había ofrecido la más básica de esas maneras, no había sido fácil para él abrazarla de esa forma, sentir su cuerpo temblar, y luego soltarla. Ella se había sentido tan bien en sus brazos. Y era la primera vez que él experimentaba esa sensación.

Sus lágrimas y su pesar eran reales; Vincent no lo había dudado ni un solo instante. Simplemente pensaba que aún no eran necesarios, de modo que no le habían afectado demasiado. Era probable que ella dudara del regreso de su padre, pero él no, y ésa era la razón por la que todavía tenía una limitación de tiempo, tenía que seducirla lo antes posible, antes de que Ascot viniera a por ella.

Si pensaba lo contrario... pues, ya no habría necesidad de más revancha de su parte. Seducirla, a la larga, iba a lastimar a su padre. Si el padre estaba muerto, sólo la lastimaría a ella. No era que no pudiera conseguir finalmente un esposo. Era demasiado hermosa para permanecer soltera durante mucho tiempo.

Realmente era una pena que su padre fuera un bastardo.

Y era asombroso que hubiera criado a una hija tan solícita y compasiva. ¿El hijo era igual, o era simplemente que Larissa había crecido bajo la influencia de la madre, a diferencia del niño? Los informes de Vincent revelaban que la madre había muerto con el nacimiento del segundo hijo. Pero Larissa debió haber pasado ocho años bajo los cuidados de su madre, lo suficiente como para haber desarrollado las cualidades más blandas de su género.

La compasión había estallado en ella la noche anterior.

Vincent nunca había pensado en lo deplorable que podía parecerle su infancia a otra persona. El la había vivido, pero ya la había dejado atrás. Ni siquiera al hablar de ella se despertarían esos sentimientos de dolor y de soledad que había enterrado tan profundamente para poder sobrevivir a ellos. Pero ella los había imaginado y había llorado por él. Lo que le había contado era la verdad, pero simplemente una breve versión de ella. Nunca le admitiría a nadie cuántas noches siendo un niño había llorado

hasta dormirse, o la angustia que le provocaba pensar que era culpa suya que sus padres no lo quisieran, o la tristeza que sentía cada vez que se quedaba solo frente a la ventana y los veía alejarse por el camino con Albert, dejándolo a él allí. Sentir la impaciencia de sus padres de tratar con él y su deseo de continuar lo ames posible con quehaceres más interesantes.. No haber tenido nunca un solo abrazo o una tierna caricia, ni siquiera de parte de su madre.

Ahora todo aquello no significaba nada para Vincent porque él no lo permitía. Había convertido su corazón en una roca vacía de sentimientos en defensa propia. Pero el hecho de que Larissa llorara por él, teniendo tantos amargos sentimientos en su contra que supuestamente debían tener más peso para ella, sí que le sorprendía.

Había hecho todo lo posible por ignorar esas lágrimas, porque no quería que ella se pusiera a la defensiva, lo que hubiera arruinado el efecto provocado. Pero sí que tenía intenciones de aprovecharse antes de que ella tuviera tiempo para acordarse de por qué no debía sentir nada de compasión por él.

De modo que se sintió molesto cuando no pudo encontrarla esa mañana. Pero después de que pasaran varias horas, comenzó a preocuparse.

No era posible que estuviera simplemente dando un paseo. En este caso no hubiera tardado tanto tiempo. Tenía que tener algún propósito. Pero sin embargo había salido sola, sin acompañante. Londres no era un sitio tranquilo para que una mujer joven anduviera sola, y especialmente una tan hermosa como ella.

Finalmente envió a un grupo de gente a buscarla. Al ver que eso no daba ningún resultado, salió él mismo para tratar de encontrarla. Les preguntó a los vecinos de su antigua casa. Fue hasta el puerto, a las oficinas de la empresa de su padre, que estaban ahora casi desiertas, con un solo empleado. Incluso fue hasta el almacén en el que había guardado sus bienes, aunque sabía que eso era inútil, puesto que todavía no le había dado la dirección de ese tugar, pero ya no sabía dónde buscarla.

Cuando regresó a casa, sólo para enterarse de que ella todavía no había aparecido, se dio cuenta de que su preocupación se le estaba yendo de las manos. Fue inmediatamente hasta la habitación de su hermano, lo que debía haber hecho antes. Si alguien sabía adonde había ido y por qué, ése era el niño.

Encontró a Thomas en la cama, apoyado sobre varias almohadas y leyendo un enorme libro de mitología griega, seguramente no por elección, aunque no había nadie allí con él insistiéndole para que lo hiciera. Se tomaba sus estudios muy en serio,

¿verdad? O quizás era sencillamente tan inteligente que ansiaba constantemente más y más conocimiento, de cualquier clase.

Estos pensamientos no duraron más de un segundo debido al ansia de conocimiento del propio Vincent de tener noticias de Larissa.

-¿Dónde está tu hermana?

Al menos debió haberse presentado primero, se dio cuenta de eso después de recibir una mirada vacía y comenzó a corregir el descuido.

-Soy...

-Estoy seguro de que sé quién es usted, lord Everett -le interrumpió Thomas sin el más mínimo cambio de expresión en su rostro.-Mi pregunta es qué es lo que necesita de mi hermana que lo tiene tan impaciente por verla.

-No estoy para nada impaciente.

Thomas dejó el libro a un lado y se cruzó de brazos de una manera que indicaba que estaba dispuesto a esperar hasta escuchar la respuesta correcta. Su mirada fija era realmente desconcertante. Por un instante, Vincent sintió que estaba en presencia del abuelo de la muchacha, más que de su hermano de diez años. Fue un breve instante.

Ahora con un tono de voz bastante severo, Vincent explicó:

-Mientras vosotros dos residáis en mi casa, gozáis de mi protección, cosa que os convierte de momento en algo así como mi responsabilidad. Sin embargo, no puedo asegurar la seguridad de tu hermana si tiene intenciones de pasear por Londres ella sola.

-¿Sabe Larissa que usted se está haciendo responsable de ella? —preguntó Thomas.

-Supongo...

El niño le interrumpió otra vez diciendo:

-No se puede suponer cuando se trata de Rissa.

-A pesar de todo, ha estado ausente desde esta mañana temprano. ¿Es ésa una costumbre normal en ella, ir por la ciudad sin que nadie la acompañe?

-No, de hecho, muy raras veces sale por la ciudad. Mi hermana ha sido bastante solitaria desde que nos mudamos a Londres. Pero no fue siempre así, al menos no era así en Portsmouth. Creo que esta ciudad la intimida...

-¿Entonces por qué demonios saldría sola? -El niño simplemente se encogió de hombros como respuesta a esa pregunta, y eso impulsó a Vincent a aclarar-: ¿No tienes ni idea de adonde pudo haber ido hoy?

-¿Probablemente a buscar nuestros adornos de Navidad? Me temo que le he estado dando la lata con...

Esta vez fue Vincent quien lo interrumpió impacientemente.

-No, le dije que los haría traer hasta aquí.

-¿Entonces a la oficina de mi padre?

-Tampoco, el empleado dijo que no había estado por allí —respondió Vincent.

-¿Ya ha estado buscándola?

Esa pregunta se hizo con una ceja arqueada que se veía bastante extraña en el rostro de un niño de diez años. Pero sin embargo allí estaban las conclusiones que acababa de sacar el niño con esa información y que sin duda eran erróneas, pero no obstante habían sido dichas.

-¿He mencionado ya la palabra responsabilidad? —dijo Vincent casi gruñendo. Y agregó-: Creo que sí. Por supuesto que considero necesario buscarla, cuando ya hace medio día que se fue de aquí.

-¿Se da cuenta usted de lo alterado que está, lord Everett? ¿Se toma usted todas sus responsabilidades con tanta seriedad? ¿O sólo cuando se trata de mi hermana?

Vincent suspiró y se fue de allí. No estaba acostumbrado a tratar con niños, y desde luego no estaba acostumbrado a tratar con pequeños adultos con forma de niños. Niño tonto, intentar atribuirle a Vincent el mérito de tener sentimientos, de cualquier clase.

12

Larissa estaba entrando en la casa justo cuando Vincent bajaba las escaleras otra vez. Parecía tener frío. Parecía estar cansada. Estaba alborotada por el viento y húmeda por los copos de nieve que con toda probabilidad la habían alcanzado más de una vez. Estaba infinitamente hermosa incluso con las mejillas cuarteadas por el viento.

La furia reemplazó inmediatamente a la preocupación que había sentido, ahora que podía ver que ella estaba ilesa, y la reprendió.

-¡Nunca más abandones esta casa sin llevar contigo a uno de los lacayos! ¿Acaso no tienes sentido común para darte cuenta de lo que podría sucederte en esas malditas calles?

Ella lo miró fijamente, y lo siguió mirando. Estaba demasiado cansada como para reunir fuerzas siquiera para esbozar una expresión. Por fin, un poco sorprendida, dijo simplemente;

-No son mis lacayos como para que vaya dándoles órdenes.

-¡Entonces de ahora en adelante considéralos siempre a tu disposición y llama...! -gruñó él.

-Ni tampoco tenía opción. Tenía que salir... y eso fue lo que hice -lo interrumpió Larissa.

Él hizo rechinar los dientes.

-Nada de «tenía». La única opción racional hubiera sido quedarse en casa en un día como éste.

-Eso no hubiera hecho que consiguiera un joyero que pagara un precio justo por mis perlas, ni una casa de subastas interesada en las pinturas y en otros objetos de arte de los que tengo intenciones de deshacerme -dijo ella.

Vincent estuvo a punto de entrar en un estado de pánico. Ya te había asegurado que no necesitaba vender nada. Tenía que haber una razón por la que se hubiera sometido a un clima tan espantoso y hubiera puesto en peligro su propia seguridad personal. O bien la estaba asustando haciendo que se alejara de él, o ella estaba escapando de cosas que no comprendía. Larissa inocente. Era probable que todavía no se hubiera dado cuenta que los fuertes sentimientos que había estado experimentando eran de naturaleza sexual y absolutamente normales. Pero él no podía explicárselo y asustarla aún más.

Sin embargo, no había necesidad de preocuparse, puesto que ya había planeado dejarle pensar que sus objetos de valor habían sido robados o si no que no estaban disponibles para poder venderlos. Hubiera preferido no tener que mentirle acerca de sus bienes, pero tampoco sentiría demasiados remordimientos por hacerlo. Para él, cualquier medio que le ayudara a mantenerla bajo su techo era permisible, salvo encerrarla.

-Creí que te había asegurado que esperaba que te quedaras aquí hasta que regrese tu padre.

-¿Y si no regresa? -preguntó ella con voz trémula-. No, lord Everett, no podemos seguir aceptando su caridad, porque eso es lo que es. Usted pidió una dirección donde pudiera encontrarnos. Ésa es la razón por la que estamos aquí. Pero le aseguro que

tendré una dirección para usted antes de que nos vayamos, simplemente necesito salir y encontrar una, que es exactamente lo que tengo intenciones de hacer.

-Tonterías -respondió él-. Al menos puedes esperar hasta que comience el Año Nuevo. Seguramente puedes darle a tu padre algunas semanas más de tiempo para que aparezca. ¿O quieres trastornar las Navidades de tu hermano así como su recuperación, cuando realmente no tienes necesidad de hacerlo? ¿Y después de habernos puesto de acuerdo con que deberíais tener vuestro árbol de Navidad?

Se mordió el labio inferior con fuerza, estaba indecisa y preocupada. Él deseó que no lo hubiera hecho, porque ahora sentía unos enormes deseos de ayudarla a morderlo. Tenía unos labios tan bonitos. ¿Se daba cuenta de lo que con ese simple acto le estaba haciendo a él?

-Supongo que algunas semanas más...

Vincent se dio por vencido ante sus deseos. Había tenido intenciones de proseguir con su plan de seducción ese mismo día, de acercarlo a su inevitable final. Y realmente no veía ninguna razón para esperar más tiempo. Una vez que ella compartiera su cama, ya no hablaría más de irse, y ése era para él el factor decisivo. Y cuanto antes lo hiciera, más tiempo tendría para disfrutar de ella, antes de que llegara su padre y se la llevase.

No esperaba perderse tan profundamente en la magia de su propia creación, pero eso fue lo que pasó. Tampoco la hubiera llevado directo hacia arriba, en donde los verían todos los sirvientes que pasaran por allí, puesto que todavía era la tarde, pero eso también fue lo que pasó. Había planeado decirle que dejara su puerta abierta para que él pudiera atravesarla esa noche, de modo que la decisión fuera sólo de ella. Simplemente había pensado en excitarla tanto ese día, que ella no tuviera otra opción. Y desde luego no había esperado deslumbrarla tanto con sólo un beso y tenerla completamente a su merced en ese mismo momento, para hacer con ella lo que quisiera.

Fue un beso muy conmovedor, había sido muy ansiado como para no serlo. Ambos se encendieron inmediatamente, los cuerpos uno contra otro, sabores y sentidos explotando en placer sensual. Fue la mirada aturdida de Larissa cuando finalmente la soltó lo que hizo que él la cogiera en sus brazos y la llevara escaleras arriba. No tuvo tiempo de entrar en razón. Seguía pegada a su cuerpo cuando Vincent la metió en su habitación. Desafortunadamente, él sí tuvo un poco de tiempo, y también vio una

mirada con el ceño fruncido de parte de su ama de llaves en el camino, lo que lo sacó de golpe de su impetuosidad.

Esta no era la manera en que quería poseerla. Más tarde eso no iba a salvar su conciencia, el no haberle dado a ella la oportunidad de pensar, y mucho menos de decidir ofrecerse pese a la ruina que la esperaba a cambio de unos pocos momentos de inmenso placer.

Se obligó a bajarla en medio de su habitación. Volvió a besarla, esta vez dulcemente. Esperó a que sus ojos se centraran otra vez.

Luego cogiendo su rostro con las manos, le dijo:

-Debes estar agotada con todo lo que has hecho hoy. Duerme una siesta antes de cenar. Es probable que no te acompañe esta noche. Dudo que pueda mantener mis manos alejadas de ti durante el tiempo que dure la cena. Sin embargo, te veré más tarde, si dejas tu puerta abierta para mí. Sigue a tu corazón, Larissa. Te prometo placer inimaginable.

Increíble, haberla dejado allí. Si no pensaba que era un absoluto idiota por haber hecho algo así, entonces estaría orgulloso de sí mismo...

Y se aseguró de que su ama de llaves lo viera bajar las escaleras otra vez.

13

Finalmente Larissa durmió una siesta esa tarde. Le sirvió para recuperarse, aunque no para aclarar su confusión por lo que había pasado en su último encuentro con el barón.

No estaba exactamente segura de lo que había pasado entre ellos, o de lo que Vincent había insinuado que pasaría. Parecía un padre -o un esposo- reprendiéndola cuando ella entrara en la casa por lo que consideraba un comportamiento imprudente. Y puesto que él nunca había sido ninguna de las dos cosas, ¿qué se suponía que ella tenía que pensar? Él se preocupaba. Era evidente. En el poco tiempo que hacía que lo conocía, había llegado a preocuparse por ella.

Y ese beso increíble. Larissa tenía frío, allí de pie en el vestíbulo, y él la había calentado por completo. Estaba temblando ligeramente después de pasar frío todo el día. Y había temblado aún más con su beso.

Nunca había experimentado nada ni remotamente parecido a eso. Cuando abandonó Portsmouth aún no se había interesado realmente por ningún hombre; por lo

tanto nunca había permitido que ninguno la besara. Y pasó su primer año en Londres refunfuñando, lo cual no incluía alternar con nadie, ni tampoco lo había hecho demasiado durante los últimos dos años, excepto con los socios de los negocios de su padre.

Nunca había sido consciente de su falta de relación con hombres jóvenes que pudieran gustarle, y mucho menos que la atrajeran, como le sucedía con el barón. Le habían prometido fiestas y reuniones en las que seguramente podría encontrar un esposo, y se había quedado contenta esperándolas.

Después de todo, no tenía apuro por dejar a su familia, que seguía necesitándola. Pero su padre esperaba que se casase pronto, ahora que ya tenía edad suficiente para hacerlo. Su hermano también. Ella misma se había resignado a la idea, incluso finalmente había comenzado a esperarlo con ansiedad, cuando comenzaran los problemas con los negocios de su padre. Y ahora estaba resignada a no ir a todas esas fiestas y reuniones.

Pero Vincent se preocupaba por ella.

Todavía le costaba comprender lo que eso significaba, aparte de que el solo hecho de pensarlo la entusiasmaba. Sin embargo, no era tan ingenua acerca de lo que él había querido decir con no poder mantener sus manos alejadas de ella, ni acerca de lo que probablemente sucedería si de hecho dejaba su puerta abierta esa noche.

Su padre la había encontrado a solas con un joven el año anterior a que se mudaran a Londres. No fue lo que ella había imaginado; el muchacho era el hermano de una de sus mejores amigas, y habían estado hablando acerca de su última novia, que casualmente era otra de sus amigas.

Pero su padre se había visto forzado a hablarle acerca de los deseos de los hombres, conversación que para ambos fue muy embarazosa, pero también muy instructiva, sobre cosas que ella antes sólo había podido intentar adivinar.

El barón se preocupaba por ella y la deseaba. Sus comentarios lo habían dejado muy claro, y eso que antes nunca hubiera creído de él ninguna de esas dos cosas, y ésa era una de las razones de su anterior confusión. Sencillamente no se había dado cuenta de que Vincent estaba interesado en ella de ese modo, nada de lo que había dicho así lo demostraba, de modo que el calor que había visto en sus ojos no podía ser fruto de la pasión. Pero lo era. Ahora no tenía dudas. Y había estado allí casi desde el principio.

Sin embargo, ¿podría casarse con él después de lo que le había hecho a su familia? Vincent era directamente responsable de que hubieran perdido la casa. Pero no se

trataba de una cuestión personal, para él había sido simplemente una transacción comercial más, y por supuesto, estaba en una posición que le permitía reparar ese daño completamente, y ya había comenzado a hacerlo trayéndolos a su propia casa.

Podía casarse con él; de hecho, esa idea también le entusiasmó. Y seguramente era lo que él tenía en mente. Después de todo, ella era de buena familia. Vincent no pensaría en hacerle el amor sin proponerle matrimonio. Probablemente se había sentido demasiado abrumado por la impaciencia, y por eso todavía no lo había mencionado.

Larissa podía comprenderlo. Estaba eludiendo su comentario de «placer inimaginable», no se atrevía a pensar en eso, o ella misma se hubiera sentido abrumada por la impaciencia, y ya casi lo estaba. Incluso estaba contando los minutos que faltaban para el momento de retirarse esa noche a su habitación.

Estuvo a punto de no bajar a cenar. Vincent había dicho que no estaría allí, pero si estaba, no creía que pudiera comer mucho. Pero bajó, y fue una cena solitaria, o al menos lo fue hasta que entró al salón un caballero desconocido, obviamente esperando encontrar allí al barón cenando. Su sorpresa fue evidente al encontrarla en cambio a ella.

-¿Oh, eres para mí? -fue lo primero que dijo él.

Parecía absolutamente encantado con esa posibilidad, fuera lo que fuera que eso significara. Larissa no estaba del todo segura.

-¿Cómo dice? —preguntó.

-¿Un pequeño obsequio para tenerme contento mientras Vincent me consigue lo que le encargué?

Eso no consiguió aclarar la confusión.

-Me temo que no sé de qué me está hablando.

Entonces él se sonrojó, aparentemente dándose cuenta de que había cometido un error.

-Lo siento, señorita, en serio. Soy lord Hale. Me temo que no esperaba encontrar una dama en esta residencia de soltero, y menos una dama sola, ¿o no está usted sola? ¿Está aquí con su padre? ¿Quizá con su esposo?

Ahora se sentía en terreno seguro.

-Estoy esperando aquí a mi padre.

-¿Entonces Vincent es socio en los negocios de su padre? —preguntó.

-No, recientemente se ha convertido en el propietario de nuestra casa y nos ha desahuciado de ella.

No debió haber agregado eso. Desde luego no era asunto que le concerniera a él por qué estaba ella allí ni cómo había llegado. Ahora fue ella quien se sonrojó por permitir que notara el resentimiento que sentía por eso.

El también se sorprendió, lo suficiente como para decir:

-¿Eso fue lo que hizo? ¿La puso de patitas en la calle? ¿Para que terminara aquí?

-Bueno, no, eso no tiene nada que ver. Nos ha ofrecido alojamiento temporalmente para poder estar seguro de que hablará con nuestro padre cuando regrese. Hay un malentendido que necesita aclarar.

-¿Entonces en realidad su padre no está- aquí? ¿Está usted sola aquí?

-No, mi hermano está conmigo, y varios de nuestros sirvientes -respondió Larissa.

Él pareció decepcionado por la respuesta.

-Ah, entonces todo está en regla. Bueno, podré superarlo, estoy seguro.

De nuevo lo que decía no tenía mucho sentido para Larissa, pero no tenía importancia, parecía bastante inofensivo.

Tenía aproximadamente la misma edad que el barón, no era tan alto como él y de complexión más bien fornida, con ojos azul claro y una pelambrera de rebeldes rizos negros que parecían diseñados para parecer siempre despeinados. Incluso podía considerarse un hombre apuesto si no se lo comparaba con el barón, cuya apostura era realmente destacable.

Ya que no parecía tener intenciones de marcharse, pues se quedó allí de pie en la entrada suspirando mientras la miraba fijamente, ella le preguntó;

-¿Tenía usted una cita con el barón?

-En realidad no, es simplemente mi control semanal de su progreso, aunque probablemente me estuviera esperando, puesto que cada semana acostumbro a venir por estos días. Estoy un poco impaciente por saber qué progresos hay en lo que está buscando para mí.

-¿Y qué es eso? —preguntó Larissa bastante seriamente, pensando que él podía ser el caballero que había deseado tanto su casa que Vincent la había comprado a sus espaldas. Pero luego se sonrojó-. Lo siento, eso ha sido muy presuntuoso de mi parte.

-No, para nada. Es una pintura. Una pintura especial que sencillamente tiene que ser mía. El precio no es un problema. Lo sé, lo sé, es muy tonto de mi parte destinar tanto capital en poseer algo, pero no puedo evitarlo. Soy el primero en admitir que soy un excéntrico. Y me he quedado sin cosas en las que gastar mi dinero. Una situación realmente deplorable. Y también bastante aburrida.

Ella sonrió. No podía imaginarse que alguien fuera tan rico que le resultara aburrido serlo. Y mientras no fuera él el hombre que había codiciado su casa, no tenía nada en su contra, incluso le estaba agradecida por haber alejado su mente de lo que esperaba sucedería esa noche.

-Estoy segura de que es bienvenido para la cena –le ofreció ella-. Aunque no creo que el barón nos acompañe. Ni siquiera estoy segura de si está en casa ahora mismo.

-Oh, sí que está. De lo contrario el mayordomo no me hubiera dejado entrar. -Otro suspiro-. Pero volveré a verla pronto. De eso puede estar segura. Puede que comience a venir diariamente para recoger mis informes. Sí, probablemente lo haga.

14

-¿Cuánto va a costarme esa belleza?

Vincent tardó un momento en darse cuenta de que Jonathan Hale no estaba hablando de la pintura que le había encargado que le consiguiera, a la cual sabía muy bien que Hale se refería en femenino, por su título: *La Ninfa.* Pero fue sólo un momento, porque daba la casualidad de que él también estaba pensando en esa misma belleza cuando Jonathan entró en su estudio.

Pero de todas maneras le preguntó:

-¿Quién?

-Esa deslumbrante muchacha que has dejado cenando sola al otro lado del pasillo.

Vincent se puso rígido.

-No está en venta.

-Tonterías, todo el mundo tiene un precio.

¿Qué otra cosa podía pensar Jonathan? Vincent conocía al vizconde desde mucho antes de que acudiera a él para que le encontrara a *La Ninfa.* Toda la alta sociedad londinense sabía que Hale era obscenamente rico, lo cual le había permitido hasta entonces poder obtener cualquier cosa que su corazón deseara. Estaba acostumbrado a poner un precio y a conseguir lo que quería. El hecho de haber encontrado finalmente algo que no podía tener no era una cuestión de que no estuviera disponible; sencillamente todavía no había sido encontrado. Y ésa era la razón por la que se había acercado a Vincent y le había

ofrecido una suma de dinero ridícula simplemente para que le localizara la pintura. Después Jonathan negociaría él mismo con el actual dueño para comprársela.

Era uno de los encargos más difíciles que Vincent había aceptado jamás. Estaba más acostumbrado al trueque, a dar y recibir, a descubrir lo que se necesitaba para obtener algo y suministrarlo. Pero lo que estaba haciendo por Jonathan Hale era algo así como buscar un rumor.

La propia existencia de la pintura llamada *La Ninfa* había sido confirmada, pero no su mala rama. Se decía que mostraba a una hermosa y joven mujer tan eróticamente retratada que ejercía un efecto afrodisíaco sobre cualquiera que fijara su mirada en ella, hombre o mujer. Se decía que había dejado a uno de sus antiguos dueños, un conde de unos setenta y cinco años, en un estado constante de deseo sexual. Había arruinado matrimonios. Había hecho que un hombre se volviera loco. Y había enviado a otro al asilo para pobres.

Al escuchar todo aquello, Jonathan había decidido que *debía* tenerlo en su colección. Si era cierto o no todo lo que se decía que hacía esa pintura eróticamente, no le importaba, él la quería por tener tan mala fama.

Algunos decían que *La Ninfa* había sido encargada por uno de los reyes de nombre Enrique, y que era un retrato de su amante favorita, pero habiendo tantos reyes con ese nombre, nunca nadie había descubierto cuál de ellos había sido. Algunos decían que fue creada como venganza por el artista, que la joven mujer que aparecía en la pintura había sido su amor y lo había rechazado. La mayoría de la gente que escuchaba hablar de la pintura sencillamente no creía en su existencia. Era una broma. Un engaño. Tema de conversación para una cena. Vincent hubiera estado dispuesto a creer esto último si su investigación no hubiera logrado cierta información válida acerca del último dueño conocido de la pintura. Había sido un jugador de nombre Peter Markson, quien había ganado la pintura llamada *La Ninfa* en una partida de cartas hacía ya varios años. Un golpe de suerte para él, puesto que aparentemente no era muy bueno en el juego, y de hecho había tenido que abandonar el país para escapar de la prisión debido a sus deudas. Había utilizado la pintura para pagar su travesía, luego se puso enfermo en alta mar y murió en el barco.

Entonces el capitán de la nave se quedó con la pintura, y su nombre nunca había sido confirmado. Sin embargo, no la había conservado durante mucho tiempo, pues se la entregó al dueño de su barco, porque después de haberla llevado a casa con él, su esposa lo había amenazado con dejarlo si no quitaba esa pintura de su casa.

Esa información fue conseguida en el muelle, así que no era demasiado fiable. Era una buena historia para que los marineros se la contaran unos a otros después de

escuchar hablar de la naturaleza erótica de la pintura, pero no era demasiado creíble porque el nombre del barco, el de su capitán y el de su dueño nunca se repitieron dos veces. Aparentemente cada viejo marinero que quería contar la historia se aseguraba de hablar de un capitán o de un barco que conocía o con el que había navegado.

Sin embargo, era lo más creíble que Vincent había escuchado acerca de *La Ninfa.* Y Peter Markson realmente había abandonado el país desprestigiado, tras perder todas sus posesiones en una partida de cartas. Ese era lo único que Vincent se inclinaba a creer.

En cuanto al repentino interés de Jonathan por Larissa, eso era totalmente comprensible. Ella había provocado el mismo efecto en Vincent cuando él la había visto por primera vez, desearla a cualquier precio. Pero tratándose de Jonathan, no podía tomárselo en serio, porque conocía las preferencias del hombre con respecto a las mujeres.

De modo que lo miró pensativamente y le dijo:

-Supongo que su precio sería el matrimonio.

Había pensado que eso le haría pasar las ganas a Jonathan, puesto que era un soltero empedernido que prefería no entretenerse con inocentes, habiendo tantas damas muy bien experimentadas y más que dispuestas a complacerlo por una o dos baratijas. Y Jon no parecía muy contento con el «precio».

-Hmmm, no tenía planes de casarme -se quejó Jonathan-. ¿Qué necesidad tengo de hacerlo si puedo tener todas las mujeres que quiera, y unos cuantos carros llenos de bastardos de donde escoger un heredero? El matrimonio nunca me pareció algo divertido. Pero supongo que tampoco pasaría nada si lo intento.

Eso sorprendió un poco a Vincent.

-No estás hablando en serio.

-¿Por qué no?

-Exactamente por las razones que acabas de dar. Te has acostumbrado a tener una variedad de mujeres. Una esposa no te dará eso.

-Pero amantes sí.

-¿Entonces para qué casarte?

Jonathan frunció el ceño.

-Por la variedad. ¿Por qué estás intentando convencerme de que no lo haga?

-Porque tú simplemente quieres poseerla. No tienes intenciones de consagrarte completamente a ella. Y puesto que he llegado a conocerla desde que se hospeda aquí, creo que merece algo mejor que eso en su matrimonio.

-O tú eres el que planea casarse con ella —dijo Jonathan casi como una acusación.

-No.

Jonathan arqueó una ceja escéptica.

-Entonces no puedes oponerte a que yo la corteje. Incluso dejaré bien claras mis intenciones, si insistes, le diré que no tengo deseos de abandonar mi actual estilo de vida, simplemente deseo agregarla a ella a mi lista. Todo bien claro. La verdad. Suena desafiante, ¿no es cierto?

-¿Crees que podrás persuadirla con tu riqueza?

Jonathan sonrió.

-Por supuesto.

Era asombroso lo poderoso que era el deseo que sentía de borrar esa sonrisa en los labios del vizconde de un puñetazo.

Sentimiento otra vez. Últimamente estaba apareciendo demasiado a menudo en Vincent, y de hecho su estallido emocional ese mismo día en el vestíbulo cuando Larissa regresaba de hacer sus recados lo había sorprendido bastante más tarde cuando tuvo tiempo para reflexionar al respecto.

Debía haberle hecho el amor esa misma tarde. Ella lo deseaba, o al menos no se habría opuesto. Entonces esta conversación con Hale no le estaría perturbando tanto. Él mismo se hubiera ocupado de ella, hubiera conseguido su objetivo. ¿Qué importaba entonces si Hale la cortejaba, o incluso si se casaba con ella?

Aun así la idea no le gustaba. Antes, después, no había diferencia, *no* le gustaba la idea de que Larissa se casara con Jonathan y se convirtiera así en una adquisición más de su inmensa colección. Y ahora mismo era muy vulnerable. Pensando en que su padre no regresaría, que ella y su hermano se quedarían pronto sin ningún ingreso, los pocos objetos de valor que tenía intenciones de vender no podrían mantenerlos indefinidamente, era probable que no dejara escapar la oportunidad de casarse con uno de los hombres más ricos del reino, sin importarle las razones que se le ofrecerían. Vincent había intentado utilizar esa misma vulnerabilidad para meterla en su cama.

Esta maldita venganza lo estaba convirtiendo en alguien que no acababa de gustarle. Un sinvergüenza, sin duda. Al menos las intenciones que Hale tenía con la

muchacha eran honrosas, aunque desagradables, mientras que las de Vincent eran todo lo contrario.

En un momento de conciencia, dijo:

-Cortéjala libremente, y buena suerte.

Realmente lo decía en serio, en ese momento estaba pensando únicamente en los intereses de Larissa. Incluso deseó que ella tuviera tiempo suficiente como para darse cuenta de lo temerario que sería dejar su puerta abierta para él esa noche, porque consciente o no, ésa era una tentación que él sabía muy bien no sería capaz de resistir, ni siquiera lo intentaría.

15

Lord Hale lo mantuvo ocupado durante más tiempo del que esperaba, parloteando sobre temas de poca importancia, y casi consigue que Vincent le mostrara groseramente el camino hasta la puerta. El barón se contuvo, apenas un poco, y solamente porque Jonathan era un cliente. Pero cuando llegó por fin a su habitación, estaba en un estado de impaciencia frustrada que parecía no poder controlar.

Dio permiso para que su mayordomo se retirara, se quitó precipitadamente la ropa, y se puso una bata. Después de eso no hizo nada más. Se quedó de pie en el centro de su habitación, miró fijamente la puerta del cuarto de baño y no dio ni un solo paso para acercarse a ella.

Estaría cerrada, lo sabía y no quería comprobar que así era. Y si efectivamente estaba cerrada, sabía que se quedaría despierto toda la noche, intentándolo una y otra vez, con la esperanza de que ella aún no se hubiera decidido a abrirla, sabiendo que si para entonces no estaba abierta, probablemente ya no lo estaría en ningún momento. De cualquier manera, iba a ser una noche muy larga.

Todo en él le decía que abriera esa puerta inmediatamente, pero sin embargo se sentía tan reacio a afrontar la desilusión que sentiría si estaba cerrada que era realmente más bien miedo. Otro sentimiento que ella le estaba provocando... ¿Cómo demonios se había vuelto esto tan importante para él? Larissa era simplemente una preciosa conquista, ¿verdad? Sería una o dos horas de placer, nada más que eso. También sería otro punto en su plan de venganza, aunque ése era un punto que no parecía importarle demasiado ahora, no era más que una excusa para su conciencia.

No le gustaba nada el dominio que Larissa ejercía sobre él, teniendo en cuenta que ni siquiera entendía qué era eso. El seductor se había convertido en el seducido. Ahora la deseaba a cualquier precio y eso lo asustaba. Debía olvidarla. Incluso debía sacarla de su casa, si era necesario la haría regresar a su hogar, cualquier cosa con tal de alejarla de él. Teniéndola allí, tan accesible, en realidad ella tenía más control sobre él que él sobre ella. Eso había quedado demostrado ese mismo día cuando Larissa había manejado caprichosamente sus sentimientos, sus pensamientos, su cuerpo. Gracias a Dios era demasiado inocente como para saber cómo utilizar eso en su contra.

Larissa se quedó de pie en el cuarto de baño durante aproximadamente una hora, mirando fijamente la cerradura de la puerta que conectaba con la habitación del barón. No iba a abrirla. Había triunfado el pensamiento racional, aunque esto la hacía sentir muy miserable. Se casaría con Vincent, sí, pero primero tendría que escuchar su propuesta. Ese era el orden adecuado a seguir en estos casos. Pero el «placer inimaginable» prometido tampoco desaparecía de sus pensamientos, y ésa fue la razón por la que seguía allí de pie, sumisa ante su propia decisión, e inconsciente de que estaba intentando encontrar una manera de escapar de ella. Su pulso se aceleraba mientras lo imaginaba a él al otro lado de la puerta, esperando.

Seguramente para entonces ya se habría dado cuenta de que se requería una propuesta antes de permitirse el lujo de compartir más placer del tipo que fuera, y más aún del tipo que ella estaba segura que Vincent tenía en mente. Sin embargo, él podría tener la intención de proponérselo esa misma noche. Y ella podría estar negándole eso a ambos sin ninguna razón.

Destrabó la cerradura de la puerta. Vincent demostró que había estado esperando ese sonido cuando la abrió segundos después. Se miraron fijamente. Los ojos de él, como oro líquido, estaban tan ardientes que parecían a punto de estallar, derritiendo cualquier pizca de indecisión que ella pudiera sentir.

Vincent se quitó la bata y la dejó en el suelo. Ella seguía vestida, ahora bastante incómoda por ello. Sin embargo, estaba tan fascinada con sus ojos dorados que ni siquiera pensó en mirarlo, en mirarlo todo, pero tampoco tuvo la opción durante mucho tiempo, ya que la mano de él se deslizó por detrás de su cuello y la atrajo hacia su cuerpo.

Sus labios se encontraron y se fusionaron. Fue un beso voraz, que se hacía eco de la sed negada durante tanto tiempo por ambos. Las rodillas de Larissa se doblaron, se

volvieron débiles, aunque no había peligro de caerse, pues él la apretaba con tanta fuerza contra su cuerpo.

Esta clase de beso sensual era completamente nuevo para ella, ésta era sólo la segunda experiencia que tenía, y él era tan hábil, guiándola, animándola cuando era necesario, que su inexperiencia no interfirió en absoluto. Ni la indecisión ni la incapacidad tuvieron oportunidad alguna ante el placer de probar sus bocas mutuamente, y entonces se perdieron en ese beso.

Finalmente un gemido lo interrumpió, un gemido de Vincent. Ella apenas lo notó, cautivada como estaba por lo que sentía. Y fue llevada rápidamente hasta su cama. No a la de ella. Tampoco se dio cuenta de eso. Pero no tardó mucho en notar algo bastante extraordinario...

¿Realmente había pensado que todo el placer derivaría simplemente de ser abrazada y besada por él, sólo porque era tan agradable? Pero ¿cómo podría saber algo más? Larissa no podía asociar nada concreto al «placer inimaginable» al que él se refería, porque sólo podía pensar en generalidades poco precisas. Pero lo asoció inmediatamente con el hecho de tener
la mano de él sobre su pecho.

Las reacciones espontáneas se disparaban en numerosas partes de su cuerpo simplemente con el tacto de su mano. Carne de gallina, cosquilleos, calor húmedo, y ése era solamente el comienzo. Vincent siguió besándola, y pudo oír cada pequeño jadeo de placer que escapaba de su boca, y fueron muchos cuando comenzó la siguiente lección de sensuales caricias.

Incluso desvestirla fue una experiencia erótica, lo hizo tan lentamente, con tantas minuciosas caricias en cada extremidad y en cada curva que quedaba al descubierto. Era asombroso que si ella misma tocaba la superficie inferior de su rodilla, no sentía nada, pero sin embargo los dedos de él la hacían estremecerse. El hecho de que fuera Vincent quien la tocaba marcaba toda la diferencia, y qué diferencia, qué profusión de nuevas sensaciones con las que maravillarse. La mente y el cuerpo de Larissa estaban tan consumidos por él y por el placer en el que la estaba iniciando, que no estaba segura de cómo había tomado conciencia de estar en un punto sin retorno sin haber escuchado todavía lo que quería escuchar de su boca. No era que tuviera la voluntad, ni, desde luego, el deseo de detener lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, su placer sería completo si confirmaba lo que ya daba por sentado.

Las palabras salieron de su boca entre jadeos y no muy coherentemente.

-He pensado... No deberías... Hay una pregunta que...

Vincent debió haber entendido lo que ella intentaba decirle, porque le respondió:

-Este no es el momento para preguntas importantes que podrían atar nuestras lenguas.

Ese comentario era tan engañoso, y sin embargo tan tranquilizador. Larissa asumió que estaba hablando de pedirle que se casara con él. Y tenía que reconocer, después de su propio confuso discurso, que era bastante imposible tener dos pensamientos al mismo tiempo en ese momento. Además, no hubo oportunidad de decir nada más, pues él la estaba distrayendo otra vez con sus besos.

Su enorme cuerpo la cubrió gradualmente, cuidadosamente, como para no asustarla. Ella estaba más allá de eso, en cambio se sentía protegida bajo su peso, y más aún teniendo en cuenta que la presión del cuerpo de Vincent aumentó su excitación. El le cogió las manos y las sostuvo a ambos lados de su cabeza. La besó profundamente al tiempo que la poseía. El dolor duró poco, apareció y desapareció antes de que pudiera sentirlo realmente o de que tuviera tiempo para ponerse tensa, y pronto fue olvidado en el estallido de puro placer sensual que vino después, al sentir cómo la penetraba profundamente.

Por un momento pensó que ése era el final de todo aquello, que nada podía ser mejor. Qué ingenua. Ni siquiera su «placer inimaginable» le hacía justicia a la increíble dicha que crecía constantemente cuando él comenzó a moverse dentro de ella, hasta que estalló y se extendió por todo su cuerpo en implacables olas.

En esos breves instantes de puro éxtasis, nada más importó. Ya hablarían más tarde de los preparativos para el matrimonio, estaba segura. Por ahora, saboreaba la certeza de que Vincent Everett le pertenecía.

16

Vincent no le propuso casarse después de que hicieran el amor tal como ella esperaba. Sin embargo, tampoco era para sorprenderse, teniendo en cuenta que él quitó su peso de encima de Larissa, la acercó a su lado, e inmediatamente se quedó dormido. Ella también se quedó allí recostada, saboreando durante un buen rato toda la experiencia y la felicidad que sentía. Y el inesperado consuelo de ser abrazada por él incluso mientras dormía no le permitió pensar en despertarlo, a pesar de haberse dado cuenta de que esa pregunta no había sido aún formulada.

Sin embargo, no estaba preocupada. El hecho de tomar las cosas por sentadas solía disipar dudas y permitía dejar espacio únicamente para pensamientos positivos. Sabía que no podía quedarse en la habitación de Vincent para pasar la noche con él, por mucho que le hubiera gustado hacerlo, pero ya podría pasar muchas de esas noches con él cuando estuvieran casados. Y antes de que la calidez de su cercanía hiciera que ella también se quedara dormida, salió cuidadosamente de la cama, recogió sus ropas para no dejar ningún rastro que pudieran encontrar los sirvientes, y se fue de puntillas a su habitación.

No cerró con llave las puertas que conectaban las habitaciones, ni siquiera pensó en hacerlo. Y ahora ya no era necesario. Hacer el amor con Vincent había cambiado tantas cosas, no solamente su perspectiva del futuro, que ahora era seguro. *Ella* había cambiado, y se sentía segura de sí misma al pensar en la íntima experiencia que acababa de vivir. Finalmente se quedó dormida con una sonrisa dibujada en los labios.

Vincent se molestó al despertarse a la mañana siguiente y no encontrar a Larissa en su cama. Sabía que no debía enfadarse, ella había hecho bien en irse, él mismo la hubiera llevado de regreso a su habitación sí no se hubiera quedado dormido. De modo que enfadarse no tenía ningún sentido.

Pero su humor no hizo más que empeorar. Aquella mañana, absolutamente todo le molestaba mientras hablaba con su secretario y con sus sirvientes. Se sorprendió a sí mismo hablándoles de mala manera, y sin ningún motivo.

Desafortunadamente, ese malhumor no lo abandonó antes de la hora del almuerzo, y cuando se reunió con Larissa en el comedor, terminó hablándole bruscamente a ella también, antes de poder detenerse a sí mismo.

-¡Mi cocinera está amenazando con renunciar a su puesto si *tu* cocinera no se mantiene alejada de la cocina!

Lo dijo casi gritando, y consiguió asustarlos a ambos.

Desde luego, ésa no era la manera en que tenía pensado saludarla, y definitivamente no era la manera en que *debía* saludarla, puesto que era la primera vez que la veía después de robarle su virginidad la noche anterior. No importaba que esa mañana todas las cosas hubieran conspirado para provocarle una frustración ilimitada, ésa era simplemente otra excusa.

Sabía muy bien por qué la mecha había sido encendida, simplemente aún no había sido capaz de aceptarlo. Estaba furioso consigo mismo por haberse negado tan

cobardemente a considerar la raíz de su malestar, y en cambio haberlo mostrado con otros, incluso con ella.

Sentía una gran culpa por lo que había hecho la noche anterior. Nunca en su vida había disfrutado tanto de algo, y sin embargo ahora lo lamentaba. Porque no tenía intenciones de casarse con ella, sabiendo que ahora era exactamente eso lo que ella esperaba.

El motivo original de la venganza no estaba ayudando para nada a atenuar su cargo de conciencia con respecto a la cuestión de convertirse en su amante, sabiendo que había deseado tanto que eso sucediera. En lo único que podía ser de ayuda ahora era en no permitir que lo que había pasado arruinara su reputación, tal como lo había planeado antes. Mientras no se convirtiera en algo de dominio público, ella aún podría conseguir un buen matrimonio.

No dudaba que Hale se casaría con ella de todos modos. Estaba muy entusiasmado con su belleza, y parecía no importarle el hecho de que fuera virgen o no. Pero ¿él podría soportar ver cómo otro hombre la perseguía, teniendo en cuenta que apenas la noche anterior había querido darle un puñetazo a ese otro hombre en la cara?

Larissa se recuperó primero de su explosión, y le explicó con calma:

-Lo siento. Cuando le dije a Mary esta mañana que ahora viviríamos aquí permanentemente, ella sin duda pensó que podría tomarse algunas pequeñas libertades para sentirse como en casa, y donde más se siente como en casa es en la cocina.

Vincent se ruborizó. No podía corregirla con respecto a lo de vivir allí permanentemente, no todavía. Su silencio lo confirmaría en la mente de Larissa, pero él no podía hacer nada para evitarlo. Aun esperaba que apareciera su padre, aunque ella ya no lo esperara. Y cuando llegara Ascot, entonces Vincent podría terminar con este maldito asunto de la venganza, le asestaría el último golpe, y después seguiría con su vida.

Masculló algo acerca de que ambos intentaran mantener la disciplina de sus sirvientes, y esperó que ella dejara el tema allí. Y así fue. Larissa incluso le sonrió, y el efecto de esa sonrisa fue empeorar aún más las cosas. Ahora era él quien no podía dejar el tema allí. Ella era una jovencita tan dulce y tan crédula, y él había sido un absoluto bastardo con ella desde el principio, y seguiría siéndolo. Lo menos que podía hacer era hacerla feliz mientras tanto, y guardarse su malhumor.

Rodeó la mesa y se puso a su lado. De haber estado solos la hubiera besado, pero había sirvientes entrando y saliendo, así que simplemente se agachó un poco y le dijo en un susurro:

-Perdóname por ese saludo tan vulgar. Y gracias por el obsequio más maravilloso que he recibido nunca.

-¿Qué obsequio?

-Tú.

Vincent pudo sentir el calor de su rubor, aunque estaba de pie detrás de ella y no podía verlo. Sus mejillas aún seguían enrojecidas cuando él volvió a sentarse al otro lado de la mesa y la miró fijamente. Pero detectó el leve indicio de una sonrisa, demostrando que lo que la había hecho ruborizarse no había sido la vergüenza.

Comenzaron a comer. Larissa hablaba tan sólo para llenar el silencio, nada de importancia, simplemente una conversación relajada de la que él se descubrió disfrutando. Podía ser divertida cuando no estaba nerviosa, y en ese momento no se sentía para nada nerviosa con él.

Pero luego mencionó otra vez los adornos de Navidad. El ya había enviado a alguien a buscarlos. Podía decirte eso y nada más. Pero ésta era una oportunidad ideal para comunicarle que el resto de sus objetos de valor había desaparecido, no esperaría a hacerlo cuando ella se los pidiera, sino mientras asumía que no necesitaba venderlos aún, de modo que la pérdida no fuera un golpe tan duro para ella. Serían «encontrados», por supuesto, después de que su padre regresara. Vincent no tenía intención de robarles nada a los Ascot, sólo su buena reputación.

No tuvo en cuenta la posibilidad de prescindir de la historia del robo. Ya la había seducido, sí, pero ahora tema que preocuparse por el hecho de que ella pudiera preguntarle directamente acerca del matrimonio, y si lo hacía, él no iba a mentirle. Lo cual la haría pensar otra vez que tenía que irse de allí, y él todavía no estaba dispuesto a dejar que lo hiciera. Cuando su padre regresara sería el momento de dejarla ir. De modo que dejarla pensar que no tenía medios para irse seguiría siendo algo beneficioso para él.

Con ese propósito consiguió adoptar una expresión adecuadamente seria antes de decir:

-Hablando de esos adornos de Navidad, han llegado esta mañana, pero me temo que con ellos llegaron también malas noticias,

-¿Se han estropeado? -preguntó Larissa asustada.

-No que yo sepa -le aseguró rápidamente-. Pero aparentemente hubo un robo ayer por la noche en el almacén en el que estaban guardadas tus pertenencias. El informe del vigilante que hace guardia por la noche dice que se trató de un robo selectivo, algo que sucede muy a menudo, puesto que puede llevarse a cabo en muy poco tiempo.

-¿Me han robado? -preguntó ella incrédulamente.

-Nos han robado -aclaró él-. Yo también tenía algunos objetos de valor almacenados allí. Pero muchas de tus pertenencias siguen estando allí. Como he dicho, los ladrones han sido selectivos. Se llevaron únicamente lo que consideraron valioso y fácil de trasladar, pinturas, floreros y otras pequeñas piezas de arte. Entraron y se fueron en menos de diez minutos, que fue el tiempo durante el cual el vigilante estuvo indispuesto.

-Tenía planes para esas pinturas —dijo ella después de un acongojado suspiro.

Vincent no había contado con su mirada afligida. Ahora sabía exactamente cómo se había sentido su secretario aquella noche cuando ella lo había mirado de esa forma. Sin embargo, no se dio el lujo de renunciar a lo que ya había comenzado, y no admitió ser un despreciable mentiroso.

No obstante, podía reducir el impacto del golpe, y le aseguró:

-No voy a dejar las cosas así, Larissa. El robo ha sido debidamente denunciado a las autoridades, pero yo ya he encargado a mi gente que encuentre a los culpables. Lo que se han llevado será recuperado. Si no se encuentra tu parte a principios del nuevo año, yo mismo cubriré la suma de su valor.

-No... tienes que hacer eso -respondió ella.

-No es tu culpa... -Vincent no la dejó terminar-. No estoy de acuerdo. Después de todo, era mi almacén, y debí tenerlo mejor protegido. Me temo que no estoy acostumbrado a tenerlo todavía, no pensaba quedármelo, sencillamente todavía no me había ocupado de él.

-¿Entonces por qué lo compraste?

Vincent se relajó. Ahora la expresión del rostro de Larissa era meramente de curiosidad, el horror había desaparecido. Se las arregló para tranquilizarla y logró su objetivo, y todo porque ella no tenía ni una pizca de recelo en todo su pequeño y precioso cuerpo.

-No lo compré. Lo adquirí hace unos meses, fue lo último que quedó del negocio de mí hermano y que no sucumbió a sus acreedores cuando murió.

-Oh, lo siento tanto.

Maldita sea, otra vez estaba sintiendo compasión por él. Le acababan de asestar un golpe devastador, y aún tenía capacidad para sentir compasión, al darse cuenta de que sus palabras revelaban que su hermano había muerto hacía poco tiempo.

En seguida Vincent intentó atenuar ese sentimiento encogiendo los hombros y cambiando totalmente de tema.

-¿No tienes más bienes, además de las joyas?

-Hay unas tierras en Kent que han pertenecido a mi familia durante tanto tiempo que ya nadie recuerda exactamente desde cuándo. Allí hay un castillo en ruinas, que se cree perteneció a uno de nuestros antepasados, uno muy antiguo. Pero ese rumor nunca ha sido confirmado. Desafortunadamente, solo se necesita que pase una generación que no esté interesada en la historia familiar, para que esa historia se pierda.

-Pero ¿esas tierras tienen algún valor?

-Supongo que sí, pero no puedo venderlas. Mi padre aún no ha sido declarado muerto, como para que yo pueda hacerlo. Y lo mismo sucede con su empresa, con sus barcos, con cualquier mercancía que haya almacenado o con los objetos de valor que tenga guardados en el pequeño almacén que hay en la empresa; todavía no puedo disponer de ninguna de esas cosas. Y sus pertenencias personales, las joyas y otras cosas por el estilo, se las llevó con él.

Vincent se puso rígido. Hablar de barcos y de George Ascot provocaba pensamientos totalmente inaceptables para él. Hasta ese momento no se le había ocurrido que el padre de Larissa concordaba con la descripción del actual poseedor de *La Ninfa*, y que ella poseía pinturas que tenía intenciones de vender... No, sería demasiado fácil, demasiado conveniente, y haría a su familia increíblemente rica. Pero por si acaso no se trataba de una coincidencia, Vincent visitaría el almacén después del almuerzo para examinar personalmente esas pinturas que habían sido trasladadas a otro almacén más seguro en la parte de atrás del edificio. Y esperaba, realmente, no encontrar allí *La Ninfa.*

17

Vincent regresó a su casa de más buen humor del que tenía cuando la dejara. El paseo por el almacén había revelado que los Ascot poseían siete pinturas antiguas, dos de ellas pintadas por artistas muy conocidos, pero ninguna de ellas era la célebre *La*

Ninfa que estaba buscando. De modo que no tuvo que enfrentarse al dilema de si hacer o no muy ricos a los Ascot, algo que desde luego *no* encajaba con sus planes de arruinarlos.

Luego volvió el malhumor una vez más al encontrar a Jonathan Hale en su salón con Larissa y con su hermano, Thomas, a quien le habían permitido salir de la habitación expresamente para que decorara el árbol de Navidad. Qué escena tan confortable y tan ajena para él. Fueron las risas y las sonrisas, el puro placer del que estaban disfrutando» lo que afectó más que nada a Vincent. El no formaba parte de aquello, ni nunca lo haría. Y ni siquiera estaba directamente relacionado con las Navidades, a pesar de que, en ese momento, ésa era la razón de tanta alegría. Ellos sencillamente sabían cómo divertirse haciendo cosas simples, mientras que el concepto de diversión nunca había formado parte de su vida, ni siquiera de niño. Más de una vez su hermano había intentado enseñarle cómo divertirse, *lo* había arrastrado hasta alejarlo de sus estudios, le había explicado algún juego imaginario, y luego se decepcionaba cuando Vincent no lograba entenderlo. Sencillamente había siempre demasiadas preocupaciones reales que acosaban a Vincent de niño, de modo que no podía alejarse de ellas lo suficiente como para divertirse. Pero el hecho de que Albert hubiera intentado incluirlo en ese aspecto de la vida era una de las razones por las que había tolerado los muchos defectos de su hermano a lo largo de los años. Albert había intentado enseñarle. Vincent no había intentado realmente aprender.

Larissa lo vio de pie en la entrada de la casa y le ofreció una brillante sonrisa. Se quedó muy impresionado al verla tan increíblemente hermosa. Jonathan también vio aquella sonrisa y se quedó allí de pie fascinado. Thomas, al ver las reacciones de ambos hombres, puso los ojos en blanco. Evidentemente, estaba acostumbrado a que los hombres se comportasen como idiotas cuando estaban cerca de su hermana.

-No pensé que regresarías a tiempo para ayudarnos -dijo Larissa, indicando a Vincent con un gesto que se acercara.

El ni se movió.

-¿Ayudaros?

-Bueno, después de todo, en realidad es tu árbol. Nosotros simplemente estamos agregando nuestros adornos a los que tus sirvientes ya han hecho. Mira éste de tu cocinera refunfuñona.

Señaló una pequeña cuchara brillante que tenía un agujero perforado en un extremo para poder ser atada a una rama con una cinta brillante.

-Hasta se sonrojó al ponerla.

-Yo no tengo ningún adorno para poner -dijo Vincent.

-Hay muchísimos aquí, de modo que puedes elegir uno. Vamos, pon este ángel en la punta.

Había una silla colocada junto al árbol, para poder llegar a las ramas más altas. Vincent sencillamente no podía verse de pie sobre ella, y sin embargo se encontró avanzando. Pero era Larissa lo que ejercía la atracción, no el estúpido árbol, que le resultaba ridículo dentro de la casa.

Cogió un adorno de su mano y miró a la punta del árbol, que estaba a casi un metro sobre su cabeza. Se puso de pie sobre la silla. Ella se colocó detrás de él, sosteniendo el respaldo de la silla para mantenerla firme. Vincent bajó la vista, la miró y volvió a quedarse sorprendido. Parecía estar encantada. Era demasiado fácil hacerla feliz. Encontraba placer en cosas tan pequeñas.

Vincent colocó el ángel en la punta del árbol. Aparentemente, no demasiado bien, puesto que Larissa comenzó a decirle que lo intentara otra vez, y otra más. Hale empezó a bromear acerca de ángeles que en sus manos se convertían en ángeles caídos, pero afortunadamente Larissa no vio ningún doble sentido en lo que decía, aunque desde luego Vincent sí.

Finalmente ella aplaudió y exclamó:

-¡Perfecto!

Thomas, que se había colocado en el otro extremo del salón para verlo desde un ángulo diferente, dijo:

-Está torcido.

-Bah, no lo escuches, Vince, está hecho un gruñón.

-Torcido -replicó Hale.

-¿Lo ves? Decide la mayoría -dijo Thomas con una risita entre dientes.

-Todavía no tenéis la mayoría sin mi voto.-se escuchó decir Vincent.

-Pues bien, entonces ¿cuál es el veredicto? -preguntó el muchacho.

Vincent bajó de la silla, se paseó por el salón mirando el árbol desde diferentes ángulos, haciéndolos esperar mientras parecía pensárselo muy en serio. Finalmente se detuvo junto a Thomas y dijo:

-Está torcido. Arréglalo tú. Es evidente que yo no tengo el don para hacer esto. Levantó a Thomas para que enderezara el adorno, y eso fue exactamente lo que hizo éste.

En el otro extremo del salón, Larissa se reía a carcajadas.

-Ahora si que está torcido.

Esta vez su risa fue contagiosa. Vincent se descubrió a sí mismo uniéndose a ella con los demás y estaba asombradísimo de lo bien que se sentía. Después de eso se cruzó de brazos y los observó terminar de decorar el árbol, haciendo un comentario de vez en cuando, señalando algunos lugares vacíos en el árbol que podían llenarse.

Aún no podía terminar de creer que se había unido a un grupo y que realmente se sentía parte de él. Pero Larissa era la responsable de eso. No era que tuviera un don para tomar el mando de las situaciones, era más bien que la gente simplemente quería complacerla haciendo cualquier cosa que ella pidiera.

Vincent no podía *no* invitar a Hale a cenar después de su ayuda, por mucho que hubiese preferido no hacerlo. Mientras el muchacho había estado presente en el salón. Hale había sido el caballero perfecto, simplemente formaba parte del grupo. Pero ahora que Thomas había sido enviado de regreso a su cama, cada gesto de encanto del que Hale era capaz iba dirigido a Larissa.

Vincent estaba indignado. Hubiera dicho algo para advertirle a Jonathan que se retirara, pero Larissa estaba consiguiendo evadirlo tan bien, y la mayor parte del tiempo lo ignoraba o simplemente no comprendía algunas de las propuestas más sutiles que le lanzaba Hale. Y entonces se dio cuenta, después de un rato, de que no tenía nada de qué preocuparse.

De momento, y hasta que se enterara de la verdad, creía que estaba a punto de casarse, lo cual significaba que ignoraría cualquier ofrecimiento de parte de otros hombres. Sin embargo, debido a que Vincent todavía no le había pedido que se casase con él, no podía utilizar eso como excusa para rechazar las invitaciones de otros, y en cambio tenía que ser creativa con sus rechazos.

Estaba haciendo un trabajo admirable, para disgusto de Jonathan. Pero lo hacía de tal manera, que Hale no perdía las esperanzas, para disgusto de Vincent. Éste hubiera preferido que el vizconde se hubiera ido de su casa y no hubiera regresado nunca. No tendría suerte, pero estaba seguro. Se dio cuenta, cuando ella se negó a ir al teatro con Hale, quien parecía bastante decepcionado ante la negativa de Larissa. Vincent se preguntó si Larissa habría ido alguna vez al teatro, y lo dudó. Era solitaria, según le

habían dicho, y desconocida para la sociedad londinense. Su padre podía haberla llevado, pero acababa de cumplir la edad necesaria para Salir, y llevarla antes de eso hubiera sido algo inapropiado.

Decidió que cuando se reuniera con ella a solas más tarde esa misma noche la invitaría. Una pequeña cosa que podía darle mucho placer. Era lo menos que podía hacer, y además, podía distraerla de hacer preguntas relevantes que él mismo necesitaba seguir evitando.

18

Como distracción, invitar a Larissa al teatro, funcionaba de maravilla. Ella tenía intenciones de abordar el tema del matrimonio esa noche cuando Vincent se presentara en su habitación. A él le había resultado bastante evidente a juzgar por su nerviosismo. Y ella hasta comenzó a hacer la pregunta que él no quería escuchar.

Pero como la estaba esperando, porque era bastante consciente de que cuando estuvieran a solas sería la única oportunidad que podía tener ella para sacar cualquier tema de índole personal, no tardó en interrumpirla con su invitación. Y antes de que terminaran de discutir por qué él quería llevarla al teatro, ya la estaba besando. Y por supuesto, una vez que comenzaban, ya no había más pensamientos acerca de otra cosa que no fuera el placer que estaban a punto de experimentar.

La culpa seguía estando allí y molestándolo, pero no evitó que Vincent le hiciera el amor a Larissa otra vez esa noche. Eran unas ganas irrefrenables que pesaban mucho más que cualquier remordimiento que pudiera sentir en ese momento. Y su conciencia parecía alejarse de él una vez que cogía a Larissa entre sus brazos. Sería sólo más tarde, cuando ella ya no estuviera cerca de él, cuando la culpa comenzaría a invadirlo de nuevo.

Al día siguiente la ignoró hasta que llegó la hora de ir al teatro. Ella había asegurado que tenía ropas apropiadas para dicha salida, puesto que su guardarropa de la nueva temporada había sido confeccionado mucho antes de que ésta comenzara. Vincent la había advertido de que no llevara nada demasiado lujoso, y ella así lo hizo. Después de todo, la ropa determinaría a qué teatro irían, y había muchos para escoger, desde los establecimientos más apreciados por la alta sociedad londinense hasta los teatros de variedades más vulgares en los que uno podía encontrar hasta a un deshollinador haciendo cola para entrar.

Larissa hizo exactamente lo que él le pidió. Su traje de terciopelo rosado podía llevarse también durante el día, con su capa corta y adornada con pie! cubriendo el profundo escote. Pero cuando se quitaba la capa, el traje era de noche y demasiado elegante para un teatro frecuentado por la gente de clase más baja.

Uno de los sirvientes los acompañó. Vincent creyó que sería bueno llevar un acompañante. Evitaría que él pusiera sus manos sobre Larissa, que pareciera posesivo, que lo intentara en el carruaje de camino al barrio de los teatros, lo que hubiera sido una posibilidad indudable, teniendo en cuenta lo hermosa que estaba esa noche.

Sin embargo, resultó ser un error llevarla a cualquier sitio en el que pudiera ser *vista.* Ella lo disfrutaba inmensamente, sí, pero él podría haber encontrado alguna otra manera de divertirla.

Las consecuencias aparecieron a la mañana siguiente. No menos de siete jóvenes dandis se presentaron en su puerta para visitar a la joven belleza a la que habían visto con él la noche anterior. Y peor aún, él no estaba allí para echarlos, pues había ido al parque a dar su paseo matutino. Para cuando regresó a casa, Larissa estaba muy ocupada en su salón, junto al árbol de Navidad. Y el desfile de jóvenes siguió durante toda la tarde con otros cinco caballeros más.

Sólo lo consolaba el hecho de que Larissa seguía rechazando todas las invitaciones. Sin embargo, cuánto más duraría eso, teniendo en cuenta que ella no tenía aún ningún compromiso verbal de su parte, era la pregunta con la que tenía que enfrentarse.

Simplemente la tenía de prestado. Cuando apareciera su padre, ya no le pertenecería más. Y a diferencia de ella, él no esperaba que eso tardara mucho más de unos días en suceder. Y ésa era la única razón por la que sus últimas tácticas de evasión iban a funcionar. Su pregunta no podía ser aplazada indefinidamente, puesto que era demasiado importante para ella obtener una respuesta. Y él estaba seguro de que a Larissa le hubiera gustado poder decirles oficialmente a los nuevos admiradores:

-Estoy comprometida, dejadme en paz.

-Cuando lord Hale apareció esa misma noche, ya había escuchado hablar de la salida al teatro. No era sorprendente que estuviera molesto con Vincent por haber presentado a Larissa a la alta sociedad de la ciudad.

Jonathan incluso llegó a acusarlo:

-Ya le has pedido que se case contigo y ella ha aceptado, ¿no es cierto? Simplemente estás esperando que su padre regrese a Inglaterra para convertirlo en algo oficial. Admítelo, Vincent. No estoy haciendo más que perder el tiempo aquí, ¿verdad?

-Bueno, dime por favor, ¿acaso tiene que ver una cosa con la otra? -preguntó Vincent.

-No podrías sentirte cómodo presumiendo de ella, a menos que ya hayas logrado que se entregara a ti. ¿O vas a intentar decirme que no sabías que tendrías a todo el mundo tocando a tu puerta después de que la vieran? Te conozco lo suficiente como para saber que no te gusta recibir visitas aquí. De modo que qué debería suponer, ¿eh? Que no pudiste resistir la tentación de lucirla, tal como yo había planeado hacer *después* de conseguir que se entregara a mí. No soy tan tonto como para hacerlo de antemano, ni tú tampoco.

Vincent apenas pudo contener la risa. ¿Acaso debía confesar ser el tonto que Hale acababa de describir? Realmente no había pensado en las repercusiones que tendría sacar a Larissa de paseo una noche. Había querido distraerla. Había querido que se divirtiera, nada más. Claro que había intentado evitar a la alta sociedad yendo a un teatro menos prestigioso, pero únicamente para no tener que eludir preguntas sobre ella de parte de conocidos con los que pudieran encontrarse. Por supuesto, le había salido el tiro por la culata, debido a que la obra en cuestión había recibido excelentes críticas, de las que él no estaba al tanto, y que constituía seguramente una atracción para la gente que solía frecuentar los teatros, incluyendo a los de su círculo social. Pero claro, a diferencia de Hale, él no esperaba casarse con Larissa, y por tanto no se preocupó en evitar que otros hombres la vieran.

Se habían reunido en el salón después de la cena. Larissa acababa de excusarse y se retiraba. Había sido un día agotador para ella, aparentemente, con tantos admiradores.

Fue evidente que Hale se desilusionó mucho al ver que se retiraba. Aquel día había llegado tarde, de manera que no tuvo mucho tiempo para pasar con ella. Eso justificaba la mitad de su malestar.

-Creo que ya te he mencionado que no tengo planes de casarme con Larissa ni con ninguna otra mujer -dijo Vincent.

-Pero tienes ojos. La muchacha es casi imposible de resistir.

-Tonterías -sostuvo Vincent, y hasta consiguió poner cara de sinceridad cuando lo decía-. Es hermosa, sí, pero yo no tengo deseos de complicarme la vida con una esposa.

-Alguna vez tendrás que casarte.

-¿Por qué? Tú tampoco tenías esos planes, antes de conocer a Larissa. Y yo tampoco necesito un heredero.

-Tienes un título que conferir -señaló Jonathan.

-Mi título puede pudrirse. No tengo nada que me importe para dejarle a nadie.

-Eso no es normal, Vincent.

Éste se encogió de hombros para demostrar lo poco que le importaba la normalidad, aunque agregó:

-Además, esto es redundante. No le he pedido a la muchacha que se case conmigo, ni tampoco lo haré. Y en cuanto tu preocupación por haberla llevado al teatro, ¿no se te ocurrió que simplemente hubiera querido distraer a la muchacha de sus problemas? ¿No te has dado cuenta de que el hecho de que su padre aún no haya regresado está haciéndola asumir lo peor? Y además, creí que estaba llevándola a una obra que no sería frecuentada por nuestra clase social. Fue mala suene haber escogido una obra tan buena de la que todo el mundo había oído hablar.

-¿Su padre podría estar muerto?

Seguramente Jonathan había conjeturado esa posibilidad y ya estaba pensando en cómo utilizar provechosamente esa información en su campaña para ganarse a Larissa.

-Es muy poco probable.

-Pero ¿es posible?

-Todo es posible, por supuesto. Pero es más probable que se presente esta misma semana, que haga un esfuerzo para resolver cualquier problema que lo haya retenido. Después de todo, querrá estar en casa para pasar las Navidades con su familia. Por desgracia, a Larissa se la ha metido en la cabeza que ha sucedido algo terrible, y una vez que el miedo entra en el cuerpo, es difícil sacarlo de allí. He intentado convencerla de que no tiene por qué ser así, pero he tenido poca suerte. Por eso intenté distraerla.

Jonathan frunció el ceño.

-Esconde muy bien esa preocupación. ¿Cómo lo has descubierto tú?

-Verla echarse a llorar cuando hablábamos de su padre fue una pista bastante buena -dijo Vincent secamente-

-Yo estaría bastante feliz de poder ser quien se encargue de distraerla. No hay motivo para que te molestes, teniendo en cuenta que ella no significa nada para ti. Y ya has hecho demasiado permitiendo que la muchacha y su hermano se queden aquí, en tu

residencia, hasta que su padre regrese. Lo cual me recuerda- ¿por qué razón los desahuciaste de su casa?

Jonathan estaba traspasando los límites de su relación al hacer preguntas que no le incumbían. Lo sabia, por supuesto. Su ligero rubor así lo demostró. Pero sin embargo no iba a retractarse de su pregunta, porque su interés por Larissa naturalmente requería toda la información que pudiera conseguir sobre ella, y sin duda esperaba que Vincent se diera cuenta de eso y se la ofreciera.

Este suspiró. No era su costumbre mentir, pero parecía estar haciéndolo mucho desde que conociera a Larissa. Y después de haberle asegurado a Jonathan que no tenía ningún interés en la muchacha, no podía decirle al vizconde que la había metido en su casa para poder seducirla, ni que su objetivo era arruinar el buen nombre de su familia. Ésa sería una información que Hale estaría encantado de compartir con Larissa, aunque por ninguna otra razón que la de esperar que ella le estuviera agradecida.

De modo que se sorprendió siguiendo con la mentira que ya le había contado a ella.

-Fue una decisión de negocios que se tomó antes de que fuera consciente de que George Ascot no estaba en el país y por lo tanto no estaba disponible para mudar a su familia a otro sitio. Cuando me enteré de que sus hijos se quedarían en la calle y sin nadie que les aconsejara, los traje aquí para que esperaran el regreso de su padre.

-Ah, bueno, me alegra escuchar que no eres totalmente inhumano -dijo Jonathan.

Vincent frunció el ceño; luego comentó:

-No es que diga que admito tener un gran corazón con respecto a ese tema, pero ¿qué tienen de inhumanas mis acciones?

-Hablo de desahuciarlos durante las fiestas -le aclaró Jonathan-. Eso es un poco duro.

-Bah, ¿pero qué tienen que ver las fiestas con llevar a cabo los negocios como siempre? -preguntó Vincent.

Jonathan parpadeó.

-Bueno, de hecho, nada, ahora que lo dices. Es simplemente que estas fiestas en particular son sinónimo de generosidad y buena voluntad.

-Lo siento, pero a diferencia de ti, yo no tengo sentimentalismos con respecto a estas fiestas, ni nociones preconcebidas sobre ellas. Para mí es simplemente un día más.

-Vaya, eso si que es triste, Vincent.

-¿Por qué?

-Porque evidentemente nunca has experimentado la alegría y el entusiasmo que vienen con la generosidad y con la buena voluntad. Es bastante inspirador, si me permites decirlo, los enemigos convocan una tregua. Los vecinos recuerdan que tienen vecinos. Encuentras alegría y buenos deseos en cualquier sitio al que vas. No puedes decir que nunca has experimentado nada de eso.

Vincent se encogió de hombros.

-No que yo lo recuerde.

-Maldita sea, creí que eras inglés -dijo Jonathan refunfuñando, lo cual hizo que Vincent se echara a reír y el vizconde le preguntara-: ¿Qué te resulta tan gracioso?

-Simplemente que Larissa dijo exactamente lo mismo, cuando mencioné que nunca antes había tenido un árbol de Navidad.

-¿De modo que éste que está aquí y que *tú* ayudaste a decorar es únicamente para ella? -exclamó Jonathan y, antes de recibir su respuesta, agregó-: Para ser alguien que nunca ha experimentado la generosidad de esta época del año, estás siendo bastante generoso en lo que se refiere a esa jovencita. Entonces, permíteme un consejo. Puede que quieras moderar un poco esa generosidad, o de lo contrario Larissa creerá que estás interesado en ella, cuando, como tú dices, no lo estás.

19

Las suposiciones solían atenuar las dudas, pero también se desmoronaban cuando duraban demasiado tiempo. Ese era el caso de Larissa. Ya había pasado más de una semana desde la noche en que sucumbiera a la tentación, cuando finalmente tuvo que concluir que si Vincent tenía pensado pedirle que se casara con él, ya lo hubiera hecho. Lo cual significaba que no iba a hacerlo.

Aunque parezca mentira, no se sintió desolada por esa conclusión. Él no había roto ninguna promesa que le hubiera hecho. No la había engañado de ninguna manera. Ella misma lo había hecho con sus tontas suposiciones. Ambos habían sido víctimas de la poderosa atracción que había entre ellos. Los resultados finales sencillamente no eran los mismos para los dos. Larissa por supuesto había pensado en el matrimonio, puesto que en el fondo era una romántica, mientras que todo parecía indicar que Vincent simplemente disfrutaba del placer en donde fuera que lo encontrara. No podía culparlo por eso. Supuso que para él era tan natural hacerlo como para ella haber esperado más.

Pensó que si no hubiera estado llorando ya por lo de su padre y por lo que su ausencia significaba, le hubiera afectado mucho más el hecho de que él no quisiera tener una relación permanente con ella. Irónicamente, sabía que tenía que agradecerle a Vincent que mantuviera su mente alejada de ese dolor.

Vincent entraba en su habitación noche tras noche. Sus relaciones se habían convertido en adictivas. Cada noche, ella había esperado sus caricias con jadeante expectación. Y cada una de esas noches él le había ofrecido ventajas de las que seguramente no era consciente, porque cuando estaban juntos, únicamente pensaba en él, pero cuando no lo estaban, su dolor volvía a aparecer.

Tampoco había podido esconderle más esta preocupación a su astuto hermano. Y ésa era la razón por la que Thomas ya no le preguntaba cuándo regresaría su padre. Y lo había sorprendido llorando el día que finalmente se dio cuenta de que su padre no iba a regresar. Pero por medio de un acuerdo silencioso, decidieron no hablar del tema de momento.

De modo que tenía mucho que agradecerle a Vincent, no sólo por haberles dado un hogar para pasar las Navidades, sino también por sus muchas y variadas distracciones cuando de lo contrario ella se hubiera revolcado en total desesperación.

Aún así, la noche anterior al día de Navidad cerró la puerta con llave. Probablemente le estuviera agradecida a Vincent, pero no podía seguir teniendo una relación tan íntima con él, ahora que sabía que eso era todo lo que él quería de ella.

Sin embargo no era fácil, aunque debería haberlo sido. Después de todo, ella era insensible con respecto a las conclusiones que había sacado. Aquella noche Vincent apareció como siempre, y dijo su nombre suavemente desde el otro lado de la puerta cerrada, pero ella no respondió. Sabía que tenía que intentar engañarse a sí misma otra vez, porque el hecho de que él no se preocupara por ella tanto como esperaba, le estaba doliendo más de lo que había pensado.

Las lágrimas que empaparon su almohada esa noche eran por lo que podía haber sido...

Pensando en Thomas, Larissa llevaba una expresión radiante y alegre en su rostro cuando lo despertó y lo llevó casi a rastras hasta el salón para que abriera los regalos, que había comprado y escondido hacía ya muchos meses. Thomas también había colocado algunos regalos para Larissa debajo del árbol, sin que ésta se diera cuenta, unas tallas que había hecho él mismo, y también algunas para Mará y para Mary, quienes se reunieron con ellos para disfrutar del momento de abrir los regalos.

Por supuesto, no era una Navidad normal. No estaban en su casa y ni siquiera era suyo el árbol bajo el que habían puesto los regalos. Pero eso no tenía nada que ver con la generosidad. Después de todo, la Navidad no se trataba de un lugar; para ellos tenía que ver con la familia, con compartir y con el amor. Y justamente aquello era lo que no era normal, puesto que no eran una familia completa reunida en un día tan tradicional.

Mará y Mary les ayudaban a olvidar, alabando las cada vez mejores habilidades de Thomas, que mejoraban cada año, y las pequeñas baratijas que Larissa les había regalado, que afortunadamente había comprado antes de que se acabara el dinero. Sin embargo, Mary, aunque lo intentó, le fue difícil quedarse durante mucho tiempo, estaba ansiosa por meterse en la cocina, y ése era sobre todo el verdadero regalo que le había hecho Larissa, haber hablado con la cocinera de Vincent para que le dejara a Mary cocinar el pavo de Navidad para la cena.

Larissa tampoco se preocupó porque Thomas se excitara demasiado, como solía hacer durante las Navidades, aunque sí lo hubiera hecho una semana atrás. Pero por fin se había recuperado de su enfermedad, gracias a Dios, y aunque todavía no estaba con todas sus energías, volvía a tener su habitual optimismo.

-¿Puedo hablar un momento a solas con tu hermana, Thomas?

Vincent estaba en la puerta de entrada al salón. Parecía estar indeciso sobre si entrar o no. Thomas, a quien iba dirigida la pregunta, no miró hacia la puerta y no reveló ninguna inflexión en la voz cuando respondió:

-No si vas a hacerla llorar otra vez.

-¿Cómo dices?

Ahora estaba rígido.

-Mi hermana tiene los ojos todos colorados...

-¡Thomas, cállate! -interrumpió Larissa, para entonces completamente avergonzada-. Eso no tiene nada que ver con él -agregó, y se ruborizó un poco más por la mentira que acababa de decir-. Por favor, coge tus nuevos soldados y sube a tu habitación. No tardaré en venir a hacerte compañía.

Thomas la miró indignado revelando que sabía muy bien que estaba mintiendo. Pero Mará, mucho más discreta, lo ayudó a recoger sus nuevos soldados de madera y sus libros, y lo sacó del salón medio empujándolo, medio arrastrándolo.

Vincent no era tan astuto, o había decidido no serlo, pues en cuanto se quedaron a solas, dijo;

-¿Estás llorando otra vez por lo de tu padre?

-No.

Ahora fue él quien se sonrojó. Pues, si no quería que le contestara la verdad, no le debería haber hecho aquella pregunta. Y Larissa no se compadecía en absoluto de él. Ya era hora de que hablaran con sinceridad. Vincent había evitado o eludido repetidamente sus preguntas cuando se encontraban solos por la noche, y durante el día resultaba francamente difícil hallar la oportunidad de hablar de nada personal con tantos sirvientes siempre a su alrededor. Pero por una vez estaban solos, y él no la estaba besando para distraerla ni la estaba anulando con comentarios tontos hasta poder besarla otra vez y volver a distraerla. De hecho, por una vez, era él quien tenía preguntas que hacer.

-¿Por qué no quisiste responderme anoche?

-Probablemente por la misma razón por la que tú nunca me respondes -contestó Larissa.

-¿De qué estás hablando?

Ella le sonrió tristemente.

-Vamos, Vincent, la terquedad no te sienta bien. Cada vez que comienzo a mencionar la palabra matrimonio en tu presencia, tú saltas a otro tema con tanta rapidez que ni siquiera tengo tiempo de parpadear. Muy bien, de modo que el tema del matrimonio es uno que nunca discutiremos. Y ahora que he llegado a esa conclusión, ¿no te parece que es bastante evidente que ésa es la razón por la que mí puerta permanecerá cerrada de ahora en adelante?

Vincent frunció el ceño. Comenzó a acercarse a Larissa. Esta levantó rápidamente una mano, incluso dio algunos pasos hacia atrás. Dejar que él la tocara era algo totalmente impensable, no porque ahora estuviera claro que él no tenía intenciones de pedirle matrimonio, sino porque ella era demasiado maleable en sus brazos. Pero Dios mío, ¿por qué lo que ahora sabía no hacía desaparecer el deseo que sentía por él? Debía despreciarlo otra vez. No debía estar deseando fervientemente que él lo negara y le asegurara que sí, que por supuesto se casarían.

-Realmente no quieres hacernos esto, ¿no es cierto, Larissa?

Ahora venían sus tácticas, y tenía muchas que sabía funcionarían, incluyendo ese tono ronco de voz que acababa de utilizar. ¿Cómo lo iba a hacer para resistirse?

-Yo no quiero, eres tú el que quiere. Sí seguimos como hasta ahora, o si nos decimos adiós hoy, depende solamente de ti. Yo sólo puedo escuchar a mi corazón.

-Tu corazón no te está diciendo que no me dejes entrar en él.

No, desde luego que no. No se había dado cuenta de que se había enamorado profundamente de él. Todo había comenzado pensando que sería bonito casarse con él. No había pensado por qué sería tan bonito. Pero todas las pequeñas cosas que conocía de él la habían alcanzado, primero a su compasión, luego a su corazón. La abrumadora atracción que sentía por Vincent era simplemente cuestión aparte o una maldición. Intentó señalar lo que él no parecía poder ver.

-La tentación es una fascinación de lo prohibido. Y por supuesto, tú me estás prohibido. El deseo no tiene nada que ver. Si fuera por mí, si no fuera responsable de otras personas, entonces no me importaría tanto. Pero ahora tengo que hacerme cargo de un hermano menor y de mí. Y le enseñaré las cosas con m¡ ejemplo, tal como lo hubiera hecho mi padre, para que tome el camino correcto.

-Tu padre no hubiera sido un buen... Da igual. Se interrumpió. Pasó una mano por su melena negra. Su frustración era evidente e iba en aumento. ¿O era furia? Con Vincent era difícil saberlo, pues mostraba sus emociones en tan pocas ocasiones, salvo la pasión.

Larissa no dudó ni un instante de que a Vincent le gustaba la relación que tenían hasta entonces, y que quería que continuase. La emoción que demostraba era porque no quería que ella terminara aquella relación. Pero no tenía otra opción. Probablemente él se preocupara por ella, pero no lo suficiente como para convertirla en parte permanente de su vida. ¿Y eso qué le dejaba? ¿Qué había previsto Vincent para ella? ¿Qué fuera su amante, teniendo en cuenta que su educación sencillamente no se lo permitiría? ¿O sólo deseaba tener una breve aventura amorosa que estaba terminando antes de lo que esperaba?

Larissa también empezaba a sentir algo de frustración, lo que realmente era de agradecer. Cualquier cosa que la distrajera de aquel dolor que le apretaba el corazón.

-Vincent, no sé qué es lo que quieres de mí. ¿Tú acaso lo sabes?

-Sé que no quiero que me dejes.

-Lo único que puede asegurarte eso es el matrimonio.

-Demonios -exclamó él-. No *puedo* casarme contigo.

Ella frunció el ceño.

-¿Por qué no?

-Por tu padre.

Ahora estaba confundida, y alarmada.

-¿Qué sucede con mi padre?

-Hay cosas que no sabes.

-¡Entonces dímelas!

-Tú lo veneras, Larissa -respondió Vincent-. Es mejor que no lo sepas.

Se puso pálida, sacando una vez más sus propias conclusiones-

-Está muerto, ¿verdad? Y tú lo has sabido todo el tiempo. Has recibido pruebas...

-No -Esta vez se abalanzó sobre ella enseguida, antes de que pudiera alejarse, pero sólo la cogió por los hombros. La sacudió una vez-. No, no es nada de eso. Oh, maldita sea, ya no vale la pena seguir con este asunto. *Tú* eres más importante. Pero tu padre simplemente ha sido retenido. No hay razón alguna para asumir lo peor. De hecho, no me sorprendería que apareciera hoy mismo en mi puerta...

El golpe en la puerta de entrada de la casa fue demasiado estruendoso como para no escucharlo, y demasiado profético como para no afectar a Larissa. Se quedó completamente inmóvil. Aguantó la respiración con optimista expectación, pero era demasiada la que sentía como para simplemente esperar.

Escapó de los brazos de Vincent, al que escuchó suspirar, pero lo ignoró. Corrió hasta la puerta abierta del salón y miró fijamente al mayordomo mientras se daba prisa para enfrentarse al ruidoso visitante.

-No quise decir que se presentaría literalmente en este momento, Larissa -dijo Vincent detrás de ella con una voz que ya estaba comenzando a revelar compasión.

Ella lo ignoró una vez más, no quería escuchar más negativas. Esta era su *ultima* esperanza. Dios mío, haz que sea su padre, pensó Vincent. Nunca pediría otra cosa, nunca...

No era su padre. Era un hombre grande y fornido que estaba allí de pie, preguntando si allí vivía el barón Windsmoor. Larissa no escuchó nada más después de eso. Comenzó a sentir un zumbido en los oídos. Se le nubló la vista. Se dio cuenta de que estaba a punto de desmayarse y casi se echa a reír, porque se creía alguien más fuerte. ¿No es cierto? Probablemente había aguantado la respiración durante demasiado tiempo...

Vincent la cogió antes de que sus piernas se doblaran completamente. Larissa escuchó decir su nombre, alguien intentaba mantenerla allí mientras su mente insistía en alejarse.

Sonaba como su padre. Ahora debía ser su mente que le estaba jugando una mala pasada. El le pidió que abriera los ojos. No, no quería hacerlo. No más desilusiones. Ya había tenido demasiadas.

-Rissa, por favor, mírame.

Vincent nunca la había llamado Rissa. Abrió los ojos, y luego se olvidó otra vez de respirar.

-¿Padre? -preguntó casi en un susurro-. ¿Realmente eres tú?

Como respuesta, recibió un abrazo que le resultó muy familiar, un abrazo cálido, de consuelo y amor, que le decía que ahora todo estaría bien, un abrazo del que había dependido durante toda su vida. Era él. Oh, Dios mío, era él, estaba vivo, y en casa, y vivo, vivo...

Se vio asfixiada por grandes sollozos llenos de emoción. No pudo evitarlos. Sus plegarias habían sido escuchadas. La época de los milagros le había dado uno a ella.

20

-¿Por qué están mis hijos aquí?

Fue lo primero que le dijo George Ascot a Vincent en cuanto se quedaron a solas. Era un hombre corpulento de mediana edad. Su cabellera marrón tenía algunos cabellos grises en las sienes; la barba bien cortada tenía muchos más. Sorprendentemente, sus ojos tenían exactamente el mismo matiz de azul verdoso que los de Larissa, con esa misma calidez indicativa de una naturaleza compasiva, aunque en su caso falsa, por supuesto.

Vincent se había quedado allí en silencio, observando la lacrimosa reunión, siendo testigo del amor y la ternura que salían del padre hacia la hija, lo que lo había sorprendido un poco. Pero ¿qué había esperado? Únicamente porque el hombre fuera cruel con sus competidores no significaba que no pudiera amar a su familia. Hasta un diablo podía amar a sus hijos si los tenía y no por eso ser menos diablo, supuso Vincent.

Larissa no debió haberlos dejado solos. Había terminado de llorar, y finalmente de reír, y había corrido escaleras arriba para buscar a su hermano y darle la buena noticia. Ni siquiera preguntó todavía qué había demorado a su padre. Aparentemente no era muy importante para ella, ahora que estaba sano y salvo, y en casa. Vincent podría haberle ofrecido excusas al hombre. También podría haber reparado las cosas. Si ella no los hubiera dejado a solas, probablemente lo hubiera hecho, porque ya había decidido que

no valía la pena perder a Larissa por esa venganza. Un descubrimiento asombroso del que ella acababa de hacerlo consciente. Pero al encontrarse allí en el vestíbulo frente al hombre responsable de la muerte de su hermano, los sentimientos regresaron y toda la historia comenzó de nuevo. Y desafortunadamente, esos sentimientos gobernaron su respuesta.

-Usted los dejó sin medios y sin nadie que los aconsejara; no tenían ningún otro sitio adonde ir -respondió Vincent.

George hubiera tenido que ser sordo para no escuchar la indignación detrás de esas palabras, y a pesar de que todavía no la comprendía, aun así se ofendió, respondiéndole bruscamente:

-Rissa tiene fondos suficientes para los gastos de la casa.

-¿Teniendo en cuenta que había acreedores aterrorizados acosándola para que saldara sus deudas?

-¿Aterrorizados? Pero ¿por qué demonios...?

-¿Quizá por los rumores que decían que sus negocios sucios lo llevaron a la ruina financiera?

-¡Eso es absurdo!

Vincent se encogió de hombros, no estaba nada impresionado por la cara enrojecida de indignación de George.

-Usted no estaba aquí para demostrar lo contrario, ¿no es cierto? De hecho, su prolongada ausencia no hizo más que confirmar y fortalecer las sospechas de que no tenía planeado regresar a Inglaterra.

-¡Pero si mi familia seguía estando aquí! ¡Nadie con dos dedos de frente sacaría la conclusión de que yo la abandonaría!

-Alguien sin ética no se preocuparía por tirar a su familia a los lobos. Sucede muchas veces. Además, ¿cómo iban a saber sus acreedores que su familia no estaba ya haciendo planes para abandonar también Inglaterra?

La indignación de George se intensificó aún más en su rostro.

-Suena como si creyera en esos ridículos rumores.

-Tal vez sea porque los creo.

-¿Por qué? Usted ni siquiera me conoce.

-¿Ah no? ¿No se fijó en mi nombre antes de enviar a su chofer a golpear mi puerta?

En ese momento George frunció el ceño, explicándose.

-Llego a mi casa y descubro que mi familia no está allí, ni mis muebles, ni nada. Mis vecinos me informan que por lo menos puedo encontrar a mi familia en la residencia del barón Windsmoor y me dan la dirección que les dejó Rissa. No, en realidad, lo único que recibí fue su título antes de venir aquí a toda prisa. ¿Acaso su nombre es relevante? ¿Quién es usted, señor?

-Vincent Everett.

-Dios mío, ¿no estará usted relacionado con ese sinvergüenza de Albert Everett, verdad?

Ahora fue Vincent quien se puso rígido.

-Mi hermano, quien ha fallecido.

-¿Está muerto? -preguntó George sorprendido-. Lo siento, no lo sabía.

-No sea hipócrita, señor Ascot -dijo Vincent con indignación-. -Las condolencias del hombre que lo llevó a la muerte sencillamente no suenan demasiado sinceras.

-¡Que lo llevé a...! -George ahogó un grito-. ¿De qué locura está usted hablando ahora?

-¿De modo que ahora va a decir que es inocente? Muy bien, entonces permítame que le refresque la memoria. Albert utilizó lo poco que le quedaba de su herencia para comenzar un negocio con el que pudiera mantenerse. Desafortunadamente, escogió su línea de negocio, y usted se las arregló para demostrarle que la nueva competencia no era bienvenida.

-Eso no es...

-Déjeme terminar -le interrumpió Vincent-. Usted socavó sus esfuerzos siempre que tuvo la oportunidad, hizo que su capitán tuviera que pagar más caros todas tas mercancías que comprara, de modo que nunca podía esperar obtener beneficios de ellas. Usted se aseguró de que su negocio quebrara, y eso fue exactamente lo que sucedió. Usted aplastó completamente a mi hermano, y tanto fue así que prefirió suicidarse antes que admitir ante mí que lo había perdido todo. ¿No habrá pensado realmente que su familia lo dejaría salir impune de todo eso, no es cierto, Ascot?

La indignación había desaparecido. Ahora el padre de Larissa tenía el rostro colorado de furia, aunque su voz consiguió permanecer serena mientras respondía:

-Creo que tiene la información un poco equivocada, señor. Si el negocio de su hermano fracasó, fue porque él estaba comprando mercancías, *mis* mercancías, ya contratadas por mí, a precios excesivamente altos, de modo que era incapaz de

venderlas a un precio ni siquiera cercano al necesario para sacar alguna ganancia de la inversión. Yo había asumido que tenía un suministro de fondos ilimitado que le permitía hacer una cosa así, y ésa es la razón por la que renuncié a intentar recuperar los mercados que él me estaba robando, y viajé hacia el Oeste para encontrar nuevos mercados. No sabía nada de que había fracasado, de lo contrario no me hubiera ido de aquí.

-¿Está usted diciendo que Albert intentó llevarlo a la ruina, y en el intento se arruinó él mismo?

-Exacto.

-Eso sí que es conveniente, estará usted de acuerdo, una afirmación muy fácil de hacer teniendo en cuenta que se habla de un hombre que no puede dar un paso hacia delante y defenderse, porque está muerto.

-La verdad no siempre es fácil de soportar, señor, aunque generalmente puede ser verificada. Simplemente tiene que interrogar a mis capitanes, o quizás a los comerciantes involucrados, quienes ignoraron los contratos que tenían firmados conmigo para obtener ganancias rápidas con su hermano. Esos cargamentos no estaban en venta como usted mencionó, ya tenían precio acordado. O quizá pueda interrogar a los capitanes de su hermano, quienes podrán decirle que sus órdenes eran obtener mercancías a cualquier precio. Ahora bien, si sus capitanes actuaron por su cuenta o bajo sus órdenes, los resultados fueron tos mismos. Siempre siguieron a mis barcos, apareciendo exactamente en los mismos puertos.

-¿De modo que ahora le echará toda la culpa a sus capitanes? —dijo Vincent.

George suspiró.

-De hecho, le echo la culpa a quien corresponde, a su hermano. Hablé con él antes de irme de Inglaterra, para intentar averiguar por qué estaba desperdiciando tanto dinero en tácticas sucias, en lugar de poner un poco de esfuerzo en encontrar nuevos mercados en donde hubiera podido obtener buenas ganancias fácilmente. Para ser justo, me pareció que era un hombre que sencillamente no sabía lo que estaba haciendo, pero era demasiado orgulloso como para admitirlo. Irónicamente, sus tácticas hubieran funcionado si hubiera tenido dinero suficiente para seguir con ellas. Pero era evidente que no tenía tanto, y entonces se arruinó a sí mismo y casi me arruina a mí en el proceso.

Vincent sacudió la cabeza.

-¿Realmente piensa que le creeré a usted antes que a mi hermano? Conozco sus defectos, y él nunca los ha negado, así como tampoco sus errores. ¿Entonces por qué mentiría en este caso? Él me aseguró que usted, concretamente usted, lo llevó a la ruina.

-No puedo imaginarme por qué me eligió a mí como culpable, y supongo que nunca lo sabré, puesto que está muerto. Pero evidentemente estoy perdiendo el tiempo declarando ante usted mi inocencia, ya que se niega a ver más allá de los hechos que le han contado. Que así sea, pues. Pero si cree todo eso, ¿por qué ayudó entonces a mi familia?

-¿Qué le hace pensar que les he ayudado?

George se quedó inmóvil. Fue el tono de su voz lo que lo asustó.

-¿Qué ha hecho?

Vincent no respondió. El momento estaba cerca, el momento por el que tanto había trabajado, cuando todo lo que tenía que decir era: «Le he pagado con la misma moneda», y no podía decirlo.

No podía seguir con todo aquello. No porque creyera a Ascot, pues no le creía. Pero él era tan culpable como Ascot de la muerte de su hermano. No había sido él quien había tirado de las cuerdas que habían llevado a Albert a tomar esa terrible decisión, sino Ascot, pero tampoco había hecho nada para evitarla. No lo había reconocido nunca antes, simplemente había visto en esa venganza algo así como su deber. Pero él también tenía su parte de culpa por no haberle prestado más atención a su hermano, por no haber podido desarrollar una relación en la que Albert no hubiera ni siquiera dudado en confesar su peor fracaso ante Vincent, en lugar de abandonar todas las esperanzas y matarse.

Sus padres habían mimado y consentido tanto a Albert que éste no pudo mantenerse solo después de su muerte. Necesitaba ayuda constante. Cuando al morir sus padres eso se cortó abruptamente, Albert se sintió indefenso. Vincent pudo haberlo ayudado, pudo haberlo apartado gradualmente de su dependencia, o al menos intentar infundir en él un poco de confianza en sí mismo. Pero en cambio aunque había observado los defectos de Albert con indignación, no hizo nada para ayudar a su hermano a superarlos.

-Le repito mi pregunta: ¿qué ha hecho?

-Nada que no pueda ser rec...

-Después de habérselas arreglado de alguna manera para comprar nuestra casa, nos echó de ella para que no tuviéramos ningún sitio adonde ir -dijo Larissa desde lo

alto de las escaleras con voz apagada-. Luego nos trajo aquí para poder seducirme sin ninguna intención de casarse conmigo, lo que consiguió con bastante facilidad. Se aprovechó completamente de mi vulnerabilidad al pensar que tú estabas muerto, padre. Utilizó mi pena en su favor, porque yo necesitaba distraerme de ella, y eso es lo que fue; de hecho, él fue la distracción.

Larissa miraba fijamente a Vincent sin expresión alguna en el rostro, como si algo hubiera aspirado todos los sentimientos de su interior, o como si ya no tuviera espacio para ninguno más. Su hermano estaba de pie junto a ella, clavándole puñales con la mirada a Vincent mientras la tomaba de la mano para ofrecerle consuelo. El niño percibía su dolor aunque no lo demostrara.

¿Lo habían escuchado todo? Sí, seguramente sí, para que ella sacase una conclusión tan precisa. Pero a diferencia de él, por supuesto, creían a su padre sin cuestionarse en absoluto que hubiera hecho nada malo. Y Albert no estaba allí para demostrar lo contrario, nunca lo estaría. No era que importara demasiado; ellos seguirían creyendo a su padre, a pesar de que había sido Albert quien había quedado arruinado, no Ascot. ¿Y si Ascot estaba diciendo la verdad? No, no era posible, y además, si Albert se había equivocado, entonces Vincent también se había equivocado al buscar una venganza en su nombre. Ese pensamiento no le sentó para nada bien, de hecho, realmente lo puso enfermo, pero sin embargo eso no era peor que lo que estaba sintiendo en ese momento, al mirar a Larissa. Un terror tan absoluto. Se sentía como si acabara de perder la cosa más valiosa de su vida, y eso era exactamente lo que había ocurrido, había perdido su respeto, su compasión, su amor. Tenía que continuar con su venganza, por su hermano, pero no podía hacerlo, por ella. Pero sin embargo iba a sufrir las consecuencias de una manera u otra. Aunque enmendara todo lo que había hecho, eso no cambiaría en absoluto las cosas con Larissa. Había buscado un castigo merecido para el hombre que ella veía como inocente, y la había utilizado para conseguirlo. Nunca lo perdonaría por eso. Ni siquiera si conseguía convencerla de que su padre era el verdadero culpable. No era que pudiera hacerlo, teniendo en cuenta que la única prueba que tenía era la carta de Albert, y ella podía alegar que era falsa.

Sin embargo, tenía que intentarlo. El miedo que lo invadía por haberla perdido era imposible de soportar.

Entonces dijo:

-Hay una carta que al menos explicará mis acciones...

-No dudo de que tuvieras buenas razones para hacer lo que hiciste —le interrumpió ella-. ¿Ésa es una excusa por haberle hecho daño a una inocente para conseguir tu objetivo?

-preguntó ella.

-No. -se vio obligado a responder Vincent-. No, el objetivo se convirtió simplemente en una excusa, una vez que te conocí.

Larissa se sonrojó. Vincent sabía que ella entendería que su seducción había sido una cuestión personal, que en realidad no había tenido nada que ver con la venganza. Aún así intuía que eso no cambiaría nada. Y tampoco le permitieron dar más explicaciones. Para entonces su padre se había recuperado del estado de conmoción en que quedó al escuchar aquellas palabras en boca de su hija. Fue bastante sincero en su reacción.

No exigió matrimonio, simplemente lanzó un furioso puñetazo que cogió a Vincent por sorpresa. Cuando éste volvió en sí los Ascot ya se habían ido.

21

-¿Al irse no se llevó sus adornos de Navidad? Me pregunto por qué, sabiendo que tenían tanto valor sentimental para ella.

Vincent no respondió a las palabras de Jonathan Hale, ni percibió su presencia. No quería ninguna clase de compañía, pero no había pensado en decirle a su mayordomo que ese día no recibiría visitas. Había estado sentado allí en el salón, solo, mirando fijamente el árbol de Navidad de Larissa y recordando el día que lo adornaron, cómo se había divertido, la risa...

Ese día se había sentido parte de algo, en lugar del desconocido que siempre mira desde afuera, que era la situación en la que generalmente se encontraba. Y había sido gracias a Larissa. Ella lo compartía todo con todos, sin excluir a nadie.

Había hecho que hasta sus sirvientes sintieran que el árbol también era suyo, que Jonathan ayudara en la decoración simplemente porque estaba allí. Para ella era el acontecimiento en el que comenzaba el espíritu de generosidad de las fiestas.

No respondió a Jonathan, porque temía que sus palabras sonaran vacías como él se sentía. Pero el vizconde no notó su preocupación o prefirió pasarla por alto. Que su padre se la había llevado y que actualmente su paradero era desconocido. No se había puesto contento con esa noticia, y a Vincent le sorprendió que no le preguntara: “¿Ya la

has encontrado?", que era la primera pregunta que solía hacer cuando pasaba por allí cada día, y así lo había hecho durante la última semana. La pintura, la razón por la que pasaba por allí, ya casi ni se mencionaba. Se había convertido en algo de importancia secundaria comparado con la persecución de Larissa.

-Algunos han sido hechos por su madre, ¿sabes? -continuó Jonathan.

-Unos pocos incluso han sido hechos por sus abuelos, y uno, el que más aprecia, lo ha hecho su bisabuelo. Hacer los adornos de Navidad parece ser una tradición familiar. Me resulta bastante pintoresco. Incluso contemplé la posibilidad de hacer un adorno y dárselo como regalo de Navidad, pero en seguida desistí de la idea. Sencillamente no tengo talento para esas cosas.

Vincent suspiró y finalmente le lanzó una mirada a su visita.

-No tengo novedades -dijo, esperando que eso hiciera irse a Jonathan.

-No esperaba que las tuvieras. Simplemente ahora tengo la costumbre de venir todos los días. No creí que te importara, y he decidido permitirme ser yo quien te anime.

-No necesito que me animen.

-Por supuesto que no -dijo Jonathan secamente-. No te has puesto enfermo por haberla perdido. Es una pena que no te hayas dado cuenta antes de que te estabas mintiendo todo el tiempo con respecto a ella.

-No creí que fueras un hombre que se apresura a sacar conclusiones equivocadas, Jon.

Jonathan se rió entre dientes.

-¿Sigues mintiéndote a ti mismo, o solamente a mí?

-Vete a casa -dijo Vincent entre dientes.

-¿Y dejarte aquí solo revoleándote en toda esta desdicha? -dijo Jonathan mientras se dejaba caer sobre el sofá junto a Vincent-. Pues pensé en el viejo reirán que dice que la desdicha siempre quiere compañía. Sé que yo no disfruto revoleándome solo en la mía.

-Sabes muy bien que Larissa hubiera sido simplemente otra adquisición para ti. No le has cogido un cariño profundo.

-Es cierto, y ésa es la razón por la que mi desdicha es bastante leve comparada con la tuya.

-Yo no soy desdichado.

Jonathan resopló al escuchar esa negación.

-Estás tan profundamente abatido que ya no puedes ni ver la luz del día. Confiésalo, hombre, has sido un tonto por no haber hecho que esa muchacha se comprometiera contigo cuando tuviste la oportunidad.

-Tú no entiendes lo que estaba sucediendo aquí -dijo

Vincent haciendo rechinar los dientes.

Jonathan arqueó una ceja.

-Aparentemente no -admitió, pero luego agregó-: ¿Y tú?

-¿Cómo dices?

-¿Te has dado cuenta de que ella estaba enamorada de ti? Yo lo vi, aunque intenté ignorarlo, por supuesto. Después de todo, no encajaba bien con mis planes que ella no se encariñara con otra cosa que no fueran mis millones. Desafortunadamente, el amor verdadero no viene con un precio predeterminado.

-Realmente no quiero hablar de esto.

-¿Por qué no? ¿O no piensas hacer las cosas bien, si te dan una segunda oportunidad?

¿Una segunda oportunidad? Vincent no había pensado en eso. Estaba haciendo un esfuerzo para encontrar a Larissa. Había pensado en decirle toda la verdad, absolutamente toda. Pero no tenía muchas esperanzas de que eso sirviera de mucho, no serviría más que para limpiar su conciencia. Y teniendo en cuenta que había pasado casi una semana, no tenía muchas esperanzas de volver a verla nunca más.

No esperaba que volviera personalmente a buscar lo que había dejado, aunque esperaba que al menos alguien, aunque solamente fuera un sirviente, apareciera para hacerlo. Pero Larissa no había enviado a nadie para recoger sus joyas. Ni siquiera sabía todavía dónde habían sido almacenados sus muebles. Si alguien hubiera aparecido para una u otra cosa, él hubiera podido seguirle la pista hasta encontrarla, pero no había venido nadie.

Ya habían buscado en todos los hoteles y pensiones. Había reunido un grupo de gente para que registrara toda la ciudad y vigilara la oficina de Ascot día y noche. El barco en el que George había regresado seguía en el puerto esperando permiso para atracar, de modo que al menos sabía que aún estaba en el país. Pero sencillamente no había ninguna pista que indicara adonde había llevado a su familia.

Aparentemente Jonathan se cansó de esperar una respuesta a su última pregunta. Y dijo con un suspiro:

-Tengo que hacerte una confesión.

Vincent hizo una mueca de dolor.

-No lo hagas. No estoy de humor para confesiones-

-Qué pena -se quejó Jonathan-.Porque ésta vendrá la escuches o no. Acudí a ti para que me encontraras *La Ninfa*, no solamente porque quiera poseer esa pintura. Hay un sinnúmero de personas que podría haber contratado para que la encontraran, y me hubiera costado mucho menos. Acudí a ti en particular porque me caes bien, Vincent, me gusta tu estilo, así como el hecho de que nunca hayas intentado congraciarte conmigo para conseguir algo, como es el caso de mucha gente que conozco. No tengo amigos, ¿sabes?, no tengo verdaderos amigos, quiero decir.

-Tonterías, en cualquier sitio al que vas la gente quiere estar contigo.

-Son todos como sanguijuelas -le interrumpió Jonathan, había indignación en su voz. No se preocupan por mí ni por lo que siento, sólo les importa cómo pueden conseguir meter algo de mi dinero en sus bolsillos. Y siempre ha sido así, incluso cuando era sólo un niño. Después de todo, nací rico.

-¿Por qué me estás diciendo todo esto? -preguntó Vincent inquiero.

Las mejillas de Jonathan se sonrojaron un poco, pero aun así admitió:

-Porque tengo grandes esperanzas en que tú te conviertas en ese íntimo amigo que nunca he tenido. Y puesto que hasta ahora nada de lo que he hecho ha funcionado para conseguirlo, caigo en la antigua premisa de que las confesiones son una base sólida para desarrollar amistades profundas. Y además, tú tampoco pareces tener amigos muy íntimos. ¿Me equivoco?

Vincent no encontró ninguna razón para negarlo.

-No.

-Pues entonces.

-¿Todavía no te has dado cuenta de que soy bastante solitario? -señaló Vincent.

-Por supuesto que me he dado cuenta, y es una de las cosas que me gusta de ti. Y solamente porque revoloteo por aquí y por allá no significa que disfrute haciéndolo, es muy simple, me siento tan endiabladamente solo, que ansío cualquier clase de compañía, incluso la de los aduladores, si es la única que puedo encontrar.

Vincent estaba empezando a sentirse avergonzado por aquellas «confesiones», no tanto porque Jonathan hubiera sentido la inesperada necesidad de desahogarse, sino porque su confesión le sonaba demasiado familiar. No se había dado cuenta de lo

mucho que tenían en común, ninguno de los dos estaba dispuesto a confiar lo suficiente en nadie, ninguno de los dos estaba dispuesto a arriesgarse a salir herido.

-¿Ya sientes pena por mí? —le preguntó Jonathan esperanzadamente.

-No.

-Maldita sea...

-Pero puedes quedarte a cenar.

El vizconde se echó a reír.

22

Irónicamente, Larissa estaba sentada frente a un árbol de Navidad al mismo tiempo que Vincent. Ella también estaba sola, y también recordaba la decoración de ese otro árbol. Éste no era suyo y no estaba bien conservado, ahora estaba casi todo marrón; con ramas rotas que daban pena, y una pila de espinas caídas debajo de la copa que los sirvientes no habían conseguido quitar todas todavía. Pertenecía a los Applebee, unos buenos amigos de su padre que seguían viviendo en Portsmouth. George había llevado a Larissa y a Thomas directo hacia allí después de haber abandonado la casa de Vincent en la ciudad.

A pesar del estado de conmoción en el que se encontraba Larissa cuando llegaron allí, no le pasó desapercibido el hecho de no haber pensado ni una vez en casa de los Applebee como una opción donde poder ir cuando tan preocupada estaba pensando adonde llevar a su hermano cuando perdieran la casa.

En algún momento tenía que haber pensado en ellos, porque realmente eran muy viejos amigos de su padre, y de hecho *había* pensado en ellos después de haberse mudado a casa de Vincent, así como también había pensado en los muchos amigos de su infancia en Portsmouth, cualquiera de los cuales le hubiera abierto las puertas de su casa. Pero había ignorado convenientemente su existencia por la sencilla razón de que había *querido* quedarse en la casa del barón.

Por supuesto, la enfermedad de Thomas había sido un factor decisivo; al menos en ese momento se había convencido a sí misma de que así era. Era mejor para él no hacer ese largo viaje hasta Portsmouth, mientras tuviera esa persistente fiebre.

Pero podrían haber hecho ese viaje de alguna manera; podrían haber viajado en un carruaje bien cerrado para evitar las corrientes de aire y llevarlo lo más rápido posible. Pero la hospitalidad que les había ofrecido Vincent lo había hecho innecesario. Y el

deseo de Larissa de conocer mejor a Vincent había evitado que considerara esas otras opciones, aunque en aquel momento no hubiera podido confesarlo.

Ya hacía casi una semana que estaban con los Applebee. Y ése había sido el tiempo que había tardado Larissa en recuperarse de la conmoción sufrida. El hecho de saber que había sido utilizada en un plan de venganza la había aplastado por completo. Todas las suposiciones que había hecho con respecto a Vincent Everett eran erróneas. Se había enamorado de alguien que no era real, de alguien que era absolutamente falso.

Su padre había querido consolarla, pero después de su primera explosión de llanto al intentarlo, había decidido que la mejor manera de ayudarla a recuperarse de la congoja era no hablar del tema, lo cual significaba no hablar del barón. Larissa se sentía agradecida por eso. Realmente aún no soportaba hablar de Vincent, cuando el solo hecho de pensar en él podía hacer que las lágrimas comenzaran a desbordarse otra vez.

Pero había estado en tal estado de desesperación que aún no se había comunicado demasiado con su padre. Aún no sabía qué era lo que le había impedido regresar a Londres durante tanto tiempo. Si él lo había mencionado, y ella suponía que probablemente así era, no lo había escuchado.

Cuando Larissa estaba con gente, solía escuchar muchos cuchicheos por aquí y por allá. Los Applebee eran buena gente, pero si alguien les había dicho por qué ella estaba tan triste, sin duda sentirían pena por ella.

Eran una gran familia. Los cuatro hijos de William y Ethel se habían casado y tenían sus propias familias, y todos acudían a visitar a sus padres en esta época del año. La casa estaba llena. Pero sin embargo era una casa grande, así que había lugar de sobra para los Ascot, y había muchos chicos que mantenían ocupado a Thomas. Eso era una bendición, porque si su padre había evitado amablemente el tema de su infelicidad, su hermano desde luego no lo hubiera hecho de haber podido encontrarla sola. Afortunadamente, con tanta gente en la casa, era poco frecuente encontrar a alguien a solas hasta ese día.

Los cuatro hijos de los Applebee se habían ido para regresar a sus respectivas casas esa misma mañana.

Eso le permitió a Larissa quedarse sola en el salón durante varias horas. No más susurros de compasión. No más intentos de animarla cuando no podía ser animada. Pero tampoco más alivio, puesto que el entumecimiento de aquel estado de conmoción finalmente se estaba disipando. Y ahora, en su interior había mucha, demasiada, introspección y temor mental, y rabia.

La rabia había aparecido de repente, no había sido realmente inesperada, sino que había llegado toda de golpe, y era mucha, y ahora su resentimiento estaba contenido justo debajo de la superficie. El hecho de haber sido utilizada y engañada con tanta facilidad la marcaba claramente como a una tonta ingenua. Y Vincent lo había logrado sin problemas. Ese había sido el golpe maestro. Ella casi le había rogado que la embaucara.

Todas las tácticas que él había utilizado habían funcionado, no porque fuera un experto engañando a la gente, sino porque ella había querido creer que él se preocupaba por ella. Dios mío, debió haber odiado tener que tocarla, tener que hacerle el amor, debió haber despreciado a su familia cuando lo hacía. Y cómo se debió reír por lo fácilmente que ella había sucumbido a su seducción y a sus mentiras. Todo entre ellos había sido una mentira, todo lo que ella había creído de él, una mentira...

-¿Quieres quedarte aquí con Thomas mientras yo regreso a Londres? -le preguntó su padre, que acababa de entrar en el salón. Al menos esta vez lo había escuchado bien. Recordó algunas veces durante la última semana en las que George había tenido que agitar una de sus manos frente a su rostro y repetir varias veces lo que quería decirle para captar su atención.

-¿Cuándo te vas? -preguntó ella.

-Por la mañana.

Iba a buscar una nueva casa. Larissa recordó vagamente que lo había comentado la noche anterior durante la cena. Si iba solo, se quedaría en la oficina que tenía en Londres. Si ella iba con él, necesitaría buscar un par de habitaciones en un hotel.

No había ninguna razón para hacer ese gasto extra. No le había preguntado por sus finanzas. No le correspondía a ella hacer esa clase de preguntas. De las pocas conversaciones que consiguió escuchar cuando no estaba tan profundamente hundida en la lástima que sentía por sí misma, sacó en conclusión que su padre encontraría nuevos mercados en el Caribe y que ya no estaba preocupado por ese tema.

-Me quedaré aquí -respondió ella.

-¿Te sientes mejor?

Su rostro demostraba una gran preocupación. También había un poco de inseguridad en su voz que no era propia de él. El estado de Larissa, un estado de distracción casi total desde su regreso, debió haber comenzado a preocuparle seriamente. Pero ella no encontró ninguna razón para esquivar el tema en ese momento.

-Mejor, no. Otra vez totalmente consciente, si.

El le sonrió dulcemente.

-Un poco de distracción no tiene demasiada impor...

Ella lo interrumpió.

-Puede que haya estado ausente, padre, con todos los exámenes de conciencia que he estado haciendo últimamente. ¿Sabes?, ni siquiera sé por qué no regresaste a casa cuando se suponía que tenías que hacerlo. Cada vez que se me ha ocurrido preguntártelo, no hemos estado en la misma habitación, y luego volvía a olvidarlo con la misma rapidez. Pero estoy segura de que Thomas y todos los demás ya lo deben saber. Y también estoy segura de que me lo has mencionado a mí...

-De hecho, tres veces. -Él se rió entre dientes, y luego la sorprendió diciéndole-: Qué tonto soy, nunca pensé que llegaría el momento de poder reírme de ninguna parte de ese desafortunado viaje.

-¿Desafortunado?

-Desde el momento en que entramos en las aguas más cálidas de las Antillas. La isla a la que llegamos primero no era demasiado grande, aunque nos sentíamos tan felices de ver cualquier tipo de tierra, que de todas maneras nos detuvimos allí. Pero en cuanto atracamos, fuimos recibidos por el magistrado local y una tropa entera de guardias, que nos acusaron de haber atacado a uno de los propietarios de las plantaciones locales. El hombre estaba allí para apoyar la acusación, y nos relató una historia bastante horripilante: que la casa de su plantación había sido quemada hasta desaparecer, incluyendo sus graneros, que nuestro barco estaba muy cerca de la costa y que seguía lloviendo fuego sobre su propiedad sin ninguna razón aparente.

-Pero si no fuisteis vosotros, alguien tuvo que haberlo hecho, ¿no es cieno?

-Parece ser que no. Pero en aquel momento, Peter Heston era un antiguo y muy respetado miembro de la comunidad, de quien nadie en esa isla se atrevía siquiera a dudar, mientras que mi tripulación y yo nunca habíamos estado antes allí y por lo que ellos sabían podríamos haber sido piratas. Nos declararon culpables antes de que hubiera juicio. El verdadero juicio fue una burla en la que Heston repitió su espantosa historia. No se necesitaron más testigos para que nos sentenciaran a prisión.

-¡A prisión! -dijo ella ahogando un grito, incrédula-. ¿Has estado en prisión? -le preguntó.

-Sí -respondió él.

-Y absolutamente sin ninguna esperanza de salir de ella, teniendo en cuenta que sabíamos que toda la isla creía que éramos los culpables.

George se estremeció inconscientemente. Ella ni siquiera podía imaginarse lo espantosa que debía haber sido esa experiencia para él y para su tripulación. Su padre nunca había estado en la cárcel, ni había sufrido ningún infortunio físico del que ella tuviera conocimiento. Nunca debió pasar por algo como eso, puesto que era un hombre bueno y honesto, incapaz de hacer nada malo como para ser detenido, y mucho menos enviado a prisión.

Y eso fue precisamente lo que ella no pudo evitar señalar.

-¡Pero tú no habías hecho nada malo!

-No, y tas armas de nuestro barco estaban bastante frías y podían demostrarlo -estuvo de acuerdo él.

Larissa frunció el ceño, ahora estaba un poco confundida.

-¿Entonces por qué fuisteis arrestados y, peor aún, llevados a juicio?

-Porque nuestra prueba de inocencia necesitaba una comprobación inmediata, cosa que no ocurrió.

-¿Necesitabais que alguien examinara las armas?

-Sí.

-¿Y por qué no lo hicieron?

Volvió a reírse entre dientes. Ahora era ella la que estaba sorprendida de que pudiera hacerlo, especialmente después de responderle:

-Probablemente porque estábamos a punto de ser linchados. Estábamos a media mañana. Y alguna gente había visto a la guardia de la ciudad acercándose al puerto y la siguieron. Para cuando nosotros llegamos al puerto, había una multitud inmensa, y todos lo que estaban allí pudieron escuchar las acusaciones de Heston. Como es natural, el magistrado quería acabar con todo aquello rápidamente, y sólo podía hacerlo sacándonos a nosotros del puerto y metiéndonos en su cárcel.

-¿Aún sabiendo que verificar vuestra culpabilidad solamente le hubiera llevado un momento?

-Era una situación muy tensa, Rissa. Había otros propietarios de plantaciones entre esa multitud que sin duda estaban pensando que podrían haber sido *sus* casas las que hubieran podido quedar destruidas. Y cuando un tema se convierte de esa forma en algo personal, las emociones pueden ser bastante acaloradas. Realmente estábamos en

peligro por esa multitud de enfadados isleños que querían hacer justicia con sus propias manos. Sinceramente, estábamos bastante contentos de ser puestos entre rejas hasta que el asunto pudiera aclararse. Sabiendo que éramos inocentes, no dudábamos de que llegaría el momento en que todo se aclararía de modo que estábamos más preocupados por la enfurecida multitud que por los cargos de los que se nos acusaba.

-Sí, supongo que la amenaza inmediata sería más preocupante -estuvo de acuerdo ella-. Pero tú dijiste que la casa de aquel hombre no había sido quemada realmente. ¿Por qué no fuisteis liberados después de que se descubriera eso?

-No, dije que nadie más lo había hecho -le corrigió él.

Ella parpadeó.

-¿Ese hombre quemó su propia casa?

George asintió con la cabeza.

-Pero eso no salió a la luz lo suficientemente pronto como para mantenernos fuera de la prisión. Y entonces, el magistrado ya tenía dos relatos completamente contrapuestos sobre el tema, ¿de modo que a quién crees que iba a creer?

-A Heston, por supuesto.

-Exacto. La plantación del hombre realmente se había quemado íntegra. Las armas de nuestro barco no habían sido disparadas. Nos aseguramos de que estos hechos fueran investigados inmediatamente después de que estuviéramos todos protegidos en la cárcel. Pero había pasado demasiado tiempo, entre que nos encontramos seguros y la multitud comenzara a dispersarse. Y puesto que no se demostró inmediatamente que las armas no estaban ni siquiera un poco calientes por el uso, nada se podía demostrar. Pero sin embargo había una plantación quemada, una prueba para el otro lado, y la palabra de uno de sus conocidos y respetados ciudadanos. Larissa sacudió la cabeza.

-¿Cómo se descubrió finalmente la verdad?

-Cuando la esposa de Peter Heston regresó por fin a la isla. La señora había estado allí el día en que Heston se había vuelto completamente toco. Hacía tiempo que sabía que la mente de su esposo no funcionaba del todo bien, pero nunca había advertido a nadie, puesto que su comportamiento cada vez más extraño parecía ser inofensivo. Pero esa mañana temprano lo descubrió iniciando el incendio. Estaba despotricando contra unos piratas que según decía estaban escondidos en su propiedad, y la única manera de

hacerlos irse de allí era no dejarles ningún sitio en el que pudieran esconderse, y por eso había decidido quemarlo todo.

-Pero ¿no había ningún pirata?

-No, todo eran imaginaciones suyas. La esposa intentó detenerlo, por supuesto. Pero él no la reconoció. Pensó que era uno de los piratas y también intentó matarla.

-Qué horrible para ella.

-Sí, aunque consiguió escapar, y por el medio más rápido que pudo encontrar. Desafortunadamente, en barco. Vivían en la costa y tenían su propio pequeño muelle en donde Heston tenía una barca de pescador. Y ella la utilizó, abandonando la isla en lugar de ir hasta el pueblo en busca de ayuda.

-Si yo fuera ella, creo que hubiera preferido estar en el agua en donde él no pudiera alcanzarme que seguir en la isla corriendo el riesgo de que pudiera matarme.

-Sí, supongo que tienes razón. Nunca lo miré desde su punto de vista, sino simplemente desde el mío, que incluía lo mucho que se había demorado en regresar. Preferiría que hubiera ido directamente al pueblo para informar de lo que había sucedido, y entonces mi tripulación y yo hubiéramos quedado completamente exculpados del incidente, pero estaba tan atemorizada por el hecho de que su esposo no la reconociera, que la llamase pirata e intentara matarla, que lo único que quería era estar lo más lejos posible de él.

-¿Y adonde fue?

-Tenía una hija de su primer matrimonio, que vivía en una isla cercana. Por desgracia, la hija no estaba en casa, había ido de compras a la isla principal.

-¿Por desgracia?

-Fue la hija quien la convenció de que tenia que regresar y encontrar ayuda para Heston, que ahora estaba ya bastante loco, antes de que lastimara a alguien. La esposa de Heston pensaba únicamente en su propia seguridad, lo cual incluía no regresar nunca a su propia casa. Y ésa fue la razón por la que tardó tanto tiempo en regresar y en que se supiera la verdad.

-¿Por qué no había nadie más por allí que fuera testigo del incendio y de cómo comenzó? ¿No tenían sirvientes?

-Ésa fue una de mis preguntas, y fue respondida por uno de los carceleros. Todo el mundo en la isla sabía que Heston había tenido malas cosechas en tres de los últimos cuatro años. Otros propietarios de plantaciones en la zona habían sido víctimas también

del mismo mal clima, pero en esos tres años el problema no había sido sólo el tiempo. Probablemente su locura había tenido mucho que ver; sencillamente no estaba ocupándose como debía de sus cosechas. Con lo cual los Heston apenas tenían dinero suficiente para mantenerse. Los trabajadores de las plantaciones eran temporales, de modo que en esta época del año no había ninguno. Los sirvientes de la casa habían sido despedidos hacía unos años. Y vivían en el extremo este de la isla, y no tenían vecinos cercanos.

-Es asombroso que puedas reírte de semejante desventura.

Él le sonrió.

-En realidad no pasamos tantas penurias en aquella prisión. Lo que me resulta más divertido es que no había nadie más allí. Ese sitio había estado cerrado durante años. Tuvieron que abrirlo y limpiarlo para nosotros. Incluso hubo un debate para decidir si nos dejaban en la prisión o no, aunque finalmente se decidió que no había espacio suficiente para albergar a toda una tripulación.

-¿Tan pequeña era la isla?

-Compárala con una de nuestras aldeas campestres y podrás imaginarte el tamaño que tiene, y como todo el mundo se conoce eso seguramente hace que no haya crímenes. La única razón por la que tenían una prisión en la isla era que hacía muchos años un antiguo fuerte había sido abandonado y convertido en tal. Pero durante nuestra breve estancia estuvimos bien alimentados y no fuimos para nada maltratados. Lo peor de todo era nuestro aburrimiento, todavía no habían decidido cómo ponernos a trabajar, y también nuestra indignación y nuestra desesperanza. De hecho, pasábamos todo el rato preparando una huida, y seguramente la hubiéramos realizado de haber tenido que quedarnos allí durante mucho tiempo más.

-¿Qué le sucedió a Peter Heston?

-Teniendo en cuenta que se puso hecho una fiera en el pueblo cuando vio a su esposa en el pueblo e intentó matarla una vez más, demostrando así lo loco que estaba, lo han llevado a otra isla en la que hay una orden religiosa que tiene una casa en la que cuidan a los ancianos y a los desequilibrados mentales. Vivirá el resto de sus días bajo la supervisión de las monjas del lugar.

-¿Y tos habitantes de la isla que os declararon culpables sin pruebas, basándose únicamente en la palabra de ese hombre?

-Oh, estaban muy arrepentidos, tanto que nos otorgaron derechos exclusivos para entrar con nuestros barcos y poder comprar todas sus cosechas durante los próximos cinco años.

Larissa arqueó una ceja al ver la nueva sonrisa de su padre.

-¿Y te parece una recompensa aceptable? -preguntó.

-Apenas -respondió él. Volvió a reírse entre dientes-. En especial después de que salió a la luz que la isla se estaba despoblando por estar tan lejos de las rutas por las que suelen pasar los barcos.

Larissa resopló indignada.

-De modo que si aceptas contratar sus cosechas les harás un favor a ellos.

-Desde luego, pero también he alcanzado mi objetivo-respondió él-. De hecho probablemente tenga que comprar uno o dos barcos más para complacer a toda una isla, ahora que sé que mis antiguos mercados están disponibles otra vez.

Ella hubiera deseado que la conversación no terminara directamente relacionada con los Everett. Pero era ineludible que si Albert Everett no hubiera obligado a su padre a buscar nuevos mercados en las Antillas por haberle robado sus viejos mercados, él no hubiera tenido que pasar un tiempo en prisión, ni se hubiera visto obligado a irse de Inglaterra, ni hubieran perdido su casa, y ella no hubiera conocido a Vincent.

-Me alegra que puedas encontrar algo divertido de todo esto -dijo Larissa duramente-. Yo soy incapaz. Pensé que estabas muerto. Pensé que ninguna otra cosa podía haberte mantenido lejos de casa durante tanto tiempo. Me imaginé naufragios, espantosas tormentas, sí, hasta piratas. Nunca me hubiera imaginado que estabas detenido en una prisión, porque sé que nunca harías nada que violara ninguna ley.

Él la abrazó, advirtiéndole.

-Olvídalo ya, Rissa. Ya ha acabado todo. Estoy en casa, sano y salvo, con buena salud, y me he beneficiado mucho con los contratiempos del viaje. No estés enfadada por mi culpa.

-No lo estoy, estoy furiosa porque los Everett nos hayan hecho semejante injusticia y no paguen por ello.

-Nosotros sabemos muy bien lo inútiles que son las venganzas -comentó su padre.

-Lo sé -respondió ella.

Larissa suspiró.

-Y no te refieres a *los* Everett, te refieres a Vincent Everett en particular. Aparentemente su hermano hizo justicia con sus propias manos.

23

Albert no estaba muerto.

A Vincent le tomó un buen rato asimilar ese hecho. Pensó que se trataba de un engaño. Pensó que se trataba de una broma cruel. Incluso pensó en George Ascot. Después de todo, ¿qué mejor manera para Ascot de absolverse completamente de cualquier maldad que sacar a la luz la información que contenía la carta que había recibido Vincent, pintando a Ascot como inocente? Aquella carta había sido entregada personalmente por un marinero. No había pruebas de que la hubiera escrito Albert; incluso su firma podía haber sido copiada.

Ese pensamiento no duró mucho tiempo. La carta era de Albert. El tono en el que estaba escrita era el suyo, era imposible de duplicar sin conocerlo realmente bien. Y había referencias a cosas que Ascot no podía conocer sin haber leído la primera carta.

Albert no estaba muerto.

Debería haber sido una noticia alegre y sólo eso, en lugar del increíble sobresalto que le supuso. Aunque claro que había venido con una confesión que anunciaba que casi todo lo que decía la primera carta de Albert eran mentiras y excusas.

Ahora ponía toda la culpa donde realmente debía estar, en él mismo. No era una disculpa, ni siquiera por haber dado la impresión equivocada acerca de su muerte. Albert no era consciente de que Vincent era capaz de buscar venganza en su nombre.

Sé que probablemente esperabas no saber nada de mí nunca más. Estaba bastante embriagado cuando te escribí esa primera carta de despedida, pero recuerdo vagamente haber dicho que nunca regresaría. Eso no ha cambiado. No tengo deseos ni siquiera de regresar a Inglaterra, en donde me siento tan inútil comparado con mis pares. En donde vivo ahora, todos están al mismo ni-

vel. Hasta un mendigo puede mejorar sin ayuda ajena y volver a empezar. Y *eso es lo que be hecho yo.*

Pensé que te gustaría saber de mi progreso, de cómo mi vida se va poniendo en orden. Y *quizá sea el momento de dar otra explicación, al menos esta vez una explicación sobria, de lo que me hizo fracasar completamente.*

Eran tan difícil competir contigo, hermano. Tú eras tan endemoniadamente exitoso. Todo lo que tocabas se convertía en oro. Sé que no debería haber sentido la necesidad de competir con eso, pero así fue, y ése fue mi mayor error. El éxito no me llegó con la rapidez con que lo esperaba, de modo que intenté hacer algo para acelerarlo. Y *cuando eso no funcionó, me volqué más y más en la bebida, que fue realmente mi verdadera ruina.*

Llegué hasta el extremo de no saber lo que estaba haciendo durante la mayor parte del tiempo. Contraté capitanes que eran cualquier cosa menos honestos. Se rumoreaba que uno de ellos había sido pirata de joven, pero como prometió hacerme rico, ignoré los rumores. Dejé que ellos me aconsejaran. Todo lo que me decían sonaba razonable; al menos cuando estaba embriagado. Pero ellos tenían de mí una impresión equivocada, y fui yo quien se la dio, por supuesto, pensaban que tenía una interminable fuente de dinero que me respaldaba. Bueno, podrás imaginarte cómo funcionan algunas estrategias de negocios en ese caso, en el que de otra manera no funcionarían.

No *estoy excusándome. He hecho eso toda mi vida, pero ya no más. Mi fracaso fue la culminación de muchas decisiones erróneas, todas ellas exclusivamente mías. Nunca debí haber comenzado algo en lo que no tenía ninguna experiencia, y cuando todo comenzó a irse al traste, me revolqué en la autocompasión y en la*

bebida en lugar de buscar ayuda. En aquel momento culpaba a todo el mundo menos a mí, incluyendo a otras compañías navieras, porque sencillamente no podía confesar que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. De modo que era otro quien tenía que ser el culpable, no yo. Infantil, lo sé, pero por lo menos puedo reconocerlo Ahora.

Me fui de Inglaterra lleno de temores, por supuesto. La carta que te dejé entonces pudo haber revelado eso, aunque confieso que no recuerdo todo lo que te decía en ella. Era irónico que ninguno de mis dos barcos estuviera allí en ese momento de deserción, de modo que viajé de polizón en otro barco. Pero fui descubierto el primer día en alta mar y me pusieron a trabajar limpiando la cubierta. Por lo menos no me echaron del barco de una patada en medio del océano.

No *he bebido nada desde que me fui de Inglaterra, ni quiero hacerlo. Puesto que llegué a América sin un solo centavo, tenía la opción de mendigar o conseguir un trabajo. A pesar de mi orgullo, que había quedado completamente maltrecho cuando me pusieron de rodillas limpiando cubiertas, encontré un trabajo como ayudante de panadero. El panadero es un hombre muy simpático. Me ha tomado de protegido, enseñándome su oficio, e incluso habla de ampliar el negocio, ahora que me he convertido en un experto con los hornos.* No *me importa decir que a todo el mundo se le cae la baba con mis madalenas.*

No *espero hacerme rico aquí.* Ya *no tengo el deseo ardiente de que así sea. Ahora me siento satisfecho con el trabajo y el salario de un día. Incluso mi orgullo ha regresado, gracias a ¡os elogios de nuestros dientes.*

Espero que esta carta te llegue antes de las Navidades, y te que te deje con una sonrisa y con la certeza de que ya no tienes que preocuparte más por mí. El re-

galo que te hago es que el hermano menor finalmente ha crecido. Por favor, mantente en contacto, Vince. Lo *único que echo de menos de Inglaterra eres tú.*

ALBERT

La carta fue un bonito regalo, y hubiera sido aún más bonito si hubiera llegado antes de Navidad, como era la intención de Albert, antes de que Vincent se enfrentara a George Ascot con lo que él creía que era la verdad. Tampoco iba a excusarse.

Se había equivocado en sus ideas y se había equivocado en buscar cualquier tipo de venganza, en especial teniendo en cuenta que, tal como había dicho Ascot, una pequeña investigación hubiera señalado algunas de las mentiras en las falsas acusaciones de su hermano.

Una vez más se hundía en la culpa y no solamente por haberle fallado a su hermano. Albert había conseguido prosperar y estaba continuando con su vida admirablemente, mientras que ahora Vincent tenía que enfrentarse a sus propios defectos. Había sido injusto con una familia inocente, los había agraviado gravemente y no estaba seguro de cómo reparar lo que había hecho, si es que podía repararlo. Devolverles lo que les había quitado no sería suficiente, él no iba a quedarse satisfecho con eso. En ese sentido no había nada que pudiera hacer, teniendo en cuenta que en su precipitado plan había terminado lastimando a la mujer de la que se había enamorado.

24

Finalmente encontraron a George Ascot dos días antes de que llegara el Año Nuevo.

Apareció en la oficina de su compañía en Londres. Incluso pasó la noche allí, dándole así a Vincent tiempo de sobra para colocar una vigilancia día y noche para que alguien lo siguiera al marcharse. También le dio la oportunidad de hablar en privado con Ascot.

Le debía una disculpa, fuera o no a ser aceptada. Por lo menos quería asegurarle a ese hombre que la vendetta había terminado. No esperaba que la visita le aliviara la culpa. Eso no lo haría ni siquiera el perdón o la comprensión absolutos, puesto que él no conseguía perdonarse a sí mismo.

Cuando llegó la oficina estaba cerrada. Escogió la hora más temprana posible después del amanecer, mucho antes de que llegara el empleado de Ascot. Era consciente de que podía encontrarlo todavía durmiendo, pero al menos a esa hora seguramente podrían hablar en privado.

George no estaba durmiendo. Pero desde luego tampoco estaba dispuesto al encuentro con su visitante. Después de abrir la puerta, echó un vistazo a Vincent y comenzó a cerrarla otra vez.

-Solamente le pido un momento -dijo Vincent.

-Puesto que es todo lo que necesito para romperle la cara, un momento es demasiado tiempo.

La expresión en el rostro de George demostraba que no estaba exagerando. Estaba absolutamente furioso. Y era un hombre corpulento. Seguramente podía romperle varias costillas aunque Vincent se defendiera. Por supuesto, la culpa de Vincent no le permitiría defenderse, pero una paliza tampoco le ayudaría a deshacerse de ella, así que prefería el discurso a la violencia.

-Estoy aquí para ofrecerle mis disculpas y una explicación, aunque esta última sea más para mi bien que para el suyo.

-¿Una disculpa cuando cree que soy culpable? ¿O acaso ha descubierto que no soy el canalla que creía que era?

-Me propuse arruinarlo. Ojo por ojo. No me estoy excusando por eso, más que porque realmente pensaba que usted era indirectamente responsable de la muerte de mi hermano. Pero tuvo usted razón al decirme que fui muy negligente por no verificar los datos. Pero ahora sé la verdad.

-No por mí -dijo George duramente-. Usted se negó a creerme, ¿recuerda?

-¿Hubiera creído usted en la palabra de un extraño en lugar de en la de su hermano? -le preguntó Vincent.

-Si tuviera un hermano tan pusilánime, probablemente sí -le respondió George.

Fue el desprecio que había en su voz, más que las palabras en sí, lo que hizo que Vincent se ruborizara avergonzado.

-Era débil, sí, pero no era alguien que tuviera la costumbre de mentir. Sin embargo, también estaba embriagado cuando escribió su carta de despedida, ni siquiera recuerda mucho de lo que dijo en ella, y para ser justo con él, debo decir que no sospechaba que yo pudiera malinterpretar sus intenciones y buscar venganza en su nombre.

-¿No lo recuerda? ¿Me está diciendo usted que después de todo no se suicidó?

-Acabo de recibir otra carta de mi hermano, esta vez estaba sobrio. Se ha instalado en América. Ahora se echa a sí mismo toda la culpa por su fracaso aquí.

-Lo cual lo deja a usted en pos de una venganza contra gente inocente.

-Por la información que tenía, para mí, no era justo que usted escapara sin sufrir ninguna consecuencia, teniendo en cuenta que usted se había propuesto arruinar a un competidor y lo había conseguido, quizá más aún de lo que había planeado, pero no obstante lo había conseguido. Pero mi información original era errónea, de modo que sí, yo me he convertido en el canalla de toda esta debacle, gracias a mis equivocadas ideas. Por esto quiero disculparme humildemente y le recompensaré con lo que usted crea necesario. Empiezo con esto.

-¿Qué es esto? —preguntó George escépticamente, aceptando el paquete con los documentos.

-La escritura de su casa, a su nombre, con la deuda pagada. También está la dirección en donde están almacenados todos sus muebles. También me he encargado de corregir los rumores acerca de su problema financiero. Su presencia nuevamente en Inglaterra confirma la falsedad de los antiguos rumores. Si tiene más dificultades con respecto a este tema...

-Yo mismo me ocuparé de él.

-Como usted desee -respondió Vincent, dándose cuenta de que estaba insultando a George al insinuar que no podía manejar la situación por su cuenta-. Simplemente no quería que se viera en la obligación de molestarse corrigiendo lo que yo puse en marcha, si he pasado por alto cualquier otro efecto que pudo haber tenido.

-Si desea usted reparar lo que ha hecho, hágalo manteniéndose alejado de mí y de mi familia, para que podamos olvidarnos de que existe. Lo que me hizo a mí es discutible, incluso hasta comprensible. Lo que le hizo a mi hija...

-No tiene nada que ver con esto -le interrumpió Vincent.

-¿Realmente espera que le crea?

-Lo que es cierto es que si no hubiera empezado todo esto, no hubiera conocido a Larissa. Pero desde el momento en que la vi, me quedé prendado de ella como de ninguna otra persona en toda mi vida. Admitiré que me mentí a mí mismo. No podía conseguirla por medios normales. No podía casarme con ella porque era su hija, la hija de un enemigo. Pero sin embargo debía intentar hacerla mía. De modo que la

venganza se convirtió simplemente en una excusa para poder ignorar a mi propia conciencia con respecto a ese asunto.

-¡Está hablando de una niña inocente de la que se ha aprovechado! -exclamó Ascot.

-Estoy hablando de la *mujer* a la que amo. Es una niña únicamente en su mente, señor. Y si usted no hubiera regresado cuando lo hizo, yo hubiera procurado por todos los medios conseguir el único objetivo que tiene algún significado para mí ahora, le hubiera rogado que se casase conmigo.

George resopló expresando su escepticismo.

-Qué fácil decirlo ahora que sabe que ella no va a aceptarlo, que lo desprecia por lo que le hizo.

Vincent suspiró.

-Simplemente he tardado en descubrirlo. Ni siquiera en la víspera de Navidad era consciente de lo mucho que la amo. Había hecho todo lo posible por impedir que se fuera de mi casa. Le mentí, la engañé, hice todo lo que estaba al alcance de mi mano.

-¿Está usted *admitiendo* eso?

-Sí. Aún estaba convencido de que ese matrimonio era algo impensable para mí, que era una traición, por así decirlo, a mi hermano. Pero la mañana de Navidad Larissa finalmente exigió saber si mis intenciones eran honrosas como ella suponía, o no, y si no lo eran, me dejaría. En ese momento supe que la venganza no significaba nada para mí en comparación con perderla. Pero antes de que pudiera decírselo, llegó usted.

-Pues durante nuestra discusión no sonaba como si acabara de darse cuenta de eso.

-La furia que sentía contra usted se interpuso.

-Consideraré eso una suerte para mi familia -le *res*pondió George duramente-. Ahora si ha terminado ya, lord

Everett, no creo que tengamos nada más que decirnos.

.¿Me permitir ver a su hija? Ella también necesita una disculpa de mi parte...

-Lo que necesita es que la deje en paz con todo esto, ¿o acaso no se dio cuenta de lo desolada que estaba con sus revelaciones? Justo ahora está empezando a recuperarse. Manténgase alejado de ella.

¿Mantenerse alejado de ella? Vincent no podía hacerlo. Le hubiera gustado tener permiso para acercarse a Larissa, pero con o sin él, tenía que verla. Pero ella aún no había regresado a Londres para que él pudiera hacerlo.

George se mudó otra vez a la casa de Londres, había hecho buscar y reinstalar todos sus muebles, y había vuelto a llenar el lugar de sirvientes. Estaba bastante atareado, ocupándose de los negocios que requerían su atención después de tan prolongada ausencia, así como en visitar a aquellos comerciantes que se habían aterrorizado al escuchar el primer rumor que decía que había abandonado Inglaterra para siempre.

Los informes que recibía Vincent decían que los comerciantes estaban siendo muy serviles con Ascot. Era de esperar, tratándose de una clase de comerciantes que dependía de la buena voluntad de sus clientes. Si George los perdonaba o no era algo que a Vincent lo tenía sin cuidado. La gente encargada de seguir a George sólo podía informar de sus movimientos y no de oír sus conversaciones.

Al llegar la Nochevieja la casa que había estado vacía ya era de nuevo un hogar, pero era un hogar sin hijos; al menos Larissa y Thomas aún no habían regresado. Vincent empezaba a preocuparse porque Larissa no regresara nunca, y por su culpa. No era una preocupación infundada. George podía haberle enviado una carta contándole el encuentro que había tenido con Vincent y su deseo de verla. Su ausencia de Londres bien podía ser su respuesta a eso. Y ésa fue la razón por la que, cuando Ascot abandonó Londres, Vincent lo siguió.

Portsmouth resultó ser el destino final. Vincent no se sorprendió. Incluso había hecho que su gente rastreara en los hoteles y en las pensiones del lugar para ver si encontraban a Larissa, pues era consciente de que los Ascot habían vivido allí antes de trasladarse a Londres. Por supuesto no tuvo suerte, pero sí había obtenido alguna información acerca de los Applebee antes de llamar a su puerta al día siguiente, de modo que sabía que eran viejos amigos de los Ascot.

No le negaron la entrada. Aparentemente nadie había advertido al mayordomo de los Applebee que no lo dejara entrar. También era probable que los Ascot no esperaran que se presentara en Portsmouth. No obstante, él tampoco tenía demasiadas esperanzas de ver a Larissa. Le dirían que Vincent estaba allí. Sería su decisión verlo o no, y lo más probable era que la respuesta fuera una negativa. Pero tuvo suerte...

Larissa se detuvo a mitad de las escaleras cuando vio que estaban conduciendo a Vincent hacia el salón. El primer impulso que tuvo fue darse la vuelta y subir corriendo

las escaleras otra vez. No quería volver a hablar con él nunca más. Pero sería una cobardía salir corriendo y encerrarse en su habitación, y además, su furia no se lo permitiría. Esta vez no se quedó paralizada. Su furia la ayudó a bajar hasta el último escalón, adonde había ido él en cuanto la vio.

Iba a darle una bofetada, lo más fuerte que pudiera. Una acción que valía más que mil palabras, para que no hubiera ningún malentendido sobre lo que sentía ahora por él. Pero no lo hizo. Estando tan cerca de él, se sintió atrapada por el brillo dorado de sus ojos, y luego se quedó paralizada durante un largo rato mientras su cuerpo reaccionaba de innumerables maneras al estar tan cerca de Vincent otra vez.

Dios mío, ¿cómo podía seguir sintiéndose tan atraída por él? ¿Cómo podía seguir deseándolo, si lo despreciaba inmensamente? Cuando la mano de Vincent se estiró para acariciar su mejilla, casi se le doblan las rodillas. Su caricia era inminente. Iba a quebrar su resolución y olvidarla, brevemente, por qué no quería verlo nunca más.

-Larissa...

-¡No me toques!

Dio un salto hacia atrás alejándose de él, y casi tropieza con las escaleras. Su pulso se aceleraba cada vez más. Había estado demasiado cerca, pero había recuperado el juicio justo a tiempo para detenerlo.

-No vuelvas a tocarme -repitió ella con una voz más tranquila aunque mordaz-. Utilizas eso como una táctica para conseguir de mí lo que quieres, pero ahora soy consciente de eso y no...

-Larissa, cásate conmigo.

Sus ojos se humedecieron inmediatamente.

-Es demasiado tarde para pedirme eso.

-Lo sé, pero si no te lo pidiera sería otra culpa más para agregar a las demás.

En ese momento debió haber dado media vuelta e irse. Debió haber ignorado el dolor que se reflejaba en los ojos de él, un dolor que a ella le estaba rompiendo el corazón. El hecho de no poder alejarse en ese momento la puso aún más furiosa, y eso se notó en su voz.

-Nada de lo que puedas decirme cambiará lo que has hecho, de modo que ¿por qué nos haces pasar a ambos por todo esto?

-Porque necesito volver a empezar, y todavía hay cosas que tú no sabes y que tengo que confesarte antes de poder hacerlo.

-Tus *necesidades* ya no son asunto mío.

-Por lo menos escúchame. No te robaré demasiado tiempo. Y de hecho tengo más leña para que agregues al fuego, mentiras que te he dicho, y por qué las dije.

-Ya me he dado cuenta de que casi todo lo que me has dicho eran mentiras -le respondió ella-. No tengo necesidad de confirmarlo.

-Casi todo -dijo él con un suspiro.

Larissa tenía la sensación de que Vincent quería acariciarla de nuevo. ¿Acaso él estaba experimentando los mismos impulsos que ella, que eran casi irresistibles? De acuerdo, quizá no había odiado tocarla, ni se había reído de lo fácil que le resultó seducirla, quizás esa poderosa atracción realmente era mutua, pero eso no cambiaba nada. Aun así la había utilizado para llegar a su padre. No había dudado en pisotear a alguien inocente para conseguir su objetivo.

Probablemente era la culpa lo que lo había llevado hasta allí. Ella entendía perfectamente por qué podía estar sintiéndola ahora. Pero no le importaba. Ya se había acabado eso de sentir compasión por un hombre que no la merecía. Y aliviar su culpa sólo sería beneficioso para él. Para ella no significaría otra cosa que más dolor, escucharlo todo, sentir cómo él la había utilizado.

Sin embargo, las palabras salieron de su boca antes de que pudiera detenerlas.

-Confiésate, pero por favor sé breve.

Vincent asintió con la cabeza. Le sonrió dulcemente.

Tuvo que meterse las manos en los bolsillos para no tocarla.

-La mentira comenzó desde el principio. Te llevé a mi casa porque desde el momento en que te vi por primera vez, te deseé. Eso no tenía absolutamente nada que ver con tu padre. Me hubiera resultado muy fácil encontrarlo en su oficina, una vez que regresara. Afortunadamente, tú no advertiste eso cuando mencioné que necesitaba una dirección para encontrarlo.

-Esa noche estaba demasiado afectada como para pensar en nada -dijo ella a la defensiva.

-Eso era bastante evidente, por suerte para mí, porque me sentí tan atraído por ti, que yo tampoco pensaba muy claramente, de modo que es probable que no se me hubiera ocurrido ninguna excusa mejor para llevarte a mi casa. Pero funcionó. Te mudaste a mi casa. Y luego me enfrenté al dilema de cómo mantenerte bajo mi techo durante el mayor tiempo posible, porque no podía soportar la idea de que se me negara un solo día más sin ti, cuando ya había aceptado el hecho de que el tiempo que

pasaríamos juntos sería limitado, y que acabaría una vez que tu padre regresara. Dejarte sin dinero y sin necesidad de él fue la solución que encontré para eso.

-¿Necesidad de dinero?

-Habías mencionado que tu hermano necesitaría a un médico, de modo que hice llamar al mío para ti. Su visita no era un acontecimiento anual como te dijeron, estaba allí específicamente para ver a tu hermano.

-Un favor de tu parte no es excusa para...

-Rissa, eso no fue un favor, fue para evitar que vendieras alguno de tus bienes y pagaras tú un médico, lo cual te dejaría con dinero suficiente para encontrar alojamiento en cualquier otro sitio. Para asegurarme además de que no vendieras nada, inventé esa excusa de guardar tus joyas en un lugar seguro. En realidad mis sirvientes son todos de confianza.

-¿Y si te las hubiera pedido?

-La llave de mi caja de caudales se hubiera perdido.

Después de esa confesión, a ella se le ocurrió preguntar:

-Nunca hubo ladrones en el almacén en el que estaban guardados nuestros muebles, ¿verdad?

-No. Simplemente hice que trasladaran algunas cosas de valor a otro sitio, por si acaso tú querías ir hasta allí para ver qué era lo que faltaba. Iba a devolvértelo todo, y ésa es la razón por la que mencioné mi compromiso con respecto a buscar y encontrar a los «ladrones», para que no sospecharas después de la facilidad con la que habían sido recuperadas las cosas. Robarle a tu familia no formaba parte del plan.

-No, simplemente arruinamos completamente.

El resentimiento que había en su voz era tan tangible que podía palparse, y eso le hizo fruncir el ceño a Vincent.

-¿Realmente no quieres ver que son dos temas diferentes?

-No creo que sean tan diferentes puesto que lograste dos de tus objetivos con un solo...

-Desde el momento en que entraste en mi casa -la interrumpió él-, tu padre se borró completamente de mi mente. Vivía y respiraba por *ti*. Consumías todos mis pensamientos. Todo lo que hice lo hice para conseguirte a ti. Pero me convencí de que la única manera de tenerte era con la excusa de la venganza. No podía conseguirte con medios normales, no podía casarme contigo porque tu padre era mi enemigo...

-Nunca fue tu enemigo.

-En aquel momento lo era. En mi mente lo era. Al menos admite que lo que uno cree es una verdad para *uno*, sin importar durante cuánto tiempo lo crea. Yo pensaba que tu padre era directamente responsable de la ruina de mi hermano, y eso también lo hacía indirectamente responsable de su muerte. Sin embargo, yo únicamente iba a arruinarlo financieramente. No iba a exigir una venganza más violenta. Ojo por ojo, como suele decirse. Podía recuperarse, volver a empezar. Albert estaba muerto, o al menos eso era lo que yo pensaba, tu padre en cambio no.

-¿Por qué me cuentas todo esto que no tiene nada que ver conmigo? Me sedujiste sin ninguna intención de casarte. ¡Eso sí que tiene que ver conmigo! Admítelo.

-Ya lo he admitido. Simplemente quería que supieras por qué sentía que no podía casarme contigo, y por qué finalmente no me importó.

-Yo sé por qué no te importa. Mi padre me dijo que tu hermano no está muerto como creías. Y ése era el motivo de tu venganza; ahora ya no tienes ninguno- Pero eso no es excusa para lo que pasó antes.

-Tu padre te dijo eso, pero no que yo ya me había dado cuenta de que todo había-acabado antes de ese momento, antes de que él llegara la mañana de Navidad. ¿O acaso no te acuerdas de lo que estábamos hablando justo antes de que apareciera?

-Recuerdo que me dijiste que no podías casarte conmigo por mi padre.

-Después de eso, Rissa. Durante esa conversación que tuvimos me di cuenta de que tú eras lo único que me importaba. Te lo dije, intenta recordarlo. En lo que a mí respecta, la *vendetta* se había acabado. Incluso intenté decirle a tu padre que todo el daño que os había hecho sería vengado, pero tú interrumpiste con tu propia interpretación de lo que yo había hecho.

Al admitir todas esas mentiras, ¿lo que estaba pidiéndole ahora era que le creyera? Sería una tonta si permitía que él la embaucara otra vez, pero también era una tonta simplemente por estar allí escuchándolo.

-¿Ya has terminado con tu confesión?

Probablemente fue la dureza que reflejaba su voz lo que hizo que Vincent se diera cuenta de que no estaba convenciéndola, de que nada abriría una brecha en su caparazón de resentimiento. La expresión en el rostro de Vincent fue de tanta tristeza que casi la hace llorar. Pero no iba a ablandarse, no iba a...

-No, de hecho, será mejor que sepas que fui yo quien estuvo en tu habitación esa noche, la noche en que creíste que alguien había entrado, estaba despierto y

volviéndome loco de deseo por ti. Esa tonta historia de ser un sonámbulo fue una mentira. Hice poner las cerraduras en las puertas porque no podía confiar en mí mismo, en que no entraría en tu habitación otra vez sin tu permiso.

-¿Y lo que me contaste acerca de tu pasado, para que sintiera compasión por ti? -le recordó ella-. También eran todas mentiras, ¿verdad?

-Tu compasión es algo maravilloso, Rissa, y sí, la utilicé. Pero no fue necesario inventarme un pasado lastimoso para conmoverte. Todo lo que te he contado de mi niñez es cierto. Sencillamente nunca le había hablado antes a nadie de eso, porque desprecio la compasión. -Sonrió con una mueca de dolor-. Sin embargo, deseaba *tu* compasión. Tu compasión es algo tan maravilloso.

-Tus mentiras no tenían sentido.

-¿Cómo dices?

-Hubiera podido irme en cualquier momento si realmente así lo hubiera querido. Tus mentiras no me hubieran detenido.

-Tenías que pensar en tu hermano, no solamente en ti. No te hubieras ido sin nada de dinero.

-No, desde luego que no, pero había algunos objetos valiosos más almacenados en la oficina de mi padre de los que nunca te hablé, una pintura original y varios mapas antiguos que mi padre tenía intenciones de vender, pero no había podido hacerlo ames de partir. Me hubieran pagado bastante por esos mapas.

-Y la pintura es *La Ninfa.*

Ella parpadeó.

-¿Cómo lo sabes?

La risa de Vincent resonó en todo el salón.

-Una conjetura lógica, puesto que da la casualidad de que he estado buscando esa pintura para un cliente durante varios meses, y se sabía que la tenía el dueño de un barco, simplemente no se sabía nada más.

-¿Por qué esa pintura en particular?

-¿La has visto?

Larissa frunció el ceño.

-De hecho, recuerdo que mi padre me sacó rápidamente del almacén la última vez que visité la oficina cuando él estaba allí, porque no quería que la viera. Mencionó algo

acerca de que era inapropiada para ojos inocentes, así que asumí que se trataba de un desnudo.

-Exactamente, pero un desnudo un tanto subido de tono, según dice todo el mundo -respondió Vincent-. Y mi cliente seguramente estará dispuesto a pagaros medio millón de libras por él.

Ella volvió a parpadear.

-¿Está loco?

-No, simplemente es muy excéntrico, y no podrá gastarse todo el dinero que tiene en toda su vida.

-Me estás tomando el pelo. No me parece nada agradable, dadas las circunstancias, pero ¿por qué iba a sorprenderme?

Vincent suspiró.

-Te juro que no te estoy engañando. Tú lo conoces bien. Es Jonathan Hale quien desea tanto poner sus manos sobre esa pintura que me ha contratado para que se la encuentre. Ahora la he encontrado. La tenéis vosotros. Estoy segura de que se pondrá en contacto con tu padre para hablar de eso en cuanto se lo diga.

-¿Y por qué se lo dirías, si sería algo que beneficiaría a mi padre? Te has dado cuenta de eso, ¿no es cierto?

-Si dejaras de ser tan recelosa con mis motivos durante el tiempo suficiente como para pensar en lo que te he dicho hoy, tendrías una respuesta para esa pregunta. ¿Nunca has hecho nada de lo que ahora te arrepientas profundamente?

-¿Aparte de conocerte?

Él se sonrojó, pero siguió hablando implacablemente.

-¿No me contaste acaso cómo odiaste a tu padre por mudaros a Londres, y no me dijiste también que te arrepentías de cómo lo habías tratado por eso?

-¿Intentas comparar unos pucheros infantiles con lo que tú me hiciste a mí? -le preguntó ella incrédulamente.

-No, simplemente te estoy recordando que nadie es perfecto. No siempre podemos hacer lo que más deseamos; muchas veces actuamos siguiendo sentimientos que no deberían ser de esa manera. Yo no estaba acostumbrado a ser dominado por mis sentimientos, Rissa. Dios mío, incluso creía tontamente que no tenía sentimientos, puesto que habían pasado tantos años sin que nada me despertara ninguno. Entonces te

conocí a ti y de repente tenía demasiadas emociones agitándose en mi interior al mismo tiempo.

Ese fulgor dorado estaba entrando en sus ojos otra vez. Larissa comenzó a sentir pánico- Había conseguido no verse afectada por su cercanía durante todo ese tiempo, o al menos había podido dar esa impresión, pero creyó que no podría resistirse otra vez a ser devorada por esos ojos tan seductores.

-Ya has terminado. Ahora, por favor, vete.

-Rissa, te amo. Si nunca más vas a creer nada de lo que te diga, al menos créeme eso.

Fue ella quien se fue, subió corriendo las escaleras para esconderse detrás de una puerta cerrada, en donde podría llorar en paz. Deseó que él no hubiera aparecido allí en Portsmouth. Deseó que las últimas palabras que él le había dicho no fueran a atormentarla, pero sabía que lo harían.

26

Larissa no bajó esa noche para cenar. Su familia regresaba a Londres por la mañana, lo que le permitió la excusa de tener que hacer el equipaje para evitar una última noche de convivencia social. Una amabilidad de su parte, no incomodar a los Applebee con su mal humor. ¿Cómo había podido tener la mala suerte de bajar las escaleras justo en el preciso momento en que Vincent estaba siendo conducido hasta el salón? Y cómo había podido ser tan tonta que en lugar de haber tomado la decisión más cobarde y seguir su primer impulso, le había dado la oportunidad de hablar.

Hubiera podido recuperarse, finalmente, sin escuchar sus confesiones. Ahora sabía lo peor, pero también lo mejor si es que era capaz de creerlo. Y ésa era la fuente principal de su pena. No podía creerlo. ¿Cómo se hacía para confiar otra vez después de que te mintieran tan despiadadamente? Nunca antes le habían mentido, y por lo tanto nunca había podido descubrir eso por si sola. Y Vincent le estaba pidiendo demasiado, que lo perdonara, que olvidara, que lo aceptara tal como era sin recelo. ¿Cómo podía perdonarlo sabiendo que él era capaz de mentir con tanta convicción, tan expertamente, que ella nunca podría saber cuándo él diría la verdad?

Por supuesto, todo el mundo cometía errores y tenía defectos, pero no todo el mundo tenía defectos tan enormes como Vincent. Quizás otra persona sería capaz de no tenerlo en cuenta, de decir que lo único que importa es el amor, pero ella tenía demasiadas dudas para ser esa persona. Sin embargo, seguía amándolo. La lucha interna

que había sufrido su corazón ese día lo había dejado bastante claro. Mas ella despreciaba todo lo que él había hecho y nunca se recuperaría lo suficiente como para poder perdonarlo.

Le horrorizaba la idea de meterse en la cama, sabiendo que esa noche no conseguiría dormirse. De modo que agradeció la aparición de su padre en la habitación, aunque no el tema de conversación que lo había llevado hasta allí.

-Me han informado que lord Everett te hizo una visita hoy -dijo su padre mientras se ponía a su lado frente a la chimenea en donde había estado sentada, con la mirada vacía clavada en las llamas que se agitaban-. No me di cuenta de que podía seguirme hasta aquí para encontrarte, o de lo contrario me hubiera ocupado de que nunca atravesara la puerta de entrada. Espero que sepas que le prohibí expresamente que te viera aunque fue en vano, evidentemente.

-Está bien -respondió ella-. Dudo de que intente verme otra vez.

-¿Entonces lo has rechazado?

-¿Sabías que iba a pedírmelo?

-Me imaginé que ése sería su objetivo, sí. Dice que te ama. ¿Tienes razones para dudar de eso después de las experiencias que has vivido con él?

-Sí... no -se corrigió ella, y luego agregó suspirando:-Ya no lo sé.

-Lo siento, Rissa. Sé que no has querido hablar de lo que ocurrió. Pero yo he asumido, por tu estado de melancolía, que amas a ese hombre.

-Así era. No lo sé.

George sonrió dulcemente.

-Ojalá fuera tan fácil encender y apagar el amor con unas simples letras. Aquí tienes, cógelas y léelas -le dijo, entregándole dos cartas-. Ya hace varios días que las tengo. No te las quería enseñar, pensando que podían perturbarte otra vez, pero quizás esa decisión fue un error de mi parte.

-¿De qué estás hablando?

-De esas cartas. Me las dieron cuando Everett entregó la escritura de nuestra casa. No lo supe hasta que él se fue. ¿Cuánto sabes de ese hermano suyo?

-No mucho. Raras veces hablaba de él. Cuando lo mencionaba, era cuando hablaba de su infancia, que fue lastimosamente solitaria, *dice* que ésa no es una de las muchas mentiras que me dijo.

-¿Y no le crees?

-Honestamente ya no sé lo que creer. En cuanto a Albert, no estuvieron muy unidos excepto durante una época muy breve cuando eran jóvenes. Albert era el favorito de sus padres, ¿sabes? Iba a todas partes con ellos, mientras que a Vincent nunca lo incluían. Sin embargo, saqué la conclusión de que Vincent tenía la costumbre de arreglar los desaguisados de su hermano, un deber fraternal, según lo veía él. Aunque te advierto que todo lo que acabo de decirte salió de boca de Vincent, un conocido mentiroso.

Su padre ignoró el resentimiento que albergaba en su voz, y le dijo:

-Entonces esas cartas te resultarán muy esclarecedoras.

Larissa miró fijamente a su padre, esperando más explicaciones. Pero George no le dio ninguna, simplemente hizo un gesto con la cabeza señalando las cartas que ahora estaban en sus manos. Ella leyó ambas cartas. Eras las cartas que Albert Everett había enviado a Vincent. Tuvo que leer la primera otra vez para entenderla bien, y luego una vez más.

Finalmente dijo:

-Esta primera sí que da una imagen bastante malvada de ti, ¿no es cierto?

-Sí, vista por un niño realmente tonto. Y Albert incluso admite en la segunda carta que todavía no había crecido, al menos no hasta el punto de poder responsabilizarse de sus propias acciones.

-Se podría decir que Vincent hubiera podido sospechar algo.

-¿Teniendo, como tú dices, tan poca relación con su hermano?

-¿Lo estás defendiendo? -preguntó ella incrédulamente-

-No, simplemente estoy tratando de ver todo este asunto desde su punto de vista y soy consciente de que si me hubiera encontrado en las mismas circunstancias con mi propia familia, es muy probable que hubiera actuado exactamente de la misma manera que él. En realidad, podría haber actuado mucho peor y haber atacado de tal forma al hombre que había arruinado de semejante manera a un miembro de mi familia que él mismo decidiera matarse.

-Pero la venganza es algo sin sentido. Tú siempre lo has dicho. Nos has criado precisamente para que pensemos de esa forma.

-La venganza sí que lo es, y especialmente cuando no tienes los medios para infligirla. Pero hay una víctima que ha sido llevada a cometer su propia muerte, y el único responsable escapa sin ninguna consecuencia, entonces es una cuestión de intentar hacer justicia con el culpable.

-Realmente lo estás defendiendo.

George se rió entre dientes.

-No, porque en realidad no conocemos todos los hechos y nunca los conoceremos. Hasta Albert admite que estaba bebiendo mucho casi todo el tiempo durante el que ocurrieron los hechos, de modo que no podría recordar exactamente qué fue lo que lo hundió. Lord Everett es culpable de sacar sus propias conclusiones. Pero con los datos que tenemos, sus conclusiones eran difíciles de cuestionar.

-No si se hubiera molestado en averiguar qué clase de hombre eras -insistió ella-. Y que *nunca* harías algo tan reprensible...

Otra risita entre dientes.

-No hay necesidad de que te indignes en mi nombre a estas alturas, Rissa. Ya todo se ha acabado. Y de hecho nuestra suerte ha mejorado debido a todo esto. La única víctima en este asunto eres tú, pero hasta eso puede ser rectificado.

-¿Casándome con él? -dijo ella resoplando.

-Sólo tú puedes decidir tu destino en este momento -respondió su padre, y se dirigió hacia la puerta. Pero se quedó allí el tiempo suficiente para agregar-: He leído esa primera carta una y otra vez, y luego pensé varias veces en el «qué hubiera pasado si...». Te sugiero que hagas lo mismo. Lee la primera cana e imagina que es de Thomas, que ha crecido y ya es un hombre, por supuesto. Pero imagina que te la ha escrito a ti. Y luego pregúntate a ti misma qué hubieras hecho.

27

Vincent no estaba muy seguro *de* cómo había ocurrido, pero Jonathan Hale ahora lo consideraba su mejor amigo. Irónicamente, Jon no estaba muy equivocado. De hecho Vincent disfrutaba de su compañía. Supuso que podía ser simplemente que necesitaba la distracción. Pero Jon estaba mucho más relajado, pensando que eran amigos, y eso a su vez lo convertía en alguien más divertido, de modo que Vincent pasaba buenos momentos con él. No tardó mucho en darse cuenta de que sin las visitas de Jon y su divertido parloteo, no tendría ningún descanso del insoportable malhumor que de lo contrario llenaría su mente de la mañana a la noche.

El fracaso era algo tan ajeno a él. Tenía éxito en todo lo que se proponía, excepto en lo que era más importante, lo único que realmente le importaba. Y qué arrogante, pensar que podía convencer a Larissa para que le diera otra oportunidad con sólo poder

hablar con ella. Larissa seguía preocupándose por él. Lo había visto en sus ojos. Pero no era suficiente. ¿Algo sería suficiente? Haber sido tan sincero, poniendo cada mentira y cada pequeño engaño sobre la mesa frente a ella para comenzar de nuevo no había ayudado demasiado.

Esperaba simplemente que hubiera sido demasiado pronto, que el tiempo ayudara a curar las heridas del engaño.

Pero si Larissa no podía encontrar en su corazón el perdón para él, o por lo menos entender por qué había hecho lo que había hecho, entonces el paso del tiempo no curaría la herida.

Al menos Jonathan se había beneficiado de la breve visita de Vincent en Portsmouth. Los Ascot no se habían aprovechado de él, sabiendo lo mucho que hubiera pagado por *La Ninfa.* George le había cobrado solamente lo que él creía que valía esa pintura, que era mucho menos de lo que Jon le había pagado a Vincent de comisión. Ascot realmente era un hombre bueno y honorable como Larissa había dicho que era. Y eso sólo sirvió para que Vincent se sintiera aún peor. ¿Y qué tenía que hacer para seguir adelante con su vida, cuando era él mismo quien se negaba a cortar las cuerdas que lo ataban con el pasado?

Una de las cuerdas que Vincent se negaba a cortar era el árbol de Navidad de su salón. No iba a quitarlo. Podía pudrirse allí mismo, hasta que ya no quedaran nada más que ramas muertas y desnudas, pero iba a quedarse allí en su salón hasta que Larissa apareciera para buscar los adornos que había en él.

Jonathan tenía razón, para ella eran muy valiosos, y Vincent contaba con eso, con que no enviaría a cualquiera a buscarlos, que vendría a recogerlos ella personalmente. Y cuando lo hiciera, no se le entregaría un baúl lleno con el que pudiera irse inmediatamente, tendría que pasar un poco de tiempo quitando ella misma los adornos del árbol.

Era su última esperanza. Un poco de tiempo a solas con ella. Entonces tal vez Larissa recordara también lo mucho que se habían divertido decorando el árbol. Contaba con eso y también con otros recuerdos relacionados con su casa que le recordaran lo maravillosas que podían ser sus vidas, si ella le daba otra oportunidad.

Vincent también tomó precauciones, sólo salía cuando era absolutamente necesario. Larissa podía pensar en ir a su casa y no verlo, pero él había dejado órdenes estrictas de que le llamaran inmediatamente si ella aparecía, y que ni siquiera la dejaran

entrar si él no estaba allí, así eso la obligaría a regresar cuando él estuviera. De modo que esperó.

Larissa fue a su casa a última hora de la mañana, cuando Vincent solía estar siempre en casa, y eso significaba que no estaba haciendo ningún esfuerzo por evitarlo. La encontró todavía en el vestíbulo en donde le habían dicho que esperara. Parecía nerviosa. En realidad le resultaba difícil percibirlo, puesto que su belleza lo abrumaba, pero sí que lo notó; vio sus manos cogidas con fuerza frente a su regazo, cómo se mordía el labio inferior y cómo dejó de hacerlo en cuanto él apareció.

Fue tal vez ese nerviosismo, más que su deseo de irse lo más pronto posible, lo que hizo que Larissa exclamara apenas verlo:

-He venido a buscar nuestros adornos de Navidad. No he podido venir antes.

-Entiendo que prefirieras no verme -dijo Vincent.

-No era eso. Simplemente quería que tuvieras un árbol de Navidad normal por una vez. Nosotros compartimos el de los Applebee durante lo que quedaba de las fiestas. Pero sabía que tú no lo harías, que si desmontábamos tu árbol, lo dejarías así.

-¿Por qué?

-¿Qué quieres decir?

-¿Por qué te importó eso? -preguntó Vincent.

-Porque era tu primer árbol,

-¿Y? He pasado toda mi vida hasta ahora sin un árbol de Navidad. Podría haber pasado el resto de ella sin uno también.

-Por eso, porque a ti no te importa. Porque a mí me entristece que no te importe.

Él le sonrió dulcemente.

-Rissa, un árbol de Navidad no es nada si no tienes con quien compartirlo. Tú misma has dicho eso. Simboliza una época que se celebra compartiendo. Vamos. Compartamos este por última vez.

Vincent pasó al salón sin esperarla, sabía que ella lo seguiría. Estaba bastante orgulloso del estado de su árbol, lo miraba con entusiasmo cuando Larissa entró en el salón y lo vio.

Se mostró sorprendida. Sin embargo, él había esperado una sonrisa, en lugar de sólo una sorpresa.

-Lo has cambiado, has comprado un nuevo árbol. ¿Por qué?

-Es el mismo árbol -insistió él.

-Yo mismo lo he estado mimando, regándolo dos veces al día. Ha decidido sobrevivir durante un poco más de tiempo.

Estaba bromeando en cuanto a que el árbol hubiera tenido el poder de decidir algo, pero ella era demasiado sentimental como para no estar de acuerdo con él, y con la sonrisa que él había estado esperando, dijo:

-Así parece, y está muy hermoso. Creo que nunca antes he desmontado un árbol que se viera tan saludable. ¿Estás seguro de que no has comprado uno nuevo?

-¿Acaso me he olvidado de asegurarte que nunca más volvería a mentirte?

Ella se ruborizó. De nuevo entre ellos se interponía, todo lo que él había hecho, todo lo que él lamentaba. Y qué tontería más grande, dejar que ese tema saliera tan pronto en su conversación. Había querido que ella se relajase primero, que recordara lo bien que lo habían pasado en ese salón.

-¿Te das cuenta de que decirlo no es garantía de nada, teniendo en cuenta que podría ser también una mentira?

-Tu duda es tangible, Rissa, y comprensible. Pero ¿te has dado cuenta de que casi todas las mentiras eran para que no te fueras de aquí? Te deseaba tanto, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que estuviera a mi alcance para que te acercaras a mí. Lamento los engaños que tenían que ver con tu padre. He cometido errores. Estoy muy lejos de Ser perfecto. Pero no me disculparé por desearte, o por haberte hecho el amor, o por ninguna de las cosas que hice para hacerte mía, aunque sólo fuera durante un corto período de tiempo, porque decir que lo siento, *eso* sí que sería una mentira.

Aunque sus mejillas estaban un poco más radiantes por su franqueza, no le respondió. Incluso se alejó de él para poder mirar fijamente el árbol sin mirarlo a él. La expresión de su rostro tampoco le había dado a Vincent ninguna pista de cómo la habían afectado sus declaraciones, salvo que la habían avergonzado.

Volvió a intentarlo.

-Yo no iba a casarme nunca. Pero claro, tampoco iba a enamorarme nunca. Creí que era un sentimiento al que era inmune. Tú me has demostrado que estaba equivocado. Sólo desearía haberme dado cuenta de eso antes del día de Navidad. Si lo hubiera sabido antes, nos hubiéramos comprometido antes de que llegara tu padre; maldita sea, hasta podría haberte llevado a rastras hasta Gretna Green para asegurarme de que nos casaríamos antes de que él regresara.

Hizo una pausa, esperando lleno de ansiedad, pero ella seguía mirando fija y pensativamente el árbol. Su última oportunidad, y ella la estaba echando por tierra con

su silencio. Por supuesto, ésa ya era en sí misma una respuesta. Había tenido tiempo suficiente para tomar su decisión. Pero él no había previsto esa indiferencia.

Se puso detrás de ella, comenzó a estirar sus manos para posarlas sobre sus hombros, pero se detuvo, temeroso de que pudiera salir disparada sí él la tocaba.

-Rissa, dime algo.

-He leído las cartas de tu hermano.

-¿Y?

-Y probablemente yo hubiera hecho lo mismo que tú.

Vincent se quedó inmóvil, conteniendo la respiración.

-¿Estás diciendo que me perdonas?

-Estoy diciendo que te amo y que no puedo escapar de eso.

Él no le dio la oportunidad de arrepentirse ni de corregir lo que había dicho- La hizo darse vuelta, la abrazó con fuerza y la besó profundamente. Que ella cediera inmediatamente fue la respuesta que él necesitaba y eso lo llenó tanto de alivio, que casi no quedaba espacio para su alegría. ¡Era suya otra vez! Y esta vez no iba a perderla.

-¿Has venido aquí con la intención de perdonarme? –le preguntó.

-Pensé que podía ser posible.

La sonrisa en el rostro de Larissa fue contagiosa. Vincent se la devolvió y luego la abrazó con fuerza.

-Fúgate conmigo.

-No, esta vez lo haremos bien. Tendrás que hablar con mi padre.

Vincent gimió.

-Ha dejado muy claro lo que pensaba al respecto. No le gusto.

-Descubrirás que probablemente ha cambiado de opinión con respecto a eso -dijo ella-. Sabe que te amo. El fue quien me hizo ver que estaba siendo demasiado dura contigo. Pero si estoy equivocada, entonces sí que tendremos que fugarnos.

-Lo dices en serio, ¿verdad? -preguntó Vincent completamente asombrado.

Ella ahuecó sus manos alrededor de las mejillas de él muy dulcemente.

-He dejado que mi dolor gobernara a mi corazón, sabiendo en el fondo que tú aún eras el hombre del que me había enamorado. Siento que mi corazón haya tardado tanto tiempo en reaccionar otra vez.

-Shh, ahora no importa. Nada más importa, salvo que estamos juntos otra vez. Hablaré con tu padre inmediatamente.

-Primero me ayudarás a desmontar el árbol de Navidad -dijo ella.

Él se rió entre dientes.

-Sabía que ese árbol iba a juntarnos otra vez.

-Me da mucha pena desmontarlo, estando aún tan verde.

-Entonces no lo hagamos -sugirió él. ¿O desmontarlo es parte del ritual?

Bueno, de alguna manera pone a descansar a las Navidades hasta el año siguiente -respondió ella

-¿Quién dice que tienen que descansar? Me gustaba más tu concepto de "compartir».

Ella le sonrió, lo cogió de la mano.

-Para eso no necesitaremos un árbol.

El llevó la mano de ella hasta sus labios.

-No, supongo que no.

28

-Oh..., oh. Dios mío.

Eso no consiguió expresar muy bien el grado de sorpresa de Larissa, más bien indicó su incapacidad de pronunciar ni una sola palabra cuando finalmente vio la enorme pintura que colgaba de la pared sobre la cama de Vincent.

Se habían casado esa mañana, simplemente una pequeña reunión para la familia y los amigos. El vizconde Hale había querido darles la fiesta más grande que jamás se hubiera visto en Londres, pero Vincent se había negado inflexiblemente, mencionando algo acerca de teatros y de lo que había ocurrido la última vez que la gente había visto a Larissa, y que deseaba tenerla para él solo durante un tiempo hasta que estuvieran bien asentados en su matrimonio.

Jonathan lo entendió perfectamente, al igual que Larissa. Ella había disfrutado mucho del teatro, pero no estaba segura de si disfrutaría de una inmensa juerga londinense, de modo que se alegró bastante de que su esposo hubiera rechazado la oferta.

Su padre le había dado a Vincent la bienvenida a la familia con los brazos abiertos, tal como ella lo había predicho. Su hermano en cambio no. Habiendo sido testigo de la confusión de las emociones de su hermana mientras se estaba enamorando,

y culpando de muchas de ellas a Vincent, Thomas había adoptado una actitud de observar y esperar. Para él, Vincent iba a tener que demostrar que podía hacer feliz a Larissa. Sin embargo, ella estaba segura de que no iba a tardar demasiado tiempo, puesto que ya era más feliz de lo que nunca se hubiera imaginado que podría ser.

-Oh, por Dios -dijo una vez más, haciendo esta vez que Vincent se riera entre dientes mientras se ponía detrás de ella junto a la cama.

Estaba mirando a una doncella exquisitamente hermosa, que estaba desnuda y retozando con cuatro sátiros en el claro de un bosque. Ésa era la modesta descripción de *La Ninfa*. La escena representada era en realidad mucho más espeluznante, y cualquiera con un poco de imaginación podía convertirla en lo que él o ella quisiera.

-Es nuestro regalo de bodas de parte de Jonathan –le explicó Vincent, mientras sus manos descansaban sobre los hombros de ella.

-No tenemos que quedárnosla, ¿no es cierto?

Vincent se echó a reír,

-No, claro que no, y de hecho solamente es un préstamo. Espera que se la devolvamos, aunque no dudo de que se alegra de poder librarse de ella durante un tiempo. Se sorprendió bastante al descubrir que el famoso efecto de la pintura era bastante real, al menos para él. -Le explicó, brevemente, la historia de *La Ninfa*, terminando con -El día que la trajo a casa, después de comprársela a tu padre, terminó visitando a cuatro de sus amantes, una experiencia bastante agotadora, me imagino.

Ella se dio la vuelta y lo miró fijamente con los ojos bien abiertos.

-¿Tenía tantas... amigas?

Las manos de él comenzaron a acariciarle el cuello.

-Más que eso, pero ese día sólo consiguió estar con esas cuatro.

Ella resopló un poco indignada.

-Y mira que yo pensé que estaba interesado en mí para casarse; al menos ésa era la impresión que daba.

-Oh, sí que estaba interesado. -Vincent sonrió-. Realmente quería casarse contigo.

-¿Y se veía con todas esas mujeres? -preguntó ella casi resoplando otra vez.

-Lo que te hubiera ofrecido en el matrimonio era más dinero del que puedas imaginarte. No te estaba ofreciendo fidelidad. Sin embargo, hubiera sido muy sincero al respecto, explicándote que la variedad es la sal de su vida. Hubiera sido decisión exclusivamente tuya aceptar o no esa clase de matrimonio.

-¿Realmente creyó que yo iba a dejar que me...? Bueno, la palabra que me viene a la mente es *comprar.*

Vincent sonrió, sus pulgares comenzaron a describir círculos alrededor de sus mejillas, luego alrededor de los lóbulos de sus orejas.

-Él esperaba que así fuera. Durante un tiempo te convertiste en su nuevo objetivo. Pero comenzó a ver cuál era tu verdadero interés, y el mío también, y se retiró de la carrera sin resentimientos. De hecho, ahora que me considera su mejor amigo, está bastante encantado con que te hayas casado conmigo.

-¿Un amigo puede darte algo como eso? -dijo ella, señalando otra vez la pintura.

-Es una broma, cariño, de muy mal gusto en el sentido de que no tiene nada que ver con el amor, pero sí todo que ver con el sexo, pero no lo ha hecho con mala intención. Aunque parece ser que sobre mí no tiene el mismo efecto que tuvo sobre él.

-¿No?

-Alguna gente se siente estimulada por lo que ve, como en el caso de la pintura. Para otros, lo visual no cambia nada; su único estímulo es el tacto; tiene que ser algo que puedan sentir. Y para otros, está la estimulación emocional; el corazón tiene que estar involucrado.

-¿Y tú entras en la tercera categoría?

-No estoy seguro de en qué categoría estaba antes de conocerte, pero estoy bastante seguro de en cuál estoy ahora. Para mí lo que marca la diferencia es el amor. Tú eres mi único estímulo.

Larissa no había estado inmune a las caricias que le prodigaba Vincent, pero sus palabras la estremecieron inconmensurablemente.

-Creo que esta noche podremos cubrir las tres categorías -dijo ella casi sin aliento.

-Aunque prefiero las dos últimas -respondió él.

Se acercó hasta el respaldo de la cama para dar la vuelta la pintura. Ninguno de los dos esperaba que hubiera otra pintura del otro lado, con exactamente la misma escena, sólo que vista de atrás.

Ambos se echaron a reír.

-Bueno, eso sí que es gracioso -admitió Larissa.

-Hasta el artista se dio cuenta de que no todo el mundo apreciaría su trabajo. Qué decidido estaba a que nadie dejara de verlo, ¿no es cierto?

Vincent sonrió, cogió una sábana de la cama, y cubrió con ella la pintura.

-Y yo estoy decidido a que tu noche de bodas sea perfecta en todo sentido.

Se acercó, se detuvo frente a ella y cogió sus mejillas con ambas manos. El fulgor dorado estaba en sus ojos, aunque la expresión de su rostro fue por un momento profundamente seria.

-Te amo tanto, que no estoy seguro de cómo expresarlo, Rissa. Has traído luz a lo que era oscuridad. Yo existía, pero no vivía. ¿Puedes entender lo que quiero decir? Has llenado un vacío en mi vida que ni siquiera sabía que tenía.

-No me hagas llorar -le dijo ella, sus ojos turquesas ya estaban húmedos.

Él le sonrió dulcemente antes de abrazarla con fuerza.

-No me importan tus lágrimas de compasión. Me demuestran lo mucho que me amas-

-Preferiría demostrártelo de otras maneras.

-Ya lo haces. Me lo demuestras de tantas maneras, pero nunca será suficiente para mí. Estoy tan feliz de que seas mi esposa, Rissa. Y prometo hacerte feliz a tí también por eso, cada día, durante el resto de tu vida.

Larissa se secó las lágrimas de los ojos, y le ofreció una sonrisa brillante.

-Ya has comenzado.